

LIN CARTER

# EL VALLE MÁS ALLÁ DEL TIEMPO

Lectulandia

Lin Carter, célebre cultor de lo fantástico y autor de más de sesenta novelas de ciencia ficción, nos conduce a través de los anchos desiertos de un planeta Marte moribundo, en una aventura llena de suspense.

**Lectulandia**

Lin Carter

# **El valle más allá del tiempo**

ePub r1.1

Titivillus 13.06.15

Título original: *The Valley Where Time Stood Still*

Lin Carter, 1974

Traducción: Augusto F. Chamorro Martínez

Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: Titivillus

Edición digital: Umbriel R5 11/02

Corrección de erratas: Titivillus, PLMok (r1.1)

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# EL CAMINO A YGNARH

## 1

Los buitres aparecen al sentir el olor a muerte y planean perezosamente en círculos sobre su presa. Se ven desde muy lejos, como manchas negras contra el azul del cielo: señal de que la muerte está muy próxima.

En Marte no hay buitres; el aire está demasiado enrarecido para sustentar ave alguna. Pero los trifos pueden oler la muerte en el aire frío y seco mejor que cualquier ave de rapiña terráquea.

Los nativos doman y domestican a los trifos para cabalgarlos. Pero en estado salvaje, estos reptiles de color escarlata, desgarrados, de largas patas, se alimentan de carroña y adoran el olor a putrefacción en el aire desértico.

El trifo que cabalgaba M'Cord irguió la cabeza al olfatear la muerte. Ignorando la mordedura del freno en su hocico, giró la cabeza doblando su cuello de reptil. Mostrando los colmillos, siseó hambriento al sentir el sabor en el aire.

M'Cord había recorrido las arenas ecuatoriales durante diez años y conocía bien a los trifos. La bestia se removió inquieta meneando impaciente la cabeza mientras emitía el aullido triste de su especie.

Soltando las bridas lo dejó hacer. El desgarrado reptil rompió a galopar con bamboleantes zancadas.

Era justo mediodía. El sol brillaba intensamente pero no calentaba, sus rayos llegaban fríos al oscuro cielo de tintes violáceos. M'Cord había salido de la colonia de Salt Lake City hacía ya tres meses; tomó una ruta apartada y tortuosa, y cruzó Tharsis y Xhante y el Hydraotes hacia las arenosas planicies de Chryse del sur. Se dirigía a las tierras altas de Eos a explorar las proximidades de los desfiladeros que existen a lo largo del Mare Erythraeum.

Pero no tenía ningún apuro en llegar.

Era un terráqueo alto, enjuto y de rasgos marcados, de fríos ojos grises y largas piernas. Sus antecesores eran irlandeses negros del condado de Kerry, pero en alguna época un descendiente de los tercios escoceses se había colado en su sangre. Era astuto, ríspido y sabía ser peligroso cuchillo en mano. Le habían hecho daño y nunca pudo sobreponerse. Ahora él lo hacía, a su vez, en cada oportunidad que podía; pero por lo general se encerraba en sí mismo, sin abrir la boca, dura la mirada: un hombre de pocos conocidos y sin amigos.

Sólo una mujer, una mujer del Clan Bajo, de sedoso pelo negro entrelazado con minúsculas campanitas de cristal y que solía esperarlo en la pieza de una calle apartada de Sun Lake detrás del Presidium, sabía que, a veces, podía ser tierno y que era capaz de reír. Pero sabía también que cuando estaba de mal humor podía ser muy áspero e incluso cruel.

Era más cruel consigo mismo que con nadie: era su manera de ser.

Dejó al trifo seguir el olor a muerte que traía el aire. Estaba en el desierto de Aram, en la línea ecuatorial, once grados Oeste de longitud. Nadie vivía allí; no había siquiera un campamento del Pueblo a más de mil kilómetros a la redonda y la colonia terrestre más cercana era Sun Lake.

Nadie vivía allí porque nada podía sobrevivir. La tierra polvorienta, amarilla, era fina como talco, reseca y estéril. Aun las escasas bestias de presa del desierto eludían el Aram.

M'Cord se preguntó entonces qué era lo que había muerto.

A veces una nave caía en las planicies polvorientas, perforada su débil superficie de sustentación por meteoritos. Podría ser un colono; podría incluso ser un policía C. A.

M'Cord sonrió al pensarlo, con una sonrisa que le estiró la piel de la cara descubriendo sus dientes en una mueca complacida.

No le gustaban los policías.

Pero no era una nave de patrullaje C. A., era un trifo muerto. Con un hombre aplastado debajo, vivo aún, en las peores condiciones.

M'Cord vio que era un nativo, por su piel roja cobriza y su tosca cabellera. Era un hombre alto, fuerte, de largas extremidades surcadas de jóvenes músculos; el rostro de rasgos duros y afilados, ceñudo e inexpresivo. Un rostro de piel seca y resquebrajada en el que sólo los ojos amarillos tenían vida y movimiento.

Estaba recostado sobre su codo izquierdo y observaba a M'Cord acercarse sin palabra o gesto alguno.

Su pierna izquierda estaba atrapada bajo la bestia muerta.

La derecha cruzaba el gran hombro del trifo. Había estado tratando de librarse del cadáver usando su pie libre. Llevaba en eso tres días con sus noches.

Tenía los labios resecaos y partidos, y la lengua negra e hinchada. En la cara y el cuello, la piel estaba pegada a huesos y tendones.

A su lado, en la arena, yacía un odre vacío. Hacía mucho que estaba seco, y lo había rasgado y chupado por el revés hasta extraer la última gota de agua y humedad.

Estaba a un paso de la muerte, pero seguía luchando.

Su mano derecha descansaba en la cadera. Sostenía una pistola de rayos. La pistola no lo apuntaba pero yacía desenfundada y lista.

Permaneció allí, mudo, mirando al terráqueo con sus ojos amarillos cargados de odio. M'Cord detuvo su cabalgadura y se quedó en la montura mirando al marciano, pensando qué hacer. Ninguno de los dos habló.

Los nativos odiaban a los colonos terráqueos. Pero odiaban mucho más a la policía C. A.

M'Cord no era ni lo uno ni lo otro pero eso no tenía importancia. Por más de medio siglo los terráqueos habían saqueado, engañado y robado a los últimos exponentes de una orgullosa y ancestral raza de guerreros. Profanaron sus tumbas y

lugares sagrados, violaron a sus mujeres y esclavizaron a los hombres en las minas de bario.

Para el Pueblo, los terráqueos eran los f'yagha los odiados. M'Cord era un f'yagh.

Pero aquellos que vagan por los arenales comparten un código común. La supervivencia en los hostiles y polvorientos desiertos es infinitamente difícil. Aquí un hombre ayuda al que lo necesite, no importan la tribu ni el clan a los que pertenezca.

M'Cord se deslizó de la montura, lentamente, manteniendo ambas manos a la vista. Rodeando el trifo muerto se aproximó al hombre que yacía inmóvil observándolo sin pronunciar palabra, pero los dedos del otro se crisparon en la culata de su arma.

M'Cord llevaba a su vez dos pistolas de rayos al cinto. Nadie va más allá de los límites de los Oasis sin un arma. No hay ley más allá de Tharsis. Sus pistolas eran viejas y tenían mucho uso, pero General Electric las había construido para durar. M'Cord podía desenfundar y activarlas en un décimo de segundo.

Antes de llegar al hombre postrado, M'Cord se detuvo, soltó cuidadosamente su cinto y lo dejó caer al polvo junto con las armas.

Los ojos amarillos del nativo lo observaron, fríos y duros como los de un halcón, mientras se arrodillaba a su lado y destapaba una de las dos cantimploras que portaba.

—Este agua no me pertenece —dijo M'Cord lo más claro y lentamente que pudo, deseando dominar mejor la Lengua—. La encontré en el desierto. No pertenece a nadie. La dejaré aquí para quienquiera que pase.

Entonces se acuclilló observando al moribundo mientras éste tomaba la cantimplora con manos temblorosas, la destapaba y bebía.

No le ofreció ayuda, aunque el hombre estaba débil y semiinconsciente. Tampoco se dirigió a él en forma directa. Para los marcianos el agua es un elemento muy preciado y sagrado. Compartirla es un rito muy importante para ellos. No se ofrece agua porque sí, ya que aceptarla establece un lazo de extraña intimidad, una especie de hermandad de sangre, y nadie ofrece ni acepta esos lazos con ligereza.

Pero al negar la propiedad del agua, M'Cord le hacía posible aceptarla sin compromiso. Observó al hombre mientras bebía. Primero, sólo se humedeció los labios; luego mojó su lengua: finalmente bebió cautelosamente un sorbo y lo mantuvo en la boca un momento antes de tragarlo dolorosamente.

Para sobrevivir en las arenas había que saber usar el agua. Después de tres días de estar expuesto al sol, si hubiera bebido hasta saciarse como lo deseaba, seguramente hubiese muerto.

Sus tejidos estaban deshidratados; un estómago lleno de agua le provocaría convulsiones.

El hombre tomó otro pequeño sorbo, lo saboreó y lo tragó lentamente. Entonces, aunque sus dedos temblaban por las ansias de seguir bebiendo, cerró el recipiente y lo dejó a su lado. M'Cord sabía que volvería a repetir lo anterior en un tiempo

prudencial.

Con los ojos entrecerrados escrutó al hombre, pensativo. No era un miembro de los Clanes Bajos, por cierto, sino un guerrero de la nobleza de la Sangre Alta, a juzgar por sus finas facciones, sus ojos penetrantes y su apostura aristocrática. La textura de los hombres de los Clanes Bajos era más tosca y llevan el pelo cortado de manera diferente.

Este hombre se encontraba muy lejos de su casa. M'Cord se preguntó qué haría ahí.

Y hacia dónde iría.

El trifo no tenía heridas, por lo menos ninguna que M'Cord pudiese ver. Pero estaba muerto desde hacía varios días. Si hubiesen estado en la Tierra y la bestia hubiese sido un caballo en vez de un trifo, el guerrero hubiese podido cortar una arteria y beber la sangre del animal. Pero la sangre de los trifos contiene una sustancia que reacciona con una enzima del sistema circulatorio de los marcianos y la hace venenosa. Por lo tanto el guerrero había estado aguardando una lenta muerte por falta de agua y hubiese perecido muy pronto de no haber decidido M'Cord dejar al trifo buscar el origen del olor.

Cuidó del nativo lo mejor que pudo. Primero retiró el cadáver, liberándole la pierna. Estaba quebrada cerca de la rodilla, aparentemente tenía alguna fractura pareja. Inmovilizó el fémur con dos tablillas de plastrón que llevaba en su botiquín para una eventualidad semejante y vendó la pierna firmemente con celluflex.

El guerrero lo observó y lo dejó hacer sin decir palabra. Refunfuñó una vez cuando M'Cord colocó el hueso en su sitio y eso fue todo.

Cuando estuvo listo, se mojó los labios y tomó otro trago de agua. M'Cord le dio una ración de carne en uno de esos envases autotérmicos. El guerrero la tragó ávidamente, sin notar los calmantes y antibióticos de amplio espectro que M'Cord había deslizado en ella cuando no miraba.

Cuando al fin el marciano se decidió a hablar, lo hizo con una voz ronca, áspera.

—¿Eres un vendedioses, f'yagh? —le espetó, refiriéndose a los misioneros. M'Cord negó con la cabeza.

—Tus dioses son tus dioses y los míos son los míos —dijo. Sabía lo que el Pueblo pensaba de los misioneros. No los querían en absoluto y se referían a ellos con desprecio.

—Estuve muy cerca de mis dioses hoy —comentó torvamente con una risita seca—. ¡Estuve tan cerca del Puente de Fuego que sentí el calor de las llamas en la planta de mis pies!

M'Cord asintió sombríamente.

—Yhoom no estaba preparado aún para dar la bienvenida a tu espíritu —contestó, ya que había leído Las Escrituras una o dos veces—. Seguramente Los Eternos tienen aún una tarea para ti, acá, en este mundo.

El marciano le clavó la mirada sin mostrar curiosidad.

—Mi nombre es Thaklar —le dijo de mala gana. M’Cord notó que no mencionaba el clan al que pertenecía.

Le dio su nombre a su vez. El marciano frunció el ceño al escucharlo.

—¿... 'Gort? —preguntó. Le era difícil pronunciarlo.

—Parecido —contestó encogiéndose de hombros—. ¿Tienes fuerzas para cabalgar?

Recorrieron unos quince kilómetros antes de que se pusiera el sol, Thaklar oscilando, encorvado sobre la montura, dormitando, y M’Cord caminando dificultosamente por la arena amarilla y polvorienta, llevando al trifo de las riendas.

Cuando el sol se puso y las estrellas se encendieron, brillantes como diamantes azulados en un cielo negro como de terciopelo, llegaron al Oxus y acamparon por la noche sobre un musgo azul de consistencia gomosa. M’Cord llevaba sólo un thermosac en sus alforjas así es que durmieron juntos. Pero aún no eran amigos el terráqueo y el marciano... que se encontraba a cinco mil kilómetros de donde debía estar.

## 2

M'Cord estaba en pie buscando agua antes del amanecer. El Oxus era una de las treinta y cuatro mil fajas de vegetación rudimentaria que se entrecruzan en la superficie de Marte y que sus astrónomos terrestres confundieron con canales hace varios siglos.

Marte se había estado secando por espacio de setenta y tres millones de años. Cuando un planeta se seca su corteza se grieta y si tiene una corteza como la de Marte —una combinación de silicio y sales de magnesio—, esta materia cristalina se resquebraja simétricamente. La poca agua que quedaba de los océanos primitivos se había escurrido entre estas grietas, y la escasa vegetación marciana echaba raíces allí formando un manto musgoso de varios centímetros de alto de hojitas gomosas cuyas raíces se extendían por más de un kilómetro bajo la superficie.

Las hojas eran más firmes que el cuero pero se les podía extraer su humedad usando un alambique a presión; así era cómo los cateadores del desierto como M'Cord podían sobrevivir por meses sin tener que buscar un oasis cada cierto tiempo.

Mientras su cosecha mañanera de hojas gordas y jugosas se filtraba en el alambique, M'Cord se dedicó a andar de un lado a otro por las proximidades con un detector manual.

Su huésped se desperezó en el saco, observándolo confundido. Al fin su curiosidad pudo más que su carácter taciturno.

—¿Qué es lo que haces 'Gort? —preguntó.

—Busco el metal de la energía, Thaklar —respondió M'Cord, refiriéndose al uranio. El guerrero asintió pensativamente: él sabía que los f'yagha sentían una extraña codicia por ese granuloso metal gris sin valor. Era sólo uno más de los misterios de los extranjeros que lo confundían.

—¿Y si encuentras metal, 'Gort?

—Si encuentro mucho metal seré rico, Thaklar —respondió M'Cord enfáticamente.

El marciano rio —una risa peculiar, casi un gruñido de desprecio sin alegría.

—¡Entonces volverás a tu mundo en una máquina voladora!

—¡Gort! —dijo—. Espero que encuentres mucho metal. Quisiera que todos los f'yagha del mundo encontraran mucho metal; entonces volverían a su mundo en sus máquinas voladoras y nos dejarían en paz.

—Eso no sucedería, Thaklar —replicó M'Cord sonriendo—. Si se encontrase mucho metal, mucha más de mi gente vendría acá, porque todo hombre desea ser rico.

—¡Ah! ¡Entonces agradezco a Los Eternos que mi mundo tenga poco de ese metal, y quisiera que tuviese aun menos! —se lamentó Thaklar. Era lo más parecido a una broma que había hecho hasta ahora y M'Cord le correspondió con una amplia sonrisa.

El guerrero, sin embargo, no le devolvió la sonrisa. M'Cord le había salvado la vida, lo sabía. Pero seguía siendo un f'yagh, un odiado. Muy profundamente, en alguna parte de su ser, Thaklar pudo haber sentido gratitud hacia el terráqueo, aunque no necesariamente. Los marcianos se encontraban en un estado de barbarie después de perder el alto grado de civilización alcanzado en el Cretaceus Superior. Como todos los bárbaros, eran salvajes, crueles y muy de temer.

Por lo menos, así lo creía M'Cord. Y aún volvía la espalda a Thaklar con cierto temor.

El guerrero era perfectamente capaz de dispararle por detrás, sólo para tomar su cabalgadura y sus aperos. No eran amigos aún, pero no eran exactamente enemigos tampoco. Se había establecido una paz armada entre ambos y probablemente sólo sería temporaria.

—Si estás lo suficientemente fuerte para hacer bromas, también lo estás para hacer el desayuno —le dijo M'Cord, señalando las alforjas. Thaklar lo miró fijamente pero no sonrió. Luego se levantó cojeando y comenzó a escarbar en ellas.

Comieron huevos revueltos con trozos de tocino en envases autotérmicos y tomaron café negro que tenía un dejo metálico proveniente del agua procesada de las hojas del musgo. El café fresco era un lujo en Marte, pero M'Cord no podía pasarse sin él.

Siguieron su camino, con M'Cord a pie, guiando al trifo.

—¿Dónde vas a buscar metal, 'Gort? —preguntó Thaklar una hora más tarde.

—Hacia Eos y a lo largo del Erythraeum —le dijo, usando los términos nativos en vez de los nombres geográficos terrestres.

Thaklar se quedó pensando. Después de un rato M'Cord se atrevió a preguntarle adónde se dirigía él cuando murió su bestia. La pregunta era un poco arriesgada. Iba en contra de la Costumbre indagar los asuntos personales de un recién conocido. No le sorprendió que Thaklar persistiese en su mutismo por otra media hora. Entonces, inesperadamente, el guerrero habló.

—Voy hacia el Sudeste —dijo decididamente.

—Entonces nos dirigimos a lugares opuestos —observó M'Cord. Thaklar no dijo nada.

M'Cord continuó caminando ensimismado. Sus muslos le dolían y las pantorrillas le ardían por la falta de costumbre de caminar enterrándose hasta los tobillos en la arena.

—No hay metal de ése en las tierras altas —dijo Thaklar rompiendo el silencio otra vez.

—Tal vez no, pero ahí es donde voy —masculló M'Cord, demasiado cansado para ser amable.

Hubo otro silencio; esta vez duró cerca de veinte minutos.

—Si fueras al Sudeste, te señalaría dónde encontrar ese metal —dijo Thaklar.

M'Cord se detuvo y se agachó para masajearse los doloridos músculos. Mientras

lo hacía pensó en la proposición. Thaklar aún tenía su arma; era perfectamente capaz de desenfundarla, desarmarlo y hacerlo dirigirse al Sudeste a punta de pistola. O de matarlo ahí mismo y continuar solo. Este intento de persuasión que estaba empleando era obviamente una demostración de algo parecido a la amistad.

Sudeste. La meta parecía ser el Deucalionis Regio o la Meseta Sabaeus Sinus. ¿Qué diablos esperaba encontrar Thaklar en esa parte del mundo? La meseta era un yermo de roca estéril surcada por mil cañones y hondonadas; Deucalionis era una curva lengua de arena que se adentraba en las tierras altas entre dos mesetas. Setenta millones de años atrás tal vez hubiese sido una bahía, o el delta de un río en una costa continental. Ahora no era nada: roca muerta, colmada de arena, donde sólo vagaban algunas bestias salvajes.

El problema era que M'Cord no iba allá. Tenía como idea fija los cañones costeros del gran Mare, hacia el Oeste.

¡E iría donde él quería!

En vez de decirlo, trató de ganar tiempo aventurando otra pregunta.

—¿Te diriges hacia algún campamento de tu gente?

Esta vez, por alguna razón especial, la respuesta vino prontamente.

—Mi gente es asunto mío, f'yagh.

—No era mi intención entrometerme. Disculpa.

—Yo... no tengo a nadie. Soy un aoudh —dijo Thaklar pausadamente, usando un término intraducible cuyo significado está probablemente entre "fuera de la ley" y "huérfano", o por lo menos "que no tiene familia".

—Los dioses son padres de todos los hombres —citó M'Cord. Nuevamente un silencio.

—¿Un extranjero que conoce Las Escrituras? ¿Estás seguro, 'Gort, de que no eres un vendedioses?

M'Cord estaba demasiado cansado para sonreír.

—Estoy aquí hace diez años. Aprendí la Lengua. A menudo trabajo y vivo entre tu gente.

Thaklar se endureció.

—¡No entre mi gente!

M'Cord asintió con un gesto de la mano.

—Con los Clanes Bajos, quiero decir.

—¡Soy un guerrero de la Sangre Alta, extranjero!

—Sé que lo eres. ¿Por qué pelearnos? Estoy cansado.

Thaklar lo miró duramente con sus ojos amarillos mientras M'Cord seguía caminando penosamente con paso tambaleante. Cuando habló, lo hizo en un tono más suave.

—Yo viajo cómodamente mientras tú caminas por el polvo como un esclavo. ¿Por qué? —M'Cord tuvo ganas de golpearlo.

—¡Camino porque tengo que hacerlo, maldito seas! Tú vas montado porque

tienes una pierna rota.

El orgullo enrojeció la cara de halcón del marciano. Tiró de las riendas con fuerza haciendo detenerse a la bestia bruscamente. Con dificultad pasó una pierna sobre la montura.

—Puedo caminar. Tú cabalgarás.

—¡Vuelve a tu lugar, imbécil! —rugió M’Cord, adelantándose. Repentinamente se encontró frente al cañón de la pistola de rayos. Se detuvo, mirando primero el arma y luego a la cara decidida de Thaklar.

—¡Soy un guerrero Dragón Alado; ningún f’yagh me hace favores! Monta, 'Gort; yo guiaré la bestia.

—No puedes dar ni cinco pasos, y lo sabes. Así es que deja de actuar como una mujer —gruñó M’Cord.

—¿Tú... me dices... mujer? —M’Cord sostuvo su mirada.

—Digo que eres un imbécil. Vuelve a la montura! No te hago ningún favor, Thaklar. Camino porque sé que tú no puedes. ¿No estamos en las arenas? ¿No es acaso la Costumbre acá ayudarse unos a otros?

La pistola no vaciló. M’Cord miró el frío ojo del cañón respirando pesadamente.

—¡Anda, mátame entonces! ¿Es así, acaso, como los guerreros del Clan del Dragón Alado tratan a los hombres que no les han hecho daño? ¡Mátame y llévate toda el agua!

Fue una salida inteligente. Acusar a un hombre de actuar mal para conseguir agua era como sacudir las raíces más profundas de su honor.

El silencio que siguió fue tenso. El sudor peinó el cuerpo de M’Cord bajo su traje térmico. Tenía la garganta seca, pero se mantuvo inmóvil, sin atreverse a tragar para no demostrar temor, con el rostro rígido e impasible.

Algo parecido a la admiración se reflejó por un instante en ojos del otro. Enfundó la pistola y trató de montar nuevamente, pero el dolor de la pierna era demasiado intenso y M’Cord tuvo que ayudarlo. No había más que decir, pero el silencio ahora era agradable, sin tensión.

Una hora después del mediodía descansaron.

M’Cord se dirigía hacia Oxia Palos. Ahí, en la conjunción de cinco canales menores, encontraron una estación aérea. Estaba desierta, por supuesto, con sólo un radiofaro en ella, pero M’Cord sabía que podía transmitir un mensaje a Mareotis, donde el Pueblo mantenía una especie de embajada y donde la Administración Colonial mantenía un puesto de intercambio comercial y una estación de primeros auxilios. Un médico en una pequeña nave podría estar con ellos en dos o tres días a más tardar, con un hndolanthi nativo. Un hndolanthi es una especie de intérprete. Y se lo dijo a Thaklar.

Nuevamente el acostumbrado y hosco silencio entre diálogo y diálogo. M’Cord ya estaba empezando a cansarse.

Entonces Thaklar abrió la casaca de su traje de cuero forrado en piel. Cuando su

tórax quedó al descubierto, M’Cord vio el emblema del Dragón Alado tatuado sobre su corazón.

De un bolsillo interior Thaklar sacó un pequeño objeto redondo.

—Si me llevas al Sudeste, hacia Chumndar Draw te daré..., esto. Estiró su mano y la abrió. Sostenía un zyriol del tamaño de la nuez. M’Cord no dijo nada, pero sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Un zyriol es un rubí púrpura, de una especie que sólo se encuentra en Marte. Muy apreciadas entre los joyeros terrestres, las gemas son inconcebiblemente escasas. Un rubí de ese tamaño (parecía ser de la más fina agua) valía aproximadamente unos quinientos mil dólares.

En diez años de recorrer las arenas (un poquito de contrabando por aquí, otro poco de pillaje por allá, y muchos vagabundos) M’Cord aún no había ganado ni la décima parte de esa suma.

Se aproximó, la tomó y la examinó detenidamente. Era auténtica. Una mancha de sales de vanadio en el centro de la piedra producía ese púrpura imperial tan escaso.

Con el valor de la gema que sostenía en la palma de su mano podría vivir tranquilo el resto de sus días. Bueno, tal vez sin una villa en la Riviera, un bungalow en la ladera sur del Everest tan de moda actualmente, ni una cabaña en la Reserva de raza de la Antártida, pero podría vivir confortablemente por el resto de su vida con lo que le pagarían por esa gema en Ámsterdam.

Lanzó de vuelta el resplandeciente cristal a Thaklar, quien la tomó diestramente en el aire. Luego sacó su viejo compás. Le dio una mirada al sol y señaló hacia una determinada dirección.

—Chumndar Draw está en esa dirección, creo. Sería hora que partiésemos.

### 3

La marcha se hacía cada vez más difícil, pero no perdían la calma y se detenían frecuentemente a descansar. Como M'Cord tenía que avanzar a pie, estas paradas eran indispensables. Era hombre alto y fuerte, y de los más recios, pero abrirse paso por la arena polvorienta en la cual se enterraba hasta los tobillos era casi tan difícil como caminar por un pantano, y uno se cansa fácilmente en Marte. Esto es a causa del aire, tan enrarecido, frío y seco, que en comparación, un día de invierno en la Cordillera de los Andes parecería tan húmedo y cálido como las profundidades del Mato Grosso.

La gravedad no era un problema. Con menos peso que en la Tierra, M'Cord se sentía tan ágil y activo como un niño. No, era el aire. Lo suficientemente frío para quemar la garganta y tan seco como para quemar los pulmones, y además, pobre en oxígeno. Hace mucho tiempo se creía universalmente que el hombre no podía vivir sin ayuda artificial en la superficie del viejo y polvoriento planeta. Pero cuando llegaron las primeras expediciones, descubrieron que el aire era considerablemente más rico en oxígeno de lo que había mostrado el análisis espectroscópico. Por supuesto, resultaba aún demasiado enrarecido para respirarlo durante mucho tiempo seguido. Un hombre sin un respirador y un traje térmico moriría en pocas horas, y no en forma placentera exactamente. Los primeros colonos habían vivido en apretadas ciudades, apiñados bajo domos plásticos desarmables, usando respiradores en las pocas ocasiones en que se aventuraban a salir de sus crisálidas. Con el tiempo, los científicos encontraron una solución al problema, pero no fue hasta que perfeccionaron los tratamientos Mishubiti Yakamoto que los terráqueos pudieron moverse libremente en Marte sin molestos tanques o escafandras.

Los tratamientos eran largos y dolorosos, y por sobre todo caros; pero un cateador solitario como M'Cord no hubiera podido sobrevivir en Marte sin ellos. Le había tomado largos años pagar las cuentas médicas, pero había valido la pena.

Los tratamientos alteraban en forma hábil y sutil la estructura química del cuerpo humano de manera que la necesidad de oxígeno disminuía considerablemente y la posibilidad de utilización de cada una de sus moléculas aumentaba. En tratamientos posteriores se endurecían los tejidos de la garganta y la organización celular de los pulmones de tal forma que no resultaran dañados por la sequedad ni el frío. Pero los terráqueos se cansaban más fácilmente en Marte aun pesando un poco menos y a su vez se tornaban más vulnerables a las enfermedades pulmonares. Aun en esto, la naturaleza encontró la forma de compensar una pérdida con una ganancia: los pulmones podían sufrir en Marte, pero el corazón se volvía fuerte como el acero.

En ese momento M'Cord hubiese cambiado de buena gana su corazón por un par de piernas de acero. Había encontrado a Thaklar en el ecuador marciano, en el extremo septentrional del desierto de Aram. Al seguir en la nueva dirección habían acordado dirigirse al Este, aproximadamente a dos grados de longitud de la cima de

un largo y angosto promontorio llamado (nunca supo por qué) Margantifer Sinus. Entonces volvieron hacia el Sudoeste, cruzaron la extensión central del Aram, con la interminable pared de roca del Sinus siempre a la derecha, y más allá, al Sudeste, hacia el Regio. Penetraron cada vez más en el Regio, hasta que por el Norte, las paredes de Sabaeus Plateau bloquearon el horizonte. M'Cord comenzó a pensar que nunca llegaría a destino. Por millonésima vez maldijo su imprevisión por no llevar consigo un trifo de carga así como otro de recambio. Todas las noches, masajeándose las piernas doloridas, descubría la existencia de músculos que nunca imaginó tener.

Mientras más descendían hacia el Regio, más intrigado estaba acerca de las razones de Thaklar para internarse en ese desolado e inhóspito arenal. ¿Qué motivo lógico podía tener un hombre presumiblemente cuerdo para aventurarse en ese infierno polvoriento donde seguramente ni los grandes gatos del desierto encontraban con qué vivir? El nativo se mantuvo hermético; se guardaba sus secretos, y, a pesar de la camaradería que crecía gradualmente entre ambos, no se confiaba a M'Cord.

Esta nueva camaradería se materializó en forma lenta y gradual. No era amistad; no era siquiera la cuota de penalidades compartida entre dos iguales. Y tampoco se expresaba jamás, ya que escasamente intercambiaban una que otra palabra, y cuando lo hacían era sólo por exigencias de las mínimas necesidades de la supervivencia.

M'Cord era, por naturaleza, un hombre hosco y taciturno, un hombre de pocas palabras. Se encerraba en sí mismo, tenía pocos amigos y nunca hablaba del pasado. En cuanto al marciano, su odio por los malditos colonos de la Tierra que habían saqueado la mitad de su mundo en las últimas cinco décadas era tan profundo y doloroso que se había tornado casi instintivo. Probablemente, a esa altura confiaba en M'Cord tanto como jamás le sería posible hacerlo con un miembro de la odiada raza invasora; a su modo, torvo y sombrío, quizás hasta apreciaba al hombre. Si esto que había nacido entre ellos era demasiado tenue para llamarlo amistad, al menos podía llamarse respeto mutuo. Era lo que un hombre fuerte siente por otro de igual reciedumbre, a pesar de las diferencias de raza, religión o nación. Era, probablemente, lo que pensó Kipling cuando escribió aquellas viejas líneas hace alrededor de dos siglos:

¡Oh el Este es el Este, y el Oeste, Oeste, y nunca los dos se juntarán, hasta que la Tierra y el Cielo se presenten ante Dios en el Final!

Pero no hay ni Este ni Oeste, Frontera, Raza, ni Linaje. Cuando dos hombres fuertes se encuentran frente a frente.

¡Aunque provengan de los confines del mundo!

En parte, lo que crecía entre ambos era eso: un hombre que lucha, se esfuerza y sufre sin quejarse puede reconocer cualidades semejantes en otro hombre, y sabe lo rara que es esa cualidad y la valoriza. Y había algo más que los unía, aunque ninguno de los dos lo supiera aún; y era que, bajo la piel, bajo las diferencias raciales y planetarias, eran casi idénticos.

Ambos habían amado intensamente, habían confiado ciegamente, y fueron

traicionados por aquella a quien amaban. Ambos habían sido heridos por una mujer. Sus corazones tenían la cicatriz de una herida muy parecida. Ninguno lo sabía, ni siquiera lo sospechaba en el otro, pero algo en ellos los hacía intuir la semejanza entre los dos. Y la extraña especie de relación que los unía, existía sin palabras, sonrisas o confidencias, existía en hosco silencio, en la muda camaradería que la incubaba.

Con el tiempo, los huesos soldaron, y soldaron bien. Thaklar podía usar la pierna pero renqueaba, y a menudo ésta cedía bajo su peso. Cuando sucedía —y sucedía a menudo, ya que se forzaba mucho a sí mismo— se quedaba echado, maldiciendo en su extraño lenguaje a la pierna humillante, mientras M’Cord esperaba, sonriente, que se recuperara. Thaklar nunca supo que M’Cord había deslizado medicamentos en sus raciones desde el principio, medicamentos que atacaban la infección, la fiebre, y estimulantes glandulares especialmente fabricados para acelerar la soldadura de los huesos.

Este último fármaco había sido desarrollado a partir de un hongo marciano y era imprescindible para terráqueos como M’Cord. Una pierna o brazo quebrado era casi lo peor que podía sucederle, librado a su suerte en los desiertos, lejos de las clínicas de la Administración Colonial. Era casi tan grave como un alambique a presión descompuesto, y M’Cord no se aventuraba jamás en las arenas sin una buena provisión de medicamentos. Sabía, o presentía, que el testarudo guerrero hubiese rechazado de plano la idea de administrarse cualquier medicina impía que viniese de los f’yagha, por lo tanto M’Cord simplemente había mezclado las medicinas con los alimentos desde el principio sin habérselo dicho. El orgulloso nativo no había sospechado nada cuando M’Cord asumió la tarea de preparar las raciones; para Thaklar, hacer la comida era trabajo de mujeres, y se hubiese sentido agraviado de tener que compartir la tarea.

Y así continuaron. El avance era más fácil ahora, al menos para M’Cord. Ya que ahora la pierna de Thaklar había sanado, se turnaron en la montura mientras el otro tomaba su lugar en delantera caminando dificultosamente. No era más fácil para Thaklar de lo que había sido para el terráqueo. A pesar que el guerrero estaba acostumbrado al terreno desde su nacimiento, era igualmente difícil hacerlo a pie. Excepto cuando se encuentra en una meseta de roca, un marciano siempre viaja montado en un trifo.

Pero Thaklar sabía que debía mover esa pierna para recuperarse totalmente. Aún le dolía cuando la apoyaba de lleno, y los músculos se resentían intensamente con el esfuerzo, pero seguía adelante, arrastrándose por la arena, taciturno y sin quejarse, excepto cuando su pierna cedía de pronto y le hacía morder el polvo.

En una oportunidad cayó con un gruñido de dolor y se quedó inmóvil. M’Cord, que iba montado en el trifo, pensó que se había golpeado la cabeza contra una roca. De modo que bajó apresuradamente de la montura y fue a ver qué podía hacer.

No alcanzó a llegar.

Repentinamente, a un costado, la arena saltó despedida con violencia. Un siseo agudo como el de una caldera de vapor copió el aire. Era la hora del atardecer, una brusca transformación de día en noche que se realiza muy velozmente en Marte, donde la atmósfera está demasiado enrarecida para soportar graduaciones de luz como el crepúsculo y el anochecer o las sombras que se oscurecen lentamente. El disco del sol frío y se hundió en el horizonte montañoso y el cielo cambió del violeta al negro más profundo en cuestión de segundos. En el débil resplandor (ya que ninguna de las dos lunas gemelas refleja suficiente luz más que para ser confusa y medianamente visibles en las tinieblas) M'Cord no pudo ver de inmediato la causa de este inexplicable géiser de arena.

Entonces, algo que brincó gruñendo apareció ante su vista, flexible y delgado como una pantera, con una cola de látigo, silbante como la de ésta, pero cubierta de escamas de tintes desvaídos y con el obtuso y esferoidal cráneo de un reptil. Lo reconoció a la primera ojeada. Era un gran gato del desierto, una de las más temidas bestias de presa de las planicies marcianas. El animal hacía su guarida debajo de la arena usando una astucia casi humana para apisonar el polvo de las paredes y cubrir la estrecha entrada con una costra arenosa. Allí, a semejanza de algunas arañas de la Tierra, el gran gato del desierto esperaba a su presa.

Más grande que un oso, más rápido que un leopardo, el gran gato del desierto era la encarnación misma del terror. Atacaba como el rayo y con una ferocidad inigualable.

Y M'Cord había dejado su cinto con el arma cruzado sobre el cabezal de la montura.

Por una milésima de segundo el gran gato del desierto vaciló, sin saber por cuál de las tres presas decidirse. Tenía ante sí al hombre caído, al hombre de pie con las manos vacías y al asustado trifo, que chillaba encabritado, sus ojos girando de terror.

Entonces se abalanzó sobre M'Cord, derribándolo mientras le abría la pierna de arriba abajo de un zarpazo con su garra de ave de presa. Lo lanzó por el aire como un monigote, giró sobre sí mismo removiendo la arena y... ¡embistió nuevamente!

Pero ese breve instante de vacilación frente a las distintas presas le costó muy caro. Pues justo en el momento en que giraba y se lanzaba sobre el terráqueo derribado, la oscuridad de la noche se iluminó con un rayo enceguedor. Un chorro de luz azul eléctrico salió del arma de Thaklar para hundirse en el lomo escamoso de la bestia furiosa.

Casi inconsciente por el golpe que lo había derribado, M'Cord estaba aún boca abajo sobre el polvo. El resplandor del poderoso rayo lo enceguedó. Intentó mirar a través de las últimas vibraciones amarillentas, para observar más claramente el enorme cuerpo que se debatía, contorsionándose espasmódicamente, levantando el polvo con sus cuartos traseros. Aturdido, aún no podía comprender bien lo que había ocurrido. Thaklar no había perdido el conocimiento con la caída, sino que yacía mordiéndose la rabia que le causaba su pierna, mudo de impotencia. Su experiencia

para sobrevivir en el desierto le hacía mantener sus dedos siempre cerca de la culata de su arma, aun mientras dormía.

M'Cord pestañeó enceguecido tratando de recuperar la respiración. El aire frío estaba cargado del acre y metálico sabor del ozono mezclado con otro olor nuevo. Sólo más tarde identificó el agrio, pero no del todo desagradable, aroma de carne asada.

Thaklar renqueó hacía donde yacía el terráqueo y lo examinó silenciosamente.

Ahora había perdido el conocimiento. Ni siquiera se quejó cuando el nativo examinó sus heridas.

Las garras del gran gato del desierto habían rasgado el duro nioflex del traje térmico como si fuese papel. Y habían desgarrado la piel debajo; la pierna del terráqueo estaba cortada desde la cadera hasta el tobillo. La piel había sido abierta como por la mano de un cirujano y el hueso superior de la pierna se veía blanco y descarnado. Thaklar exploró con dedos suaves como los de una mujer. El fémur parecía no estar quebrado; el marciano no distinguió ni una sola fractura.

M'Cord perdía sangre rápidamente, con grandes chorros que iban a hundirse en la arena.

Ante tal herida las toscas artes curativas de Thaklar eran insuficientes. Sus manos temblaban, y con gran precaución se arrodilló junto al cuerpo inerte del terráqueo sin quitar la vista de sus rasgos descompuestos. Su propio rostro estaba sombrío sin expresión. Sus ojos amarillos como los resplandecientes ojos del gran gato del desierto eran indescifrables.

Pero se adivinaban los pensamientos que se agitaban tras ellos:

Me salvó de morir de sed. ¿No lo he salvado ahora de las mandíbulas del gran gato del desierto? ¿No estamos a mano? ¿No se paga un favor con otro?

Escrutó a M'Cord con ojos duros y fríos como los del halcón.

¿Y no es acaso uno de los malditos f'yagha, a pesar de haberme salvado de morir de sed? ¿Acaso esta raza no ha saqueado y despojado al mundo? ¿Qué más puedo hacer por él, yo que no conozco el arte de curar? Que muera, entonces; la rápida misericordiosa muerte. Duerme; la muerte por pérdida de sangre le sobrevendrá durmiendo; no sentirá dolor en su último sueño. ¿Qué puedo hacer, aun cuando lo quisiera?

El guerrero del Dragón Alado cavilaba así en la oscuridad, bajo el soberbio cielo estrellado. Luego se frotó los ojos como si estuviera muy cansado.

No; me dio de beber cuando yacía casi muerto de sed. Éramos desconocidos, y me dio de beber. No nos debíamos nada el uno al otro en aquel entonces. Ahora a pesar de todo hay aún una deuda, porque ya no somos desconocidos.

M'Cord se agitó levemente, apretó los labios resecaos cubiertos de polvo y se quejó pidiendo agua. Ni un solo músculo se movió en el duro rostro de Thaklar. Soltó su propio recipiente de la cadera, lo destapó, y acercó el pico a la boca entreabierta de M'Cord.

—Comparte mi agua... hermano —le susurró en voz baja.

Después de largo rato M'Cord despertó y supo que no estaba muerto. Porque era evidente que los muertos no sentían dolor; y él sí lo sentía.

Abrió los ojos nublados y legañosos y vio abajo el polvo moviéndose. Estaba atado sobre la grupa del trifo, con el penetrante olor de su piel pegado a las narices. Y había otro olor... olor a descomposición.

De las caderas hacia abajo su cuerpo estaba en llamas. Le latía la cabeza; las costillas magulladas le dolían; tenía los labios y el paladar resecos y cubiertos de polvo. Refunfuñó algo con voz entrecortada y en un instante la bestia se detuvo y Thaklar estuvo a su lado soltando las ataduras, ayudándolo a bajar. Sintió el agua que mojaba sus labios y por un rato sólo pensó en el deleite de su frescura y de su humedad. Retiró el recipiente, se secó la boca con el dorso de la mano y trató de centrar la vista en la cara de Thaklar. Los ojos amarillos estaban exentos de expresión; los rasgos afilados y cobrizos, inescrutables.

—Así es que aún estoy vivo —dijo ambiguamente.

—Aún vives —respondió el otro.

—¿Cuán... grave es, entonces?

—Muy grave, hermano. Compruébalo por ti mismo.

M'Cord no comentó el uso de Thaklar de la palabra "hermano"; sabía lo que significaba, o lo que implicaba. Pero había cosas más urgentes que hacer. Se observó atentamente y después de un momento volvió la cabeza asqueado.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —murmuró.

El hombre del desierto se lo dijo. M'Cord se humedeció los labios y trató de pensar. Un hombre no puede sobrevivir mucho en el desierto a no ser que sepa un par de cosas sobre su organismo. Thaklar había hecho todo lo que sabía: había restañado la herida lo mejor que pudo, y había hecho un firme torniquete en el muslo entre la entrepierna y la cadera, cortando la circulación.

Había tenido la precaución de soltar el torniquete de vez en cuando. Pero no sabía de la existencia de medicinas en el botiquín, y de haberlo sabido, probablemente hubiese desdeñado usarlas. Al pensar en el posible envenenamiento de la sangre, M'Cord traspiró y sintió náuseas. Entonces pidió el botiquín, más agua y una frazada para protegerse del polvo.

En el botiquín había poderosos bactericidas de amplio espectro, un agente anticoagulante y tubos de neomicina IV. M'Cord ingirió tres tabletas de calmantes y una tableta de cafeína concentrada para despejar la cabeza. Luego se colocó varias inyecciones, comenzando por doce centímetros cúbicos de energol. Esto marcaba el límite máximo que su organismo podría tolerar, pero lo mantendría por tres horas sin dolor ni fatiga. Tendría que pagar las consecuencias después, lo sabía; pero ahora lo importante debía hacerse. El energol le recorrió el organismo como una nube de fuego chispeante: el dolor se amortiguó y luego se desvaneció, se sintió alerta, lúcido

y sereno. Comenzó a preocuparse de la pierna.

Thaklar no había lavado la herida. En el desierto uno no lava nada, ni aun una herida.

El agua es más escasa y preciada que la sangre; más preciada que la vida. Y toda la larga y horrible incisión estaba encostrada con sangre coagulada y polvo. M'Cord la limpió con un paño húmedo y luego la embadurnó con neomicina, la cubrió con unguento y comenzó a coser la herida lo mejor posible. Gracias a las inyecciones no sentía dolor, pero sabía lo que estaba haciendo y tenía que fruncir los labios y apretar las mandíbulas para no vomitar. Los bordes carnosos de la incisión estaban hinchados y violáceos. Los abrió con un escalpelo y dejó escurrir el pus, luego los cubrió con neomicina y los cosió. Cada cierto tiempo se detenía a descansar y tomaba unos tragos de *brandy*. Sabía que no tenía muchas posibilidades, pero no le quedaba otra alternativa que intentarlo.

Thaklar había vendado la herida con tiras de una frazada, atadas firmemente, manteniendo juntos los bordes rotos del traje térmico lo mejor posible. De no ser por eso, hubiese tenido que luchar también contra el congelamiento.

Cuando terminó era casi de noche, de modo que acamparon y comieron. M'Cord no tenía hambre pero se obligó a comer la carne y tomó más píldoras. Sabía que le quedaban algunas horas de lucidez sin dolor antes que la fiebre y el delirio comenzaran, como él temía. Le mostró a Thaklar las diferentes píldoras y ensayaron varias veces lo que el otro debería hacer una vez que M'Cord no pudiese valerse por sí mismo.

Hablaron poco mientras comían.

—Mala cosa, 'Gort.

—Mala —asintió M'Cord—. Tendrás que amarrarme cuando comience a delirar, así no saldré a vagar por la noche. Y suplicaré por agua; pero debes darme sólo esto por día —explicó midiendo con los dedos. El otro asintió sombríamente.

—Hice todo lo que pude, 'Gort.

M'Cord asintió.

—Lo sé. Gracias.

No había más que decir. Durante cuatro días con sus noches el guerrero lo había alimentado, cuidado y limpiado cuando se ensuciaba. No había palabras para agradecer a un hombre esa generosidad.

Se encontraban en el centro del Regio. Pronto, tal vez al día siguiente, Thaklar pensaba dirigirse al Norte, hacia el interior del Sabaeus. Para entonces M'Cord estaría casi loco de fiebre y no sabría nada de nada. En un día más o dos, podría estar muerto. Ambos eran conscientes de ello; no era necesario tocar el tema.

Thaklar tenía una expresión rara; su frialdad se suavizó. Estaba tratando de decir algo y le costaba. M'Cord estaba echado, vacío y cansado, sintiendo cómo el adormecimiento y la agradable euforia se desvanecían al comenzar el dolor, y esperó a que hablara, si eso era lo que buscaba. A M'Cord parecía importarle poco que lo

hiciera o no.

—He compartido el agua contigo; lo hice mientras dormías —dijo finalmente.

—Lo sé, hermano —respondió M’Cord. Algo muy parecido a una sonrisa iluminó las severas facciones del otro.

—Está escrito que un hombre no debe esconder secretos a su hermano, ’Gort; quisiera contarte quién soy, cómo he llegado hasta acá y lo que quiero hacer.

M’Cord asintió y esperó en silencio.

Cuando su historia terminó, le pareció aun más extraña de lo que había imaginado.

La nación del Halcón Alado es un pueblo antiguo y orgulloso. Sangre de reyes corre por sus venas, atenuada con el correr de muchos siglos, es verdad, pero no por eso menos real.

Thaklar era un Gran Príncipe, o lo había sido. Su linaje era Antiguo, antiguo incluso para una raza en la que el linaje de sus príncipes se remontaba a menudo a un millón de años atrás, los inicios del Pleistoceno.

En un pasado remoto, antes que los océanos se retirasen, que el aire se enrareciese y que los azules bosques y llanuras muriesen para quedar tan sólo arena, ellos conformaron una poderosa civilización. De polo a polo la palabra del Jamad Tengru, el Papa-emperador, era ley sagrada. Existían diez naciones, diez poderosos clanes de millones y millones de seres. Pero entonces el mundo comenzó a morir; y ellos a morir con él.

A medida que los salados mares se hundían dejando al descubierto vastas extensiones barrosas en la costa, las ciudades de mármol de los puertos fueron abandonadas, condenadas a la ruina. Enormes masas se transformaron así en vagabundos al marchitarse sus campos y bosques. Grande fue la pérdida que esto trajo consigo en los caóticos siglos siguientes: la ciencia que habían recibido de sus dioses, la sabiduría que habían preservado a lo largo de interminables eras. Se transformaron en nómadas, luego en bárbaros; finalmente, en poco menos que salvajes.

Pero eran un pueblo antiguo y orgulloso, y eran testarudos. Se adaptaron a un mundo que moría; las privaciones y sufrimientos los endurecieron. Sobrevivieron. Y se aferraron a lo poco que podía ser conservado de sus ancestrales tradiciones y sabiduría.

Al dispersarse, separados por miles de kilómetros de desierto que otrora fueran el fondo de mares ahora desaparecidos, habiendo perdido el contacto entre sí, los restos de cada una de las nueve naciones que sobrevivieron al crepúsculo del planeta protegieron sus propios fragmentos de conocimiento atesorado. La posesión de estos fragmentos de antigua sabiduría se hizo hereditaria. La tutela de este conocimiento pasó de padre a hijo a través de muchos milenios.

Así sucedió con la dinastía de Thaklar.

Y allí en la desértica llanura, acurrucados bajo las heladas estrellas, el marciano

reveló su secreto al terráqueo que, en forma tan extraña e inesperada, se había convertido en su hermano.

—Desde hace mucho, hermano, mi Casa ha mantenido el secreto del Sendero Milenario. Nos fue revelado por los Eternos para cuidar por siempre el camino al huatan. Tú, que has leído Las Escrituras y que conoces algo de nuestras tradiciones, sabrás, tal vez, lo que significa esa palabra.

M’Cord lo observó intrigado. Por supuesto, conocía la Lengua lo suficiente para comprender que "huatan" significa "valle sagrado". Sin embargo no era un erudito; algo sabía de las Epopeyas y de los Paralipómenos, pero su conocimiento se limitaba a lo que podía aprenderse escuchando a un bardo entonar las viejas canciones para un grupo de nómadas reunidos alrededor de un termogenerador bajo las estrellas resplandecientes.

El valle sagrado...

Algo afloró en su memoria, un viejo vestigio de saber casi olvidado. Trató de recordar; pero Thaklar retornó el relato. Sombrío el rostro, sus severos ojos aparecían desolados por un viejo dolor.

—En su oportunidad, el secreto me fue entregado. El secreto que mis antepasados habían cuidado desde los albores del tiempo mismo. Y a mí me lo robaron. Una mujer.

Escupió la última palabra como si le envenenara la lengua.

—Su nombre era Zerild. Era una mujer del Clan Bajo que bailaba ante los hombres por oro. Llegó al campamento real de mi nación en una caravana de gordos mercaderes y bailó ante nosotros a la luz de las estrellas, y era... muy hermosa. La deseé como un hombre sediento desea el agua, pero se burló de mí y me negó su cuerpo. Buscando saciar mi sed le ofrecí riquezas y un lugar en mi casa. Un lugar de honor. Pero aún se negó, y volvió a burlarse.

Su cabeza caía sobre el amplio pecho y volvió la cara para que M’Cord no pudiera verlo.

—Entonces la locura se apoderó de mí. Nunca he sido débil por las mujeres: Thaklar, de la nación del Dragón Alado, jamás se ha arrastrado a los pies de una mujer; nunca he sido esclavo de mis deseos. Pero ante el esbelto cuerpo de Zerild me sentí presa de un encantamiento. Perdí la razón y el honor. Ella me provocó, riéndose, cimbrando frente a mí, sus ojos como enormes piedras preciosas fulgurando a través de la sedosa cortina de su pelo negro como la noche. Estaba hambriento de sus pechos, hados como la fruta, hambriento por recorrerla con mis manos... y, en mi locura e insensatez, le rogué que pidiera lo que quisiese. Dijo que no deseaba otra cosa que una prueba de que mi amor por ella era más fuerte que cualquier otro que hubiese albergado mi corazón. Me pidió el secreto que los príncipes de mi sangre habían conservado desde los albores del tiempo.

¡Me dijo que le revelara el camino a Ophar la Sagrada...! ¡Ay, hermano mío! ¡Hubiese sido preferible morir como un cobarde en ese momento, antes de que mis

labios se abriesen, para no sucumbir ante mi deseo! Pero mis labios se abrieron. Y no morí.

M'Cord sintió un escalofrío al escuchar las palabras lentas y torturadas susurradas bajo las estrellas.

Porque ese vago recuerdo que se agitaba hacía poco en las profundidades de su mente le vino ahora a la memoria. Y supo qué es lo que el otro había querido decir con huatan, el valle sagrado. Entendió lo que Thaklar le había estado relatando, y supo, creyó saber, cuál era el secreto que los príncipes Dragones de la dinastía de Thaklar habían mantenido en reserva tan celosamente y por tanto tiempo.

Asombrado, comprendió lo que había hecho el guerrero que tenía a su lado, lo que le mereció el desprecio de sus hermanos de clan y el exilio de por vida de sus dominios.

Había vendido el camino al Jardín del Edén por el deseo del cuerpo de una mujer.

Prosiguieron al amanecer, rumbo al Norte, hacia la meseta. Hablaron poco, ya que la fiebre y el dolor se fueron apoderando de M'Cord. En cuanto a Thaklar, se había apoderado de él un humor negro y depresivo y caminaba cansadamente con la cabeza gacha, ensimismado en sus pensamientos.

M'Cord lo compadecía, en medio de su propio padecimiento. Porque entendía la inmensidad del pecado de Thaklar.

Ophar, o "La Sagrada", como se le decía, era el Paraíso en la religión de los nativos de Marte. Lo llamaban el Valle Donde Nació la Vida. Fue allí, en ese misterioso y sacrosanto Valle, donde según los mitos más antiguos que las montañas, los Eternos crearon la vida. Fue en ese lugar secreto donde el Adán marciano fue plasmado con la carne de las bestias, tomó forma humana y recibió ese chispazo de inmortalidad que distingue al hombre de la bestia.

Pero era más que la cuna de la raza; porque La Sagrada guarda en sus entrañas el más precioso de los regalos que los Eternos donaron a sus hijos adoptivos. Era la mismísima Jhayyam-i-Jaah, la Laguna de la Eternidad que guarda el Agua de la Vida, la antigua versión marciana de la Fuente de la Juventud, esa que el entrecano y candoroso soldado aventurero Ponce de León buscó antaño en los pantanos de la Florida.

Todo eso era leyenda y mito, por supuesto, y M'Cord lo sabía. Material de cuentos de hadas. M'Cord había visto demasiado en su vida como para creer en los dioses de los hombres, y mucho menos iba a creer en los dioses extraños de un planeta ajeno. Pero esas creencias son expresión del temor reverente que ciertos símbolos o historias suscitan en los hombres y no tienen nada que ver con hechos o verdades del mundo real. Los hombres necesitan sus mitos así como necesitan a sus héroes; es necesario creer en algo superior para evitar sucumbir al asco y desprecio de todo, incluso de uno mismo.

Para algunos, lo santo, la cosa sagrada, es el hogar o la bandera o el país. Para otros hombres es una manera de vivir, un credo o un sistema político o un código ético. Pero para muchos hombres es la colección de los viejos cuentos de unas Escrituras, olvidados por el tiempo. M'Cord no tenía fe en las Escrituras, ya fuesen de sus propios antecesores cristianos o de la religión marciana. Pero sabía lo mucho que significaban para ellos los vestigios agonizantes de un pueblo que moría. Y comprendió, al fin, el verdadero significado de lo que había hecho Thaklar.

El resto de la historia fluyó de los herméticos labios de Thaklar en trozos y fragmentos durante los dos días siguientes: le había revelado el secreto a la bailarina para probarle que su amor por ella era aun más fuerte que sus votos hereditarios, más fuerte que su honor. Y antes de estrecharla en sus brazos siquiera una vez, ella escapó amparada en la oscuridad de la noche en un trifo robado, y se esfumó en los páramos. Sólo había jugado con él, como un gato con un pequeño ratón, cruelmente, con las

agudas garras escondidas tras suave terciopelo.

M'Cord no creía que Thaklar aún juzgara ciertos los antiguos ritos. Pero eso no importaba. Era suficiente saber que había manchado el honor de su Casa por culpa de una ramera caprichosa. Había escupido sobre la tumba de sus antepasados. Había vendido el preciado tesoro de sus padres por la carne de una mujer, pecado infinitamente más despreciable que venderlo por oro. Se había presentado de inmediato ante el Anciano Príncipe de su nación a confesar su pecado, que estaba más allá de la redención, ya que sobrepasaba todo castigo. Se le despojó de su nombre de clan, y el emblema del principado de su Casa fue arrojado al polvo. Sin honor, sin tribu, había sido expulsado de los dominios de su pueblo condenado a vagar por el mundo en amarga soledad hasta que le sobreviniera la muerte.

Ya no le quedaba nada por qué vivir. Pero había algo, un secreto que alimentaba en su corazón, más profundo y violento que el deseo que había sentido por la mujer.

Y ese deseo se llamaba Venganza.

M'Cord era más fuerte que lo que él mismo creía. Había pensado que la fiebre aparecería en pocas horas, pero su organismo se defendió y mantuvo a la enfermedad a raya durante dos días. Sin embargo, finalmente su fortaleza cedió y se hundió en el loe; delirio. Thaklar lo atendió, lo alimentó, le dio de beber y lo ató a la montura para que no se cayera. Y en los alimentos y la bebida mezcló los medicamentos que M'Cord le había indicado en sus horas de lucidez. Siguió sus instrucciones aunque no creía en el poder de las medicinas de los terráqueos.

Por la noche, con los huesos cansados, se acurrucaba junto a M'Cord y le hablaba suave y pausadamente. El terráqueo ahora estaba delgado y alicaído, con los ojos brillantes de fiebre: deliraba y se retorció entre sus ataduras.

Thaklar le hablaba porque no tenía con quién hacerlo. Era sólo el desierto, el silencio, la noche y las estrellas. Pensó que el sonido de una voz humana podría aliviar y calmar a M'Cord en su delirio. Tal vez era así en parte. Pero lo más probable era que le hablara, simplemente, para descargar su alma y mantenerse cuerdo.

Le contó que había recorrido el mundo buscando a la bailarina Zerild. La había buscado con avidez en los campamentos del Pueblo, en las caravanas de los gordos mercaderes y aun entre los viles f'yagha en los cuarteles de las colonias terrestres.

Preguntó ansiosamente por ella en todas partes; pero no supieron decirle nada y no la había encontrado.

Entonces había supuesto, con un escalofrío de terror, que era posible que no le hubiese sonsacado el secreto sólo por satisfacer su vanidad sino con un propósito definido.

El único propósito que podía imaginar eran las viejas razones que llevan a los hombres de todos los mundos a buscar lo Inalcanzable. El motivo que llevó a los conquistadores españoles a explorar las tierras vírgenes de la desconocida América en busca de su propia Fuente de la Juventud. Y todo por el temor a envejecer y morir. Porque estaba dicho en las Escrituras que aquellos que bebiesen de la Laguna se

tornarían jóvenes nuevamente, para nunca envejecer ni morir.

Y una mujer como Zerild, que se gana la vida tentando a los hombres con su belleza y luciendo su juventud ante su lujuria, teme, por sobre todo, la llegada de la vejez con sus canas y sus arrugas.

El primer paso del Sendero Milenario era la ciudad de Ygnarh.

Era antigua esta ciudad; más antigua que el Carbonífero. Tan vieja que ni aun las leyendas registraban cuándo se erigieron sus primeros pilares. Había muerto hacía tanto tiempo que ni aun las Epopeyas recordaban los tiempos en que los hombres la habían habitado. "La primera de las ciudades", la llamaban las Escrituras; era como la Tierra de Nod, donde Adán se estableció cuando fue expulsado al este del Paraíso y cuyas puertas fueron cerradas a sus espaldas por un ángel con una espada de fuego.

Si realmente había existido una ciudad llamada Ygnarh, Thaklar pensaba que se encontraría en el Seno de la Meseta Sabaeus. Éste era parte del secreto que su familia había guardado desde tiempos inmemoriales, y la razón por la cual el Sendero Milenario había permanecido oculto era para impedir a los hombres buscar Ophar la Santa donde se encontraba el Agua de la Vida, ya que bañarse en ella era un sacrilegio. Hace ya mucho, los dioses decretaron que no era bueno que el hombre viviera por siempre ni que morara en el Valle Más Allá del Tiempo donde los Eternos habían caminado una vez. Así, estaba prohibido entrar allí, y el camino se guardó en secreto, y la custodia de ese secreto se confió al fundador de la dinastía de Thaklar.

Desde ese día, ningún hombre de la Casa había revelado el secreto a un extraño; sólo cuando el padre de cada generación yacía en su lecho de muerte confiaba el secreto a su hijo mayor. Así había sido por siglos. Y sólo Thaklar había traicionado esa antigua confianza.

Sabía que no lograría jamás el perdón por su pecado. Pero sí podía matar a la mujer que lo había burlado y sellar para siempre sus labios. Esto por lo menos lo satisfaría a él, aliviaría el cargo de conciencia que pesaba como plomo sobre su espíritu. Y ése era el objetivo de su vida. Se dirigía a Ygnarh cuando su bestia se había desplomado sobre él, aplastándolo, allá en el Aram, donde el terráqueo que ahora era su hermano lo había encontrado.

Nunca supo por qué había muerto esa bestia. Así son los trifos: pueden galopar incansables y sin quejarse por cientos de kilómetros. Cuando llegan al límite de sus fuerzas, se mueren de golpe.

La bestia de M'Cord sucumbió al tercer día. Repentinamente emitió un chillido como para helar la sangre y cayó de rodillas, balanceando la cabeza. El temor se apoderó de Thaklar sacándolo de su estupor. Saltó rápidamente con un cuchillo desnudo brillando en sus manos. Cortó apresuradamente las ataduras del inconsciente M'Cord. No bien lo hubo sacado de la montura, la bestia se desplomó de costado sobre el polvo y quedó allí resollando por unos instantes antes de morir.

Thaklar observó fijamente a la bestia muerta, y luego dirigió su vista a la pared montañosa de la meseta que bordeaba el horizonte hacia el Norte. Parecía estar cerca,

muy cerca. Pero sabía que no lo estaba, y se sintió descorazonado.

Cargaría las alforjas, porque era necesario. Allí estaba almacenado el alimento y el agua, las frazadas y los medicamentos.

Pero no podía cargar a M'Cord.

Aun flaco, acabado y estremecido por la fiebre, el terráqueo era una carga pesada. Y Thaklar sabía que su pierna quebrada, aunque ahora estaba soldada, no sería capaz de sostener ese peso.

Pero no había nada que hacer más que... intentarlo.

Poco le quedaba de su mancillado honor. A ese poco se aferraba con todas sus fuerzas. Y jamás se diría de Thaklar, de la nación del Dragón Alado, que había abandonado a su suerte a un hermano para morir en el desierto mientras él seguía, solo, para vivir.

Se inclinó sobre la bestia muerta y sacó las monturas con dificultad ya que parte de ellas estaba aplastada por el cadáver.

Luego revisó minuciosamente las escasas provisiones descartando todo lo prescindible para sobrevivir.

Lo que quedó lo amontonó en la bolsa de cuero y se la terció sobre el pecho.

Luego se inclinó, levantó suavemente a M'Cord y lo cargó sobre sus hombros, equilibrando el peso para poder caminar más fácilmente.

—Muy bien, entonces, hermano —murmuró secamente—. De aquí en adelante seré la bestia de carga. Y, vivos o muertos, compartiremos el destino...

Enfiló hacia el Norte con el terráqueo a sus espaldas.

La meseta estaba más cerca ahora. Pensó que podría alcanzarla en el lapso de tres días; en tres días si los viejos relatos decían la verdad, cruzaría las puertas de Ygnarh.

Pero si M'Cord iba a estar vivo para entonces, sólo los Eternos lo sabían.

## 6

M'Cord pensó que era un sueño; siempre el mismo sueño. Sólo que éste era particularmente distinto...

El polvo, las interminables dunas de polvo ocre, habían desaparecido como por encanto. En lugar del polvo se podía apreciar la roca desnuda, picada y agrietada, desgastada por el tiempo. La roca se elevaba a sus costados en empinados y majestuosos muros que se estrechaban como las fauces de una fiera.

Y cuando soñaba que estas fauces se cerraban sobre él, se abrieron súbitamente, en un amplio espacio al aire libre bañado por los rayos del sol.

Y en ese lugar se erguía una ciudad.

Era muy antigua esa ciudad. Más antigua que la memoria del hombre; más vieja aun que sus sueños.

En realidad, era el esqueleto de una ciudad. Muros agrietados que aún se mantenían en pie a pesar que sus techos abovedados ya se habían derrumbado; pilares inclinados en las formas más extrañas o caídos, hechos pedazos en el polvo.

Por alguna jugada del tiempo o del destino, las puertas y los pilares de las puertas aún se erguían, severos e imponentes, aunque los muros habían caído hacía ya mucho, hundiéndose entre los escombros de los siglos.

El que lo cargaba sobre sus espaldas —un macilento, trastabillante marciano—, atravesó tambaleante las puertas, que se encontraban abiertas.

Se dirigió a lo largo de una avenida adoquinada, flanqueada por casas a ambos lados, o lo que quedaba de ellas. Las casas eran como calaveras blanqueadas por el sol, cáscaras vacías con huecos ventanales semejantes a las cuencas de los ojos y portales que bostezaban con las fauces abiertas.

Todo era polvo y desolación, piedras dispersas y esqueletos de torres caídas. ¡Qué sueño tan extraño! M'Cord trató de reírse de su fantasía pero no pudo porque su lengua estaba hinchada y negruzca.

En la plaza central la construcción aún se mantenía a dos o tres pisos de altura. Estos palacios, templos o lo que hubiesen sido, alguna vez habían sido construidos para durar, y sus sólidos muros de mármol ambarino se habían conservado a pesar de la implacable erosión de un millón de años o más.

El que lo cargaba lo depositó a la sombra de un muro y se arrodilló a su lado para darle de beber. Era preciosa esa agua, más que el oro o más que la sangre, y quedaban pocas gotas. La compartieron Thaklar y el casi cadáver que soñaba que aún estaba vivo.

Entonces descansaron... hasta que llegaron los otros.

Cuando sintió el ruido de pisadas en las piedras, Thaklar se levantó tambaleante con una mano aferrada a la culata de su pistola, pero ya era demasiado tarde. Los cañones de tres pistolas de rayos lo miraban fijamente, como resueltos ojos negros fríos.

Thaklar bajó lentamente la mano y dejó caer su pistola al suelo.

Los otros lo miraron con ojos duros y calculadores alternativamente a él y al cuerpo que yacía despatarrado, sosteniendo la mirada durante un interminable momento de tensión y silencio.

El primero de ellos, que debió haber sido el jefe a juzgar por su actitud, era un hombre delgado con rasgos de lobo. Un guerrero del Clan Bajo, de rostro tosco y enjuto con pequeños y duros ojillos suspicaces. Llevaba dos cananas terciadas sobre un pecho amplio y musculoso; en las caderas, dos pistolas en sendas cartucheras; y un grueso látigo negro con una gastada empuñadura de plata colgaba también enrollado a la altura de la cadera. Sus manos oscuras y diestras sostenían un rifle de rayos de fabricación f'yagha. Lo cargaba con esa soltura que indicaba una larga familiaridad y uso. Thaklar comprendió que lo sabía utilizar y que podría hacerlo en cualquier momento.

El otro hombre era pequeño y atrofiado como un duende, de tórax estrecho y muy viejo. Llevaba la cabeza afeitada y aros de plata en los lóbulos, como un sacerdote. Pero como los demás, usaba una túnica de cuero y los arreos de un guerrero, no la ondulante túnica de un clérigo. Si el rostro del jefe era duro y amenazador como el del lobo, el de este hombre se asemejaba al de un reptil. En verdad, la semejanza era increíble, la misma frente roma y sinusoidal, la misma cara angosta sin mentón y los mismos ojos fríos, sin párpados, carentes de todo, menos de ferocidad.

Siseó algo a su compañero a través de sus labios delgados, y mientras lo hacía, Thaklar imaginó que veía asomarse la punta de una lengua bífida que le humedecía los labios.

El tercero del grupo se mantuvo aparte bajo la sombra de un pilar; sólo se veía el largo cañón apuntándole directamente al corazón.

Thaklar ignoró a los otros y enfrentó los astutos y suspicaces ojos del que se asemejaba a un lobo, y sostuvo su mirada.

Era un momento de indecisión: un momento de incertidumbre y de prueba. También era un buen momento para cualquier tipo de trampas, y Thaklar lo sabía.

Estos hombres eran forajidos. No usaban emblemas de ningún clan y sus vestimentas no estaban orladas con los blasones heráldicos propios de los marcianos. Forajidos o parias, desechados por todas las comunidades.

Le temían porque él era un factor desconocido: y le temían porque no podían estar seguros de que estaba solo.

Era un momento que podía terminar con la muerte, fácil y velozmente. Y era el momento de no demostrar temor y de jugarse el todo por el todo.

Pero Thaklar estaba asustado. Cualquier hombre hubiese sentido miedo en esas circunstancias, en ese espacio vacío, sin vida; bajo el apagado resplandor del sol, atrapado como una polilla ante la boca de tres armas que le apuntaban.

Pero por las venas de Thaklar corría sangre de antiguos reyes, la orgullosa herencia lo hizo erguirse firmemente. Moriría, si debía morir, pero no demostraría

temor ante la muerte. Cruzó los brazos sobre el pecho y desafió al hombre lobo con la mirada. Y cuando habló, sus palabras fueron tranquilas y mesuradas, y su voz no tembló en lo más mínimo.

—No tienes por qué temerme. Mis armas están a mis pies, estoy solo, salvo el hombre que está ahí casi muerto de fiebre. Y soy un paria, como tú.

El hombre con cara de lobo sorbió aire ruidosamente a través de su dentadura. Sus ojos destellaron amenazadores bajo la sombra de su kaffira.

—¿Quién es este que conoce a Chastar, pero sobre el cual los ojos de Chastar nunca antes se han posado? —escupió. Su voz era fiera, y sonaba aguda y tensa de sospecha.

Thaklar se encogió de hombros con indiferencia.

—No te conozco, ni nos hemos encontrado jamás, por lo que sé. ¿Pero quién moraría aquí, en una ciudad en el medio de la nada sino alguien con su cabeza a precio? —El destello de sospecha pareció desvanecerse un poco mientras Thaklar hablaba. Tuvo tanto que ver el tono casual, displicente, en que fueron dichas las palabras, como su significado.

El hombre que se llamaba a sí mismo Chastar dijo con voz áspera:

—Empuja la pistola con tu pie y no hagas ningún movimiento en falso.

Thaklar hizo lentamente lo que se le ordenó. Aún sin quitar los ojos de Thaklar, el forajido dijo al enano de cabeza afeitada al estilo sacerdotal:

—Tú: Recógela.

El sacerdote, sin emitir palabra alguna, se agachó y recogió la pistola de Thaklar. Chastar la recibió, examinándola. No exhibía sello de ningún clan, pues había sido comprada a un contrabandista en las callejuelas de Yeolarn. Mascullando algo, la introdujo en su cinto.

—¿Quién eres, y cómo llegaste aquí? —preguntó agriamente.

—Mi nombre es Thaklar y he venido a pie la mayor parte del camino.

Chastar abrió la boca para rebatirle, pero entonces notó por primera vez el estado de las vestiduras de Thaklar, rasgadas y cubiertas de polvo.

Sus ojos se posaron en el terráqueo semiinconsciente a los pies del marciano.

—¿Y eso que traes contigo? ¿Eres amigo de los malditos extranjeros o te has vendido a ellos?

Thaklar negó bruscamente con la cabeza.

—No siento simpatía por los f'yagha, como raza. Pero el hombre que ves a las puertas de la muerte, aunque es verdad que es un f'yagh, es mi amigo, mi hermano.

El otro lo miró sorprendido. Sospechaba que algo no había sido dicho.

—¿Thaklar...? ¿Es ése tu nombre? —balbuceó—. Pero no me dices de qué nación —agregó.

—No, por la misma razón que no me has nombrado la tuya. Porque no tengo ninguna, soy un aoudh. Un paria como ya te he dicho.

—Miente —dijo una dulce voz desde las sombras.

El sonido de esa voz heló la sangre de Thaklar y se puso intensamente pálido.

El tercero del grupo que había permanecido en las sombras se adelantó. Era una mujer. Una muchacha más bien, a juzgar por sus pequeños y turgentes senos. Sus piernas eran largas y delgadas, su cabello, como seda negra, caía descuidadamente sobre sus torneados hombros y descendía como una catarata resplandeciente. Su rostro era un sueño de belleza y promesas; pómulos altos, ojos rasgados, un pequeño mentón incitante, la boca amplia de labios carnosos y sensuales donde una risa maliciosa jugaba permanentemente. Los inmensos ojos traviosos parecían refulgir bajo las largas pestañas. Era hermosa; muy hermosa. Aun en el aturdimiento de la fiebre, la virilidad de M'Cord respondió a la atracción tentadora de su belleza.

Se acercó, bañada por el sol, lánguidamente, como lo haría un gato. Los ojos de los hombres estaban sobre ella, lo sabía.

Sosteniendo la mirada, se desperezó lascivamente, bostezando, arqueando su flexible cintura. Sus ojos brillaron al observar de reojo a su atento auditorio, y entonces bajó los párpados.

Chastar se quedó mirándola contrariado y perplejo. El pequeño sacerdote la observaba con los ojos entrecerrados por el deseo. Pero Thaklar pareció golpeado por un rayo, su rostro rígido, una máscara de frío bronce.

Sólo sus labios se movieron susurrando un nombre. El sonido se lo tragó el silencio. Sólo M'Cord oyó el nombre.

—Zerild.

Era una extraña escena, el sol brillante pero frío, las ruinas y el grupo inmóvil.

Echado a la sombra del muro, M'Cord se sintió extrañamente fuera de todo, como un espectador observando el desarrollo de un drama.

Por un momento quedaron como paralizados por el encanto de la muchacha.

—Repito: miente —dijo. Había burla en sus ojos. Les sonrió a todos; luego se volvió. Chastar estaba frenético. Se volvió hacia ella rápidamente, sus ojos cargados de rabia.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¡Habla, mujer, y termina de una vez con tus burlas e insinuaciones!

—Sí. ¿En qué miente? —murmuró el vejete. Aún sostenía el arma en sus nudosas manos. El cañón apuntaba directamente al corazón de Thaklar.

Thaklar permaneció inmóvil, los brazos cruzados sobre su pecho. Su rostro vacío de toda expresión.

La muchacha encogió los hombros.

—Una mentira es una mentira —dijo. Chastar escupió y blasfemó histérico.

—¿Conoces a este hombre, perra? ¡Habla! Contéstame, Zerild, o te rompo la espalda con mi látigo. ¿Conoces a este hombre?

Lo miró y se rio en su cara.

—No me tocarás con ese látigo tuyo, porque si lo haces, nunca te diré el camino a La Sagrada. Así es que cuida tu lengua y tus maneras, o mis labios se cerrarán para ti y buscaré otro que me acompañe al Valle.

—¡Maldita seas, ramera! —gruñó el forajido—. Un día de éstos te vas a ahorcar con esa lengua que tienes. Ahora déjate de estupideces. ¿Conoces a este hombre o no?

Sus burlones ojos se encontraron con la fría mirada de Thaklar. Luego los apartó.

—Nos conocemos —dijo, encogiendo los hombros indolentemente.

—Bien. ¿Entonces? Dices que miente. ¿En qué, maldita?

Chastar escupió. M'Cord comprendió que en el fondo se odiaban, el hombre-lobo y la mujer-gato; el amor entre ellos —si es que eran amantes— debía ser algo salvaje, con arañazos y feroces bofetadas.

Levantó una mano y jugueteó con las campanitas de su pelo. Repiqueteaban armoniosamente cuando se movía.

—Es un príncipe de la nación del Dragón Alado —dijo indiferente—. O por lo menos, lo era cuando lo conocí. —Algo quedaba por decir. Chastar comenzó a respirar pesadamente; los celos del macho se percibían en el aire.

—¿Te ha poseído? ¿Han sido amantes, entonces? ¡Habla! —gritó con voz ronca cargada de odio. Ella lo miró fría, desdeñosamente.

—Si así lo crees —dijo.

—Lo sé; puedo sentirlo en el aire —gruñó Chastar. Sus ojos tenían un brillo

asesino ahora, y la mano que sostenía el arma tembló por vez primera bajo la intensidad de sus pasiones.

El hombre estaba demasiado tenso. M’Cord imaginó sus nervios expuestos a flor de piel. La más mínima provocación le enfurecía. Y la bailarina jugaba con él.

¿Provocándolo? ¿Burlándose? Era como tener entre los dedos una navaja de dos filos.

—Si tú lo dices —dijo Zerild—. Pero la verdad del caso es que jamás me ha tocado. No, ni siquiera con una mano. No es eso lo que quisiera. Me deseaba, Chastar. Casi tanto como tú. —Sus ojos se burlaron al decir esto último.

Lo raro fue que sus palabras tranquilizaron al hombre. Tal vez porque sabía que no mentía, o quizás porque deseaba desde el fondo de su alma que fuese cierto. En todo caso, su furia asesina se tornó en un humor sarcástico; miró a Thaklar de pies a cabeza y rio con una risa horrible y cruel.

—¡Ah! ¡Ahora entiendo! Es el principillo a quien le robaste el secreto del Sendero, ¿eh, puta? Bueno, ¿por qué no lo dijiste? Bien, principillo, ¿qué se siente al ser víctima de una mujer como ella, eh?

Thaklar sudaba bajo la túnica pero siguió sin demostrar nada, aminorando la insinuación.

—Tú sabes qué se siente, Chastar —sonrió—. Creo que a ti también te embauca. ¿O has tenido más suerte que yo y te ha pagado... en la cama?

Eso sí que enfureció al forajido. Blasfemó y se adelantó apoyando su mano en el látigo que llevaba al cinto.

—¡No ha conseguido más que tú, Dragón! —rio Zerild—. Y lo tiene irritado. ¡Oh, ustedes los hombres! ¡Tienen que pasarse la vida tratando de poseer algo, para después amarrarlo con cadenas, amenazas o promesas! ¡Pero yo soy Zerild, una mujer libre! ¡No me entrego porque sí, pero cuando lo hago, me entrego por entero!

—Entonces, ¿te entregas a veces? —preguntó Thaklar.

La muchacha rio haciendo alarde de su belleza. Sus ojos se encontraron con los de él, puros y alegres por un instante, como si percibieran un alma gemela. Luego, la burla reapareció en ellos, se tornaron nuevamente crueles.

—¡Nunca me he entregado a un hombre todavía porque aún tengo que encontrar al que lo merezca! ¡Tenlo presente, Dragón, que cuando encuentre a ese hombre me tendrá toda! ¡Los demás, todo lo que conseguirán de mí será una mirada, una sonrisa, un dejo de mi perfume en el aire!

Chastar la miró intensamente.

—¡Te tomaré cuando yo lo desee! Ya te lo he dicho. Yo tomo lo que deseo. ¡Serás mía, Zerild!

—Quizás —bostezó—. Y quizás no. Pero en todo caso eso no es parte del trato. Tu parte es facilitarme el viaje a La Sagrada y mi parte es señalártelo. Y el tesoro que encontremos lo compartiremos, tú y yo. En cuanto a lo demás, no está en el trato. Si llega a suceder, sucede. Si no, no.

Chastar se volvió a Thaklar.

—¿Entonces seguiste a la ramera hasta acá, principillo? Es muy amargo ser engañado, ¿eh?

—Engañado, no —dijo Thaklar, sonriendo—. Porque no tomaste nada que yo hubiese poseído. Te ha dicho la verdad en eso al menos. Y por otra parte no parece que haya sido tuya hasta ahora. Además no la seguí; vine pensando que acá la encontraría. Y vine sólo...

—Por venganza... ¿Ésa es la palabra?

—Algunos podrían llamarlo venganza. Pero yo tengo otro nombre.

Chastar hizo un gesto impaciente.

—Me estoy cansando de este juego de palabras. ¿Qué haremos con ellos, Phuun?

El pequeño sacerdote los miró a ambos con indiferencia.

—Matarles, señor. ¿Qué otra cosa?

Chastar sonrió bestialmente, dejando al descubierto sus largos dientes. Pero antes de que pudiese hablar, Thaklar rompió a reír estruendosamente. Lo inesperado de la reacción desconcertó al forajido.

—¡Miren, tenemos otro milagro! ¡Primero encontrarnos a un hombre que sigue a la mujer que odia por medio mundo... y no para vengarse! ¡Y ahora se ríe ante las puertas mismas de la muerte! ¡Aclárame este prodigio, fraile!

—Yo te lo aclararé —dijo Thaklar—. El mapa está incompleto.

Las palabras quedaron suspendidas en el silencio. Chastar parpadeó nerviosamente. Zerild se volvió para enfrentarles, las manos en sus ondulantes caderas.

—¡Miente nuevamente, Chastar! Mátalo ahora. No podemos hacer el viaje con un enemigo. Nos mataría a todos mientras dormimos, ya que sólo así podría corregir el error que cometió al habérmelo entregado. Mátalo, lobo, y tal vez te ame por eso... ¡un poco!

—No podrás ni siquiera iniciar el camino, mujer, porque no sabes cómo —dijo Thaklar tranquilamente.

Chastar escrutó a Zerild.

—Ahora dime, por todos los dioses, mujer, ¿me has mentido, después de todo?

—¿Conoces el camino a Ophar, o no?

Thaklar volvió a reír a carcajadas y se sentó a la sombra.

—¡Ah, lobo! Has confiado en una mujer que engaña a los hombres por placer. ¡Y ahora, tú también has sido traicionado! ¿Es que nunca, entonces, te mostró el mapa? Veo por tu expresión que no. Bien, ese mapa está incompleto, tiene una parte en blanco. Y sólo yo sé lo que debiera haber allí; por lo tanto, si me matas, nunca llegarás al Valle y no vivirás para contarlo. ¡Dile que te lo muestre si crees que miento!

Chastar miró amenazadoramente a Zerild, quien rehuía la mirada mordiéndose los labios. El sacerdote mantenía su arma dirigida a Thaklar y M'Cord, pero

observaba al forajido y su mujer con ojos fríos y hambrientos a la vez.

—¿Es verdad? —preguntó Chastar, mordiendo las palabras...

—Es verdad... que hay una parte en blanco en el mapa...

—Pero ¿qué?

—Pero la... la plata está gastada y muy vieja y yo... yo pensé que esa parte sólo se habría borrado...

—Y ése fue tu error, mujer —dijo Thaklar suavemente desde las sombras—. Porque mis antepasados sabían que, sea como sea que se guarde un tesoro, siempre habrá hombres lo suficientemente astutos como para robarlo al final. Por eso dejaron una parte del mapa de plata sin marcar, y la que debiera verse ahí, se ha transmitido de padre a hijo en el lecho mortuario. No llegarás nunca a Ophar viva, a no ser que yo vaya para indicar el camino.

—¿Cómo podemos fiarnos de ti, sabiendo que eres el guardián de lo que hemos tramado robar? Nos engañarás y nos llevarás a todos a la muerte para mantener tu secreto —masculló Chastar.

Thaklar observó tranquilamente su rostro distorsionado y la furia que brillaba en sus ojos.

—Ése, Chastar, es asunto tuyo. Tienes que encontrar la forma de convencerme de que no me matarás una vez que hayamos rozado el lugar por el que sólo yo te puedo guiar.

Chastar lo miró anonadado.

—¿Quieres decir... que irás con nosotros, al Valle?

Incluso Zerild miró, asombrada, al príncipe. Este río y se despezó cansadamente.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Pero ¿por qué? —exigió el forajido. Thaklar encogió los hombros.

—Tal vez porque soy tan curioso como cualquier hombre y quiero saber la verdad de la historia. O tal vez porque, como cualquier hombre, ambiciono vivir por siempre... eternamente joven y fuerte.

Se incorporó, frotándose la cara.

—Pero ahora dejemos de hablar por un rato. Hagamos la paz, por un tiempo. Tienes mi palabra como príncipe del Clan Alto de que no intentaré asesinarlos por la espalda. Estoy exhausto y quisiera descansar. El hambre y la sed se disputan mi estómago y ya no sé cuál grita más fuerte. Y mi hermano está muy débil y enfermo; ¿tienen medicinas o acaso alguno de ustedes es curandero... el fraile, quizás?

—Hay un curandero f'yagh en nuestro campamento —murmuró Chastar, indicando con un gesto de la cabeza el palacio en ruinas al otro lado de la plaza.

# EL SENDERO A OPHAR

## 8

—Mi prisionero; él tiene medicamentos. Phuun, llévalos allí y enciérralos junto a los odiados. Mi cabeza está confundida con tus palabras. Conversaremos durante la comida, principillo. ¡Ven, mujer! ¡Quisiera ver ese preciado mapa tuyo por fin, para comprobar cuánto de lo que has dicho es mentira!

Chastar y la bailarina abandonaron la plaza, y Phuun, con el cañón de su arma les señaló el edificio. Quejándose por el dolor de sus músculos, Thaklar se agachó y cargó a su hermano una vez más.

Respecto de M'Cord, aquel último y extraño ensueño se desvaneció en cuanto la pequeña chispa de lucidez se apagó y se entregó nuevamente al cálido abrazo de la fiebre.

Y cuando despertó, fue para encontrarse con el rostro de un ángel.

Al menos parecía un ángel a un hombre que por muchos años no había visto otras mujeres que no fuesen las rameritas de las cantinas o las viejas busconas de los callejones. Su cabello era dorado como las mieses maduras y lo llevaba recogido con una cinta, derramándose desde su nuca en descuidados rizos resplandecientes. El traje térmico que llevaba estaba estropeado, manchado, y le quedaba suelto por todos lados, pero a pesar de ello no lograba ocultar la turgencia de su cuerpo ni la redondez de sus pechos maduros.

Sus ojos eran azules. Estaban ensombrecidos por ojeras de agotamiento y arrugas que denotaban una gran tensión. Y había dolor en ellos, un viejo dolor culpable. Lo desconcertaron esos ojos. Los ojos de los ángeles son puros, cándidos y libres de sentimientos de culpa.

Le estaba enjugando las sienes con un paño húmedo cuando abrió los ojos y se encontró con su rostro. Por un momento ella no notó que había despertado, ni él comprendió que ella era real. Estaba tendido, dichosamente relajado, en extremo débil pero sin dolor. Incluso la fiebre lo había abandonado, estaba lúcido pero vacío. Y el dolor de su pierna, que lo había acompañado ya tanto tiempo que parecía ser parte de él, también se había ido.

Deseaba poder ver su boca. La imaginaba suave, de labios sensuales, tiernos y vulnerables. Tenía que ser así. Pero usaba un respirador. Y los ángeles no usan respiradores, ni siquiera aquí en Marte.

—¿Perdí... la pierna? —susurró.

Ella se sobresaltó, luego lo observó un momento y llamó a alguien a quien no podía ver. Se llamaba Karl.

Un hombre joven, alto, con un manchado traje térmico, se acercó a M'Cord por sobre el hombro de la muchacha. Tenía el cabello suave, sedoso y de un rubio muy

claro, y una piel blanca, casi transparente como la de algunos escandinavos; más precisamente, la de los suecos. Su rostro reflejaba cansancio, lo mismo que sus ojos azules, y al igual que los de la muchacha, los de él denotaban temor. Se aclaró la garganta:

—¿Cómo se siente, Coronel M’Cord? —preguntó con voz aguda.

—Vacío... —respondió M’Cord—. ¿Es usted médico? —El rubio negó con la cabeza.

—Arqueólogo. Pero Inga estudió medicina.

—¿Inga? ¿Es su esposa?

Por algún extraño motivo el hombre rubio se sonrojó vivamente.

—Mi hermana. Discúlpeme, ciudadano. Me llamo Nordgren, Dr. Karl Nordgren. Anteriormente estuve en el Instituto de Investigaciones Históricas Extraterrestres de Estocolmo. Ahora soy miembro del Departamento de Asuntos Culturales de la Administración Colonial de Syrtis.

M’Cord asimiló lentamente esto.

—Ya conoce mi nombre. Cómo...

Nordgren carraspeó nuevamente. Era un hábito en él.

—Llegamos aquí hace dos semanas. Vinimos desde Syrtis a través de los arenales de Acria integrando una caravana motorizada que se dirigía a Sigeus Port y que estaba organizada por la Administración como parte de un plan de prospección del Sinus. Como usted probablemente sabe, algunos estudios previos hacen suponer que la Meseta Sabaeus sea posiblemente la superficie más antigua de Marte. Estaba fuera del agua ya en la época de los océanos, hace millones de años. Lo más probable es que jamás haya estado sumergida desde que se formó el planeta. Bien, para no aburrirlo: nos separamos de los otros geólogos en Sigeus, y llegamos acá a lomo de trifo acompañados por cargadores nativos. Yo... nosotros... queríamos verificar personalmente los rumores que situaban a la legendaria Ygnarh, la "primera ciudad", en esta región. —Sus labios se contrajeron en una mueca irónica, y los humedeció con la punta de su lengua.

—¿Y qué sucedió?

Nordgren se encogió de hombros.

—En cuanto los cargadores sospecharon lo que buscábamos, desertaron en masa. Tuvimos suerte de llegar aquí siquiera; nos dejaron al menos dos trifos y algunas provisiones. Encontramos Ygnarh, es cierto; o una ciudad muy antigua al menos. Una que no estaba registrada. Pero entonces llegaron los... forajidos. Y desde entonces estamos prisioneros, como usted y su amigo.

—¿Entonces no fue un sueño? ¿Chastar, la muchacha y el otro hombre...?

—¿El fraile renegado? No; me temo que son muy reales.

La muchacha, que había estado arrodillada junto a su catre todo ese rato, en silencio mientras hablaba su hermano, lo interrumpió intranquila.

—Debe descansar, Karl. —Nordgren pestañeó.

—Oh, por supuesto, qué estúpido soy. Tendremos suficiente tiempo para conversar después, me imagino.

Se desvaneció sin que M’Cord lo viera marcharse. Estaba comenzando a ver borroso. Sintió que se sumergía en el sueño, como en cálidas y suaves aguas.

—¿Perdí... la pierna? —alcanzó a preguntar torpemente. Ella sacudió la cabeza.

—Lo salvamos. Una de las cosas que dejaron los cargadores cuando nos abandonaron fue una Atwood M-400 nueva. Tenía una provisión de baterías en mi equipo, que no tocaron... Probablemente por temor a nuestra "magia"...

—¿Atwood? —murmuró medio dormido.

—Una de esas nuevas "maravillas de la medicina electrónica" —asintió—. Acelera la soldadura y el fortalecimiento de los huesos y la piel por medio de estimulación eléctrica de la...

Pero su voz se desvaneció a medida que la oscuridad se apoderaba de él. Y durmió. Pero esta vez fue un sueño profundo, reparador, sin la pesadilla del dolor. Y cuando despertó se sintió mejor.

Durante los días siguientes (M'Cord nunca supo cuántos), tuve muchas oportunidades de sostener largas conversaciones con la muchacha sueca y su hermano. Era una extraña pareja, pensó. Percibía algo curioso entre ellos, sin poder establecer qué. Pero tenía muchas otras cosas de qué ocuparse como para tratar de desentrañar el misterio, fuese cual fuese.

Una de las cosas de las que se enteró conversando con los Nordgren, fue la razón por la cual él y Thaklar todavía estaban vivos. De no haber sido por el Dragón Alado, Chastar los hubiese matado hace mucho, aún sin las insistencias de Zerild.

Thaklar, al parecer, se había negado a revelar el secreto de la parte que faltaba al mapa, a menos que le permitiesen ir también.

Y no iría sin M'Cord.

El fraile de ojos de reptil sugirió una y mil veces emplear métodos por él conocidos capaces de hacer hablar al más valiente. Chastar seguramente se sintió tentado. Odiaba a Thaklar sólo por el hecho de sospechar que había sucedido algo más entre él y la bailarina. Pero hasta Chastar sabía que con torturas no obtendrían nada. Los guerreros del Dragón Alado jamás cedían a la tortura, y morían silenciosamente sin emitir siquiera un lamento. Y además tenía otra razón, y es que en caso de torturarlo, corrían el riesgo de que Thaklar los engañase, vengándose finalmente, ya que todo lo que dijera bajo presión podía ser falso. Si había trampas mortales en el Sendero, lo más probable era que Thaklar señalara justo el camino a ellas, y moriría con la satisfacción de saber que sus torturadores no lo sobrevivirían.

No, hasta el más violento de los forajidos sabía que la mejor solución, en verdad la única, era llevar consigo a Thaklar, caminando al frente, de modo que, si quisiera llevarlos a la muerte, fuera él el primero en sucumbir.

Pero antes de eso, M'Cord debía sanar y estar en condiciones de hacer el viaje. Chastar se encolerizó y maldijo, pero no había nada que hacer sino esperar que el terráqueo se recuperara, lentamente, con los cuidados de la muchacha rubia.

Convalecía más rápido de lo que jamás soñó. En gran parte se debía al modernísimo equipo que los Nordgren habían traído en su expedición. Y también a que en Marte las heridas de los terráneos no se infectan. Ambas razas, probablemente una sola en los albores del tiempo según rezaban algunas teorías, habían evolucionado en total aislamiento durante millones de años. Las bacterias no se reproducían con facilidad en la diferente estructura del cuerpo de un terrestre. Aunque había algunas enfermedades lo suficientemente virulentas como para atacar a unos y a otros, en general era difícil que sucediera.

En el caso de M'Cord la infección que lo había sumido en esa tremenda fiebre no era una infección común, ya que había sido provocada por el veneno de un gran gato del desierto.

A diferencia de los animales de presa de la Tierra, las pocas bestias peligrosas que

aún subsistían en los desiertos de Marte llevaban el veneno en unos pequeños sacos en la base de sus garras, huecas como los colmillos de las víboras.

El veneno del gran gato del desierto podía atacar las células sanguíneas tanto de los terráqueos como de los marcianos. Ése era lo que había llevado a M'Cord al borde de la muerte.

Pero cuando la naturaleza es capaz de herir, también es capaz de curar. Y en el mismo cuerpo del gato se encuentra el antídoto para su veneno. Un pequeño parásito que anida en la columna vertebral del animal contiene un fármaco que anula el efecto de su veneno. De estos parásitos los químicos terrestres habían desarrollado un antídoto. El suero era escaso y muy caro, razón por la cual M'Cord no lo había llevado consigo.

Otro factor que contribuía a su rápido restablecimiento era su fuerte contextura, su resistencia y vitalidad. M'Cord había vivido en varias oportunidades por un año o más en el desierto. Un hombre puede entrar en ese infierno siendo blando y débil, pero si sale vivo, vuelve ágil, musculoso y fuerte. Toda gordura o debilidad desaparecen con la fría y dura vida del desierto. Y M'Cord era todo fibra y acero.

Y así, lentamente, con el tiempo se recuperó. Tenía drogas para controlar el dolor y para combatir la infección, drogas para despejarlo y para cerrar las heridas de la piel y los músculos desgarrados. M'Cord deseaba con amargura que existiesen en la farmacopea drogas para olvidar lo pasado. A lo mejor existían.

Thaklar se mantenía retraído y silencioso ante los demás. Sólo M'Cord percibía el profundo dolor del príncipe de la dinastía del Dragón Alado que ahora era su hermano; y sólo M'Cord presentía que estaba planeando algo. ¿Venganza? ¿Qué otra cosa podía ser sino venganza contra la mujer que le había hecho tanto daño?

Thaklar y M'Cord casi nunca estaban juntos. Estaban vigilados constantemente, ya fuera por los burlones ojos de Zerild, o por la fija mirada de reptil de Phuun, de modo que no había oportunidades para que M'Cord le preguntara a su hermano qué planeaba hacer.

En verdad, no había mucho que hacer, a no ser que el guerrero guardase un as en su manga, lo que M'Cord dudaba. Habían sido desarmados y revisados minuciosamente junto con su equipaje. Con M'Cord medio cojo, era imposible sorprender y dominar a los forajidos. Y éstos portaban armas día y noche.

Y para hacer las cosas aún más difíciles, Chastar sospechaba que el Dragón intentaría hacer algo semejante. Andaba tenso, nervioso y no descansaba jamás. Por la noche, M'Cord y Thaklar dormían separados. M'Cord en su catre en la pieza vecina a la de los suecos, en un cuarto sin ventanas, cuya puerta se cerraba por fuera. Thaklar dormía en un pequeño cuarto separado del ala principal, una pieza de muros fuertes, igualmente sin ventanas provista de una pesada puerta que también cerraba por fuera. El pequeño fraile renegado se envolvía en sus frazadas ante el umbral para asegurarse de que no escaparan de noche.

M'Cord comenzó a dudar de que pudieran hacerlo. Deseaba poder leer el

pensamiento de su hermano. Esperaba que Thaklar le deslizara una nota o alguna señal cuando comían o cuando trabajaban juntos en el alambique condensando la ración diaria de agua de las plantas gomosas. Pero nunca le pasó un mensaje ni tuvieron la oportunidad de intercambiar un par de palabras en privado.

Por último M'Cord se resignó y dejó de pensar. Cuando llegase la oportunidad, estaría preparado. Si es que llegaba.

Mientras tanto, centró sus esfuerzos en recomponer su maltrecho cuerpo y en recuperar sus energías.

Descubrió que esperar día a día la recuperación era peor que esperar que sucediera algo. Las tensiones del grupo eran como una carga de dinamita con una larga mecha encendida. Explotaría inexorablemente; y cuando eso ocurriera, él quería estar de pie y preparado para cumplir su parte.

Pero volver a estar de pie no era tan fácil como desearlo, aun con los adelantos de la medicina electrónica. Las zarpas del gato lo habían desgarrado brutalmente, y el tejido muscular tarda mucho en regenerarse.

Había perdido gran cantidad de sangre antes que Thaklar lograra cerrar la herida. La pérdida de sangre lo había debilitado tremendamente; y la fiebre y la infección, envenenamiento o lo que hubiese sido, habían empeorado su estado.

El plasma sanguíneo, por supuesto, ya no se utilizaba hacía casi un siglo. Lo había reemplazado el Dexerine-20, fármaco que estimula la regeneración de las células sanguíneas. Era una ironía del destino que M'Cord no hubiese incluido Dexerine-20 en su lista de medicamentos cuando la preparó en Sun Lake City. Pero, afortunadamente, los Nordgren lo tenían y eso lo salvó.

—Mucho descanso, sueño y buena alimentación, son mejores que todos los medicamentos juntos —sentenciaba Nordgren. M'Cord se sometía a todo. No podía negar que cada día se sentía mejor. Veía poco a Nordgren, salvo por las tardes, cuando se reunían todos en una gran sala del ruinoso palacio en la que los forajidos habían instalado la unidad termoeléctrica. De no haber sido por ésta, lo más probable era que los terráneos hubiesen perecido de frío ya que las noches eran heladísimas en los profundos cañones de la meseta.

Durante el día, Nordgren continuaba con su trabajo. Chastar, que hacía mucho había dejado de considerar peligroso al hombre rubio, lo dejaba deambular por la ciudad para que hiciera lo que quisiese con su "magia" incomprensible para los marcianos. Levantaba mapas del esqueleto de la ciudad, fotografiaba sus monumentos con una cámara fotográfica tridimensional jamás diseñada para el desierto, y tomaba apuntes de algunos relieves gastados por el tiempo.

Chastar no entendía nada de eso, lo que acentuaba su desprecio por el científico. Los marcianos, en general, tenían poco o ningún interés por investigar su pasado. El mero hecho de tener que arreglárselas a duras penas para sobrevivir día a día en esa bola muerta que era el planeta, consumía todos sus esfuerzos. Celebrar las glorias del pasado o preservar sus antiguos monumentos era un lujo que no se podían permitir.

En tanto, M’Cord, por una circunstancia u otra, pasaba la mayor parte del tiempo acompañado por Inga. Casi no la veía como a una mujer, a pesar de su juventud y belleza, opacada sólo por esa tensión y cansancio de su rostro y por la extraña sombra de sus ojos. Hablaban poco.

Cuando recuperó algo sus fuerzas y comenzó a sentirse mejor, la muchacha lo llevaba al patio para que tomara un poco de sol, y él dedicaba buena parte de su tiempo a andar por aquí y por allá.

El viejo palacio en que se alojaban era sencillo y pequeño comparado con los edificios de los marcianos superiores. No había murales ni pisos de mosaicos tallados, ni capiteles como los que había visto en otras ruinas marcianas. Era perfectamente posible que la ciudad fuese tan antigua como decían.

Se sentaba a tomar el sol tratando de olvidar la rigidez de su pierna, y escuchaba hablar a la muchacha. Tenía una manera nerviosa de expresarse que le hacía recordar al hermano. M’Cord se preguntaba si había adquirido las maneras del hermano por la admiración que sentía por él en un intento de semejarle, o si era natural en ella cuando estaba muy ansiosa por comunicarse. Porque algo la tenía ansiosa, lo sabía; asimismo algo roía a Karl Nordgren. Era como si los dos compartieran un secreto culpable que los uniese.

Un día le habló de la ciudad en particular. El sol ya estaba bajo en el Oeste y las sombras púrpuras del atardecer se extendían como una bruma más allá de los muros. A la escasa luz la vieja ciudad parecía vivir. El viento, que levantaba el polvo del desierto de cada rincón, y las columnas caídas y destrozadas, parecían no existir. La hermosa luz del atardecer embellecía la vieja piedra de los muros y la hacía parecer joven nuevamente; como una espesa capa de maquillaje que crea la ilusión de la juventud perdida en una reina avejentada.

La muchacha observaba soñadora a través de la plaza central donde se divisaban las fachadas de los palacios, aparentemente enteros nuevamente. M’Cord se sintió invadido por el mismo encantamiento. Casi podía esperar que, de un momento a otro, de las sombras de los portales emergiesen los príncipes del Antiguo Marte y comenzaran a conversar con naturalidad y a urdir las acostumbradas intrigas de toda corte bajo la luz del crepúsculo...

La muchacha se estremeció repentinamente como tocada por su pensamiento.

—¿Tienes frío? Tal vez fuese mejor entrar. —Inga negó con la cabeza.

—Dentro de un rato. Estaba pensando... lo hermosa que es...

—¿Es realmente tan antigua como dicen las antiguas leyendas? —preguntó, mientras acomodaba su pierna, que había comenzado a molestarle con el frío del atardecer.

—Tal vez más. Ya era muy antigua antes de que el primero de nuestros antecesores aprendiera a caminar erguido o descubriera cómo utilizar una piedra como arma. Estaba abandonada incluso antes de que la historia marciana comenzara, mucho antes que la nuestra.

—¿Es realmente Ygnarh, entonces? —preguntó. M’Cord conocía Marte lo suficiente como para saber cómo crecían las leyendas y lo poco que hay de verdad en ellas.

—Ygnarh significa “la ciudad antigua”, simplemente. La más vieja, o la primera que los marcianos recuerdan o sobre la que hayan oído hablar. Las leyendas apenas la mencionan; fue aquí en Ygnarh, donde Zoram llegó a ser Príncipe de los Niños de Yhoom... el primer clan, ¿sabes...?, el primer rey... mucho antes que Thornra fusionara las diez naciones en una sola y se erigiese sobre todo el Pueblo como su primer Jamad Tengru.

—Pero este lugar, ¿es la verdadera Ygnarh? —insistió.

—Karl dice que es muy difícil estar seguro si realmente existió una ciudad que se llamara Ygnarh. No hemos encontrado ese nombre en ninguna de las inscripciones, por lo que no podemos saber cómo la llamaba la gente que vivió aquí.

—¿Entonces hay inscripciones? Hasta ahora no he visto ninguna.

—Hay algunas; principalmente en las tablas ancestrales de la ciudadela circular cerca del acueducto. Karl dice que es un templo en sí o Casa de los Antepasados. Hasta ahora no hemos encontrado nada que se parezca a un templo, al menos en lo que respecta a nuestro concepto de templo. Karl dice que la gente que vivía aquí estaba demasiado familiarizada con sus dioses como para reverenciarlos o adorarlos... así como a Adán recién salido del Paraíso no se le ocurrió ponerse a construir iglesias. Las inscripciones son muy difíciles de descifrar, pues son la expresión más primitiva de la pictografía; sólo tenemos un conocimiento rudimentario de ellas.

Se estremeció nuevamente.

—¿Estás segura de que no tienes frío? —insistió.

—No... no es eso.

—Bueno, ¿qué es entonces? ¿Los espectros del pasado? —Sonrió levemente.

—Algo parecido, me imagino. Es la... ¡oh, qué antigua es! Mira esta piedra.

Indicó el zócalo de una columna. Era de aquel mármol dorado pálido que los príncipes marcianos superiores habían utilizado en sus construcciones. No era la misma piedra que, geológicamente hablando, se llama mármol en la Tierra, pero se le parecía mucho por su textura y brillo, e incluso por sus vetas y dureza. Pero a diferencia del mármol de la Tierra, esta piedra tenía la luminosidad del alabastro.

—¿Ves lo deteriorada que está, cómo se desmenuza? —murmuró, pasando la palma de su mano sobre el zócalo.

La imitó...

—Imagina el tiempo que tiene que haber transcurrido para llegar a este estado... en un planeta donde no ha llovido, nevado, ni ha habido huracanes durante un millón de años o tal vez más.

Ahora le tocó a él estremecerse un poco al pensarlo. Sintió sobre sí el peso de esos siglos, fríos y silenciosos como las sombras. Esta piedra ya era muy antigua y

estaba muy gastada antes que Babilonia llegara a ser una ciudad, pensó, antes que se alzara la primera pirámide o que el primer hombre aprendiera a escribir.

Como si escuchara sus pensamientos, la muchacha susurró:

—Levantaron esta piedra aquí antes que los glaciares se deslizaran a través de Europa. Y fue extraída de las montaña antes que nuestro antepasado más remoto se irguiese...

—¿Inga? —llamó una voz nerviosa desde la oscuridad de la arcada. Ella se sobresaltó y se volvió. El encanto se rompió bruscamente.

—¡Aquí estoy, Karl!

—¿Qué haces? —inquirió su hermano en tono agresivo, mirándolos con sus ojos de búho tras los gruesos lentes—. Es casi de noche, y el Coronel M’Cord debiera estar adentro. Ya sabes que el frío afecta su pierna.

Enrojeció y bajó los ojos como una chica regañada.

—Sí, Karl... lo siento, Karl... sólo estábamos...

—¡No importa! Entra ahora. Ayuda al Coronel M’Cord... mira, su pierna ya se ha aterido. ¡Qué desconsiderada eres, Inga! Hablaremos más tarde.

La muchacha se adelantó con la cabeza baja, y Nordgren ayudó a M’Cord a levantarse. Algo en sus manos, frías y secas, casi reptiláceas, le produjo a M’Cord un estremecimiento de repulsión. Al igual, algo en la voz sumisa, asustada, de la muchacha, le produjo un nudo en la boca del estómago sin saber por qué. Percibía algo, algo entre ellos dos. Algo oculto, escondido, pero espantosamente vivo y casi a flor de piel.

Y era algo que no le gustaba. Entró a cenar.

Cada dos días Chastar bajaba a la hondonada a cazar. Los terráqueos tenían raciones envasadas y los marcianos tenían su dura carne seca, pero ambas cosas eran para casos de emergencia. A Chastar al parecer le gustaba demostrar su hombría cazando. O, quizás, simplemente disfrutaba matando algo. En todo caso, era un excelente cazador y sabía dónde encontrar las cuevas de los reptiles y los lagartos en las rocas, los que les suministraban abundante y succulenta carne que Inga preparaba en un exquisito estofado que no requería demasiada agua.

Chastar volvía invariablemente a medio galope con las piezas doradas o escarlatas que había cazado cruzadas sobre su cabalgadura, saludando ruidosamente y de muy buen humor. Más de una vez M’Cord deseó, fervientemente, que el fanfarrón se cayera del trifo y se rompiera la cabeza. Desgraciadamente, sus deseos no se cumplieron.

Por las noches yacía en su saco térmico, mirando el techo, esperando que llegara el sueño a medida que las drogas calmaban su dolor. Esperar que Thaklar hiciera algo, o que Zerild le clavara un cuchillo a Chastar, lo tenía en el colmo de los nervios.

Deseaba que todo terminase pronto. Pero sabía que aún faltaba mucho.

Y mientras tanto, durmió, comió e hizo ejercicios, descansó y tomó las medicinas que le indicaba Inga Nordgren. Pero observaba y escuchaba todo el tiempo. Y su mente siempre estaba alerta.

Era un extraño grupo, ése que saldría en busca del Valle.

Chastar, por ejemplo. Era fácil describirlo. Un criminal, fugitivo de la justicia de los suyos, un delincuente común. Siempre desconfiado, siempre precavido, con el crimen enquistado en sus ojos de lobo y con un arma siempre a mano. Odiaba a todos los hombres porque no podía confiar en ninguno pensando que eran traicioneros e inescrupulosos como él.

M'Cord sabía que un hombre como aquél, que vive de su propia imagen, es un manojo de nervios que estalla fácilmente, siempre presto a matar. Y su imagen era la de un macho campante, todo jactancia y bravuconería. Para confirmarlo, necesitaba una mujer... cualquier mujer... todas las mujeres. Su imagen de la hombría no era tal sin la conquista femenina.

Encontró a la mujer en Zerild. Ella era su contrapartida... libre como el viento, salvaje como el desierto, destructiva como la verdad. Rápida para matar y aún más para traicionar. La eterna provocadora y traidora: la bruja sarcástica, toda Lillith, Salomé y Dalila, sin un ápice de Eva.

Siendo tan parecida a Chastar, se negaba a entregársele. Tratándose de Chastar, ese rechazo lo desgastaba al máximo y lo hería en lo más profundo. Hubiese preferido matarla a dejarla ir sin tocarla. Pero Zerild, siendo quien era, hubiese matado a cualquier hombre que la tomara por la fuerza. Y a su modo, era tan peligrosa y criminal como él.

Y así vivían juntos... sin ser amantes. Hacía ostentación ante él de la tentación de su cuerpo, y él se esforzaba por ganarlo. La tensión entre ellos era salvaje. Algún día, pensaba M'Cord, se rompería y habría un crimen sangriento. Y uno u otro, o probablemente ambos, no verían otro amanecer. Él esperaba no estar cerca para ver el desenlace. El cura renegado era ciertamente de otra especie. En alguna parte, de algún modo, había traicionado sus votos y había sido expulsado, si es que esa era la palabra. El hombrecillo seguía tan hermético como cuando llegaron y se encerraba en sí mismo hasta donde se atrevía. Hacia Zerild mantenía un silencio vigilante, hablándole escasamente y sin responder nunca a sus frecuentes provocaciones con el que se encontrase más cerca. Sólo el apagado fuego que brillaba tras sus ojillos indicaba que escuchaba lo que ella le decía. Palabras como "eunuco" y "gusano".

Ante Chastar se arrastraba de la forma más obsecuente y servil, comportándose humildemente, llamando al forajido "amo" y "patrón", y soportando sus insultos y golpes en silencio. Phuun soportaba. Era como si esperara algún momento especial para poder vengarse por fin en forma grandiosa de todas las palabras de desprecio.

De los tres, M'Cord consideraba a Phuun el más peligroso. Se aseguraba de no

dar nunca la espalda al cura renegado y de no estar nunca a solas con él.

Así, poco a poco, comenzó a recuperarse; y cuando se sintió bien nuevamente y pudo cojear un poco por los alrededores, buscó la luz del sol y el aire libre. Nunca le gustó encerrarse en la oscuridad. Y además pensaba que no se aprende nada aislado en un rincón.

Echado flojamente, reposando al sol, mantenía ojos y oídos alertas. Aparte de los Nordgren y de Thaklar, ningún otro lo había visitado durante su período de convalecencia. Deseaba observarlos para estudiarlos.

Era un trío sumamente heterogéneo, ése... el del forajido lobuno, la muchacha bruja y el viperino ex cura. M'Cord no podía dejar de preguntarse qué los había unido. Y había otra cosa: ¿Por qué buscaban La Sagrada? No era por religiosidad, eso era seguro. Por algo los dioses habían prohibido hacía mucho el acceso de los hombres al Valle; al igual que, mucho tiempo atrás, y en otro mundo, un cierto Jardín se había cerrado para siempre a los descendientes de un hombre llamado Adán. Y por la misma razón. Pero volviendo al tema, ninguno de los tres creía en la antigua fe de su especie. No, había otro motivo...

Se había mencionado un tesoro. Un tesoro, para alguien como Chastar, significaba oro o piedras preciosas, pero todos los relatos acerca del Valle de los Eternos que M'Cord recordaba (y extrajo desde las profundidades de su memoria todo pequeño fragmento de leyenda y de conocimiento acerca del lugar que hubiese obtenido durante todos sus años en Marte) describían un jardín paradisíaco con una fuente. Ni palabra de oro ni de piedras preciosas. ¿Cuál era entonces el tesoro?

Tal vez era la inmortalidad misma. Un tesoro suficiente para un hombre enfermo o moribundo... especialmente para uno rico, que pudiese darse el lujo de pagar espléndidamente por la juventud eterna. Pero M'Cord sospechaba que había algo más. Aquello era demasiado simple... demasiado obvio.

Y no se explicaba la malicia en los ojos del sacerdote cuando hablaba de los días por venir, ni la ambición que yacía desnuda en los hambrientos ojos de Chastar cuando lo escuchaba.

Durmió y descansó, tomó sus medicinas y la comida y holgazaneó al sol sintiendo que sus fuerzas penetraban nuevamente en su estropeada humanidad.

Observó y esperó; escuchó y observó.

La figura clave era Thaklar, lo que resultaba bastante extraño.

Era Thaklar quien sabía el secreto de Ophar La Sagrada... sólo él los podía guiar a través del lugar en blanco del antiguo mapa de plata. M'Cord se preguntaba si pensaba realmente guiarlos. Era imposible saberlo. Thaklar era vigilado de cerca todo el tiempo y se guardaba para sí sus planes. Aun cuando se encontraba entre los demás parecía estar a solas con sus pensamientos, haciendo caso omiso a sus riñas y disputas.

M'Cord observó que el guerrero se encerraba en sí mismo todo lo posible. Conservaba un aire reposado de autocontrol cuando Chastar rompía en una de sus

habituales iras en que gruñía y vomitaba su frustración. No se rebajaba, ni peleaba. Generalmente, reía. Sabía manejar a hombres como Chastar. El mundo estaba lleno de ellos.

Para Zerild, Thaklar tenía ojos ciegos y oídos sordos. No respondía en absoluto a sus provocaciones, como tampoco a su desprecio. Se comportaba como si ella no existiese. Eso era lo que más molestaba a la muchacha. Para poder sostener su teoría según la cual los hombres no merecían otra cosa que su absoluto desprecio, éstos no podían comportarse desdeñosamente con ella. Tenían que codiciar su belleza, que ella bamboleaba siempre justo fuera de su alcance. O tenían que retroceder ante sus palabras ríspidas y odiarla.

Thaklar no hacía ninguna de estas cosas. Hacía caso omiso de sus tentaciones, al igual que ignoraba sus burlas. Cuando uno se quema una vez, es doblemente tímido, pensaba M'Cord, entretenido con ese pensamiento.

Él no pretendía ignorarla. Cuando ella se acercaba jactándose de cualquier cosa, dirigiéndole esas miradas de soslayo cargadas de malicia, le respondía abiertamente con miradas de admiración no disfrazada, aunque al mismo tiempo divertido... Se mantenía fuera del alcance de sus garras y se protegía de sus provocaciones aparentando divertirse con ellas. Actuaba como un tío indulgente que advierte, pero que no cree realmente en los devaneos de la sobrinita.

En cuanto a los hermanos, pasaban inadvertidos. Chastar los consideraba sólo como un contratiempo, algo que debía barrerse y aplastarse violentamente, como se aplasta a un insecto molesto. Estaban vivos aún porque eran necesarios para curar a M'Cord. Y no los había matado antes de que llegaran Thaklar y M'Cord principalmente porque a Chastar le resultaba difícil decidirse a hacer algo. Estaba demasiado tenso, demasiado iracundo y cargado de furia como para pensar o planear algo serenamente. Ésa era tarea de Zerild, pensar y planificar.

Ahora que los hermanos ya no le eran necesarios, M'Cord temía que Chastar los matase de inmediato. No quería que eso sucediese. No tenía ninguna razón en especial para fundamentar su deseo de que siguiesen con vida. No le gustaba mucho Nordgren... Ese hombre nervioso desgarbado era todo cerebro: no tenía sangre en sus venas. Era todo palabras y teoría, nada de acción. Pero no quería que lo mataran: después de todo les debía en parte, a él y a la muchacha, el haberse recuperado de su herida.

Pero M'Cord era un hombre duro, práctico y realista. No valoraba mucho la vida de los demás y tampoco la suya propia.

Ansiaba saber qué era lo que pensaba Thaklar. Deseaba al menos tener una idea de lo que éste estaba planeando... si en verdad maduraba algo. Tal vez sólo se estaba dejando llevar por los acontecimientos, aguardando el momento oportuno para atacar, esperando que surgiera un punto débil que le diera alguna ventaja. Pero sólo en escasas oportunidades se les permitía estar juntos y nunca sin ser atentamente observados. Por lo general era el fraile, Phuun, el designado para vigilarles y

escuchar cuanto hablaban. A veces era la muchacha. Jamás estaban a solas como para que M'Cord pudiera preguntarle a Thaklar acerca de sus planes.

Dejó de pensar en ello y dejó pasar los días, recuperando sus fuerzas lo más rápidamente posible.

La pierna sanó, pero nunca volvería a ser la misma. Los músculos estaban muy desgarrados y sólo después que se ligasen, luego de un tiempo, serían fuertes nuevamente. M'Cord quedaría cojo por el resto de su vida, arrastrando tras sí el peso muerto de una pierna viva a medias, un objeto de burla y desprecio.

El pensar en ello le amargaba y lo ponía pesimista... a él, que aun sin ese nuevo peso ya lo era bastante. No se sentía un hombre completo a causa de la pierna. ¿Qué mujer lo miraría ahora con otros ojos que no fueran de lástima por su invalidez?

Odiaba a su pierna, lo que lo hacía odiarse a sí mismo. Siempre se había sentido orgulloso de su cuerpo, con su fuerza y rudeza. Ahora lo traicionaba con su debilidad. Sus negros pensamientos le decían que su vida estaba acabada, mientras yacía despierto durante las horas muertas de la noche esperando el amanecer. Un hombre con una pierna muerta no puede valerse por sí mismo en las arenas, y no puede buscar minerales en las mesetas, pensaba. ¿Cómo terminaría? ¿Como un sucio mendigo, durmiendo en los callejones de Sun Lake City, suplicando por una moneda?

Tal vez hubiese sido mejor haber muerto allí en las arenas del Regio, bajo las garras del gran gato del desierto...

Pero todavía quedaba un poco de resistencia en su cuerpo inválido y desgastado por la fiebre. M'Cord aún estaba vivo y recuperaba sus fuerzas día a día. Viviría todo cuanto pudiese, pensó, y saldría de eso de la mejor manera.

Mientras, no tenía más remedio que soportar y esperar que Chastar no los matase a todos en un súbito acceso de furia maníaca.

En algún lugar camino a Ophar sucedería... lo que fuera que tuviese que suceder.  
O en la misma Ophar.

Ese pensamiento le hacía sonreír torvamente, allí en la oscuridad, mientras yacía sin poder conciliar el sueño mirando las tinieblas en espera de que las drogas le hicieran efecto.

Y... ¿quién podía saberlo?... Quizás en verdad había un tesoro en el Valle Más Allá del Tiempo.

M’Cord sanó. Podía caminar alrededor de la plaza bastante bien, arrastrando la pierna enferma tras él. Incluso podía trepar medianamente. Y con Chastar observándole, con un rifle listo en sus manos, en caso de que el f’yagh tratase de escapar, descubrió que podía montar nuevamente sin ningún inconveniente.

—Entonces, ¿por qué demorarnos más tiempo, aquí en la ciudad de los fantasmas? —siseó el fraile con ese modo reptiláceo que le ponía los pelos de punta a M’Cord—. El tesoro de todo el mundo espera allí al final del Sendero. Si los odiados deben venir con nosotros a La Sagrada, que así sea, pero salgamos ya.

Chastar gruñó y escupió.

—¡Partiremos cuando yo lo diga, serpiente..., ni un segundo antes! —Luego, volviendo sus ardientes ojos sobre Inga, el forajido le preguntó—: ¿Está entonces realmente bien como para cabalgar, rubia?

Inga respondió con su habitual calma que sí lo estaba. Los ojos de Chastar la recorrieron, lenta y prolongadamente, deteniéndose sobre sus pechos llenos. Ella soportó el manoseo de su mirada en silencio, aunque M’Cord, observando desde el rincón, apretó los puños y contuvo la respiración. El forajido no había tocado jamás a Inga, que él supiera, por su preocupación por la muchacha-bruja, Zerild. Pero siempre hay una primera vez para todo.

Pero entonces Zerild dijo algo cáustico y divertido, la tensión se rompió de pronto y Chastar rio groseramente. M’Cord aflojó poco a poco sus puños y dejó pasar lo sucedido sin hacer comentarios.

Inga parecía indiferente, como si no hubiese notado nada. Y, tal vez, después de todo, no hubiese sentido la presión de esos ojos hambrientos tocando y saboreando su cuerpo. Ella seguía siendo un enigma para M’Cord. Podría verse hermosa, pensaba; su cuerpo era hermoso y deseable bajo los pliegues del amplio traje térmico. Pero no hacía nada para atraer la mirada de los hombres.

No era una cuestión de cosméticos o de peinados, por supuesto, porque éstos no se encontraban más allá del puñado de colonias terrestres. Zerild misma no se preocupaba de pintarse los labios o los ojos, y se ataba el cabello descuidadamente con una tira de género escarlata. Lo que pasaba era que la muchacha mantenía un aire apacible que no era excitante. En escasas oportunidades miraba a los ojos a M’Cord, o a los de cualquier otra persona, en forma franca y abierta; su cabeza parecía estar siempre doblegada, como cargada por un peso invisible de culpa, pecado o preocupación.

Nunca reía, cantaba o se mostraba feliz. Parecía trabajar continuamente. Cuando no estaba limpiando, cocinando o atendiendo a M’Cord, copiaba las notas de su hermano u ordenaba su archivo de fotografías o las muestras de los sepulcros; siempre buscaba en qué ocuparse.

Decidió que lo que lo irritaba no era tanto su manera sumisa de someterse ante

cualquier orden o presión sin quejarse sino la tensión y el cansancio que percibía en ella y que la hacía parecer más una india descuidada que la mujer joven que era. Quizá nunca sería verdaderamente hermosa, aun bajo óptimas condiciones. La visión angelical que había imaginado ver inclinada sobre él la primera vez que despertó del embotamiento de su dolor ya hacía tiempo que la había desechado como una ilusión de intensa belleza y juventud. Tal vez si sonriera un poquito, y dejase que brillaran sus ojos, podría ser atractiva. Pero no lo hacía.

Finalmente, Chastar se decidió. Al matón jactancioso parecía serle difícil controlar su temperamento y sus nervios para llegar a tomar una decisión. Pero repentinamente una tarde estableció que ya todo estaba listo y que era tiempo de partir. Al día siguiente ensillarían y abandonarían la ciudad muerta en busca del Valle de los Eternos.

Había una malicia misteriosa en sus ojos al dar la orden. Y una mirada se cruzó entre él y el fraile flaco y giboso, que M'Cord no entendió y le gustó aun menos.

Los Nordgren los acompañarían después de todo. La decisión la tomó Chastar por sí solo, y fue una verdadera sorpresa. M'Cord concluyó que el sagaz forajido debía haber pensado que mientras más rehenes pudiese llevar consigo, mejor. Chastar aún sospechaba que Thaklar podía conducirlos hacia algún tipo de trampa. Y aunque sabía que este reo no tenía razón alguna para proteger la vida de los dos terráqueos, al menos éstos podían ser obligados a cabalgar delante, de manera que si hubiese cualquier trampa para sorprenderlos, serían Karl e Inga Nordgren las víctimas, y no él, Phuun o Zerild.

Tras ellos cabalgaría M'Cord. Salvaba a M'Cord porque sabía muy bien que Thaklar apreciaba la vida del odiado, al que llamaba su hermano. Thaklar haría cualquier cosa para evitar que M'Cord sufriese daño alguno, eso lo sabía el forajido. M'Cord era el mejor rehén de todos.

Así, empacaron sus utensilios y enseres. Los Nordgren embalaron sus pertenencias bajo la mirada pétrea y suspicaz del propio Chastar, que temía la magia f'yagha, y colocaron sobre las bestias de carga los alimentos, mantas y botas de agua. Los Nordgren tenían su propio alambique de presión y los forajidos otro; pero el que había utilizado M'Cord en su viaje de prospección se había roto en el Regio. No obstante, habría suficiente como para que todos comiesen y bebiesen, incluso las bestias.

—¡Es criminal que me obliguen a dejar tiradas todas mis notas y archivos! —le comentó Nordgren a M'Cord, airadamente, mientras montaban los trifos—. ¿Por qué no nos dejan tranquilos aquí como nos encontraron? ¡No tengo ningún interés en ese tesoro que buscan, ese Valle sagrado que, de todas maneras, no es más que un mito! Tengo un trabajo que hacer; ¡y lo que encontramos aquí es de una inmensa importancia para la ciencia! La ciudad más antigua de Marte... quizá, la primera de todas, si es que las leyendas son verdaderas... oh, ¿por qué no pueden dejarnos en paz aquí a Inga y a mí para hacer nuestro trabajo?:

—Dese por satisfecho con salvar el pellejo —gruñó M’Cord entre dientes—. Si Chastar no nos necesitase para abrir el camino por la posibilidad de que haya trampas de cualquier tipo, de buena gana nos habría degollado a todos. Piense en su hermana, hombre, y olvídese de sus notas.

—Pero todo mi trabajo... —protestó débilmente Nordgren. Luego advirtió el brillo de la mirada de M’Cord y enmudeció—. Inga, por supuesto... Sí, está Inga. Pero las notas y las fotografías...

M’Cord no dijo nada más, pero sus labios se apretaron. Al igual que la mayoría de los hombres formados bajo la dura ley de sobrevivir o morir, tenía poco lugar para los sentimientos de ternura. Pero poseía una ruda caballerosidad propia, y le enfurecía escuchar los insulsos comentarios de ese hombre acerca de sus preciosos trozos de papel, que parecían importarle más que su propia hermana. Inga se encontraba a su lado, ensillando silenciosamente su bestia sin pedir ayuda ni quejarse.

Sabía que ella los había escuchado ya que su cara se mostraba demasiado inexpresiva, y sus ojos, cuando logró echarles una ojeada, estaban apagados y ausentes.

Por un momento se preguntó por qué una mujer joven y hermosa se había puesto al servicio de la carrera de su hermano, en vez de seguir la suya propia o de tener un marido y familia.

Luego se encogió de hombros y montó su cabalgadura. No era asunto suyo, después de todo.

Abandonaron Ygnarh, con los tres terrestres a la cabeza y los forajidos detrás, Thaklar entre ellos. Nordgren continuó lamentándose hasta que M’Cord, que había comenzado a sentir un pequeño dolor en la pierna, le dijo gruñendo:

—¡Por Dios, hombre, deje de quejarse y lamentarse como un niño al que le han quitado sus juguetes! Su material estará seguro..., ¿no lo empacamos con plasticina al vacío para que nada pudiese dañarlo?... ¿Acaso no estará aún aquí cuando volvamos?

—Sí, es cierto, tiene razón. En verdad no debería lamentarme tanto, ¿pero cómo sabemos si volveremos alguna vez, después de todo? —prosiguió quejumbrosamente—. Quiero decir que ni siquiera sabemos adónde vamos, ¿no es así? La literatura local está llena de leyendas de ciudades perdidas y tesoros encontrados, pero casi no hay nada que lo pruebe...

Apuró el paso de su cabalgadura y se les adelantó un poco, aún lamentándose para sí mismo. M’Cord aminoró la marcha para cabalgar junto a Inga, que iba sentada muy tiesa en la montura mirando fijamente hacia adelante, los ojos duros y el rostro inexpresivo bajo el respirador que le cubría nariz y boca.

—Lo... lo siento —dijo ásperamente.

—No lo sientas, M’Cord —le respondió con una voz sin inflexiones—. No me importa; realmente no me importa. El trabajo de Karl siempre está primero... Es realmente muy importante, ¿sabes?

No había más que decir. Pero se quedó pensando adónde irían y preguntándose si llegarían allí.

Por entonces, ya todos habían visto el mapa. Chastar había obligado a Zerild a mostrarlo. Era una vieja y fina lámina de plata muy gastada, surcada de líneas muy tenues. Como Thaklar lo había advertido, una parte de él se encontraba lisa y en blanco. Era el trayecto que se extendía al fin del Sendero, justo antes de entrar al Valle donde esperaban descubrir la Fuente de la Vida. Pero todavía pasarían muchos días antes de llegar a ese punto.

Comparando la vieja lámina de plata con mapas de prospección CA que había visto, M'Cord descubrió que si el Valle realmente existía, lo que probablemente era así, se encontraba en el centro mismo de una región que los terrestres conocían como el Meridiano Sinus, situada exactamente hacia el poniente del Sabaeus. De hecho, su imaginación lo hizo preguntarse si el lugar al que se dirigían no sería un pequeño cráter en el centro del Meridiano que los terrestres denominaban Airy. Si su sospecha era correcta, sería más bien una divertida coincidencia. Porque era ese cráter en particular, uno pequeño y sin importancia, el que los cartógrafos de la Tierra habían escogido para señalar la posición del meridiano principal, el Greenwich Marciano, como lo llamaron.

Sería una extraña coincidencia, sin duda...

Así, cruzaron las puertas de la antigua Ygnarh, en un gélido amanecer. M'Cord, con la mirada fija en Thaklar, esperaba una señal.

Quería estar listo cuando la señal llegase.

Al fin estaban en camino, pensó con gran satisfacción. Cualquier cambio que se manifestara en las tensiones intolerables, cada vez peores por el hecho de haber estado todos enjaulados durante aquel tiempo, sería para mejor.

Hasta allí habían pisado terreno poco conocido, la parte menos explorada del antiguo planeta. Allí, al menos habían estado seguros. Pero ahora se aprestaban a entrar en lo desconocido, con un mapa de un millón de años atrás para guiarles, en busca de un paraíso olvidado de los dioses, vedado al hombre desde los inicios de la vida humana sobre este planeta.

El jefe era un lobo voraz, un loco, un asesino. Y a su lado iba un fraile renegado que no estaba menos loco; y una muchacha-bruja que era capaz de traicionar a un amigo, compañero o amante, por puro gusto y placer.

Y frente a ellos, yacía un misterio que se encontraba oculto desde los inicios del tiempo. Serían los primeros en violar sus secretos.

Sólo deseaba que su presencia no despertase a los dioses, fantasmas o demonios que dormían allí sin ser molestados en los oscuros corredores de eternidades inconmensurables.

Y así cruzaron las puertas de la antigua Ygnarh una mañana muy temprano, cuando el cielo purpúreo de la noche apenas se había tornado de un color pizarra oscuro, bajo un sol pálido e invernal.

La ciudad estaba construida sobre una amplia depresión circular de la meseta, que se encontraba a casi cien metros bajo la superficie de la planicie. Cuando los mares se secaron, las tierras continentales se resquebrajaron y separaron, y quedaron hendidas por profundas barrancas y hondonadas, demasiadas como para explorarlas todas, aun en mil años: demasiadas, incluso, para ser cartografiadas.

Durante todo ese primer día siguieron una hondonada que zigzagueaba profundamente hacia el centro de la meseta. Al atardecer llegaron a un punto en que había una pronunciada curva indicada claramente en el mapa. De allí en adelante debían comenzar a ascender hacia la superficie de la planicie, pero eso no resultó muy difícil ya que el stratum se había transformado, a través de los tiempos, en una serie de escalones de piedra que parecían contruidos por gigantes, y los trifos podían trepar tan bien como cualquier hombre.

La primera noche acamparon en una depresión existente en la meseta, bajo el resplandor de las estrellas desnudas. Nordgren pensó que era probable que el cráter fuese producto de un antiquísimo impacto. Toda esa zona ecuatorial de Marte había sido sembrada de meteoritos desde la lejana época en que la atmósfera, que había sido rica en oxígeno, comenzó a enrarecerse. El cráter estaba tan desgastado que bien podía tener un millón de años de antigüedad, o tal vez más. A M'Cord no podría haberle importado menos todo eso. Su pierna le dolía intensamente, fruto de su primer día en la montura, y todo lo que quería era acurrucarse en su saco térmico para cuidarla en silencio.

Por algún motivo, se encontraban todos en un estado de ánimo sombrío... Tal vez era sólo el cansancio, producto de un largo día de cabalgata. Es decir todos, menos Chastar.

El jefe de los forajidos demostraba una gran excitación; se jactaba, alardeaba, eructó ruidosamente después de comer, maldijo la fría mordedura del viento, que allí, tan por encima de las planicies, soplaba con una fuerza inusitada, y a su manera se las arregló para ser hiriente con Zerild. La bailarina soportó los gestos lascivos, las observaciones vulgares en un irritado silencio, y luego se levantó y se fue taconeando a hacer su cama al rincón más apartado del cráter. Por lo general era capaz de arreglárselas por si misma en esos duelos verbales, y podía desinflar la jactancia de Chastar con una certera observación, pues sabía cuáles eran los puntos débiles de su armadura. Pero esa noche estaba silenciosa y retraída, y, de alguna forma, vulnerable.

Thaklar la observó marcharse con una expresión indescifrable en su rostro de halcón. Una expresión casi anhelante, pensó M'Cord. Se preguntó cuáles serían los pensamientos que pasaban por la mente del otro. Luego, dejó de lucubrar, se arrojó y

durmió el profundo sueño de los que tienen el cansancio en los huesos.

Debió de haber sido justo antes del amanecer cuando tuvo el sueño.

Estaban cabalgando... cabalgando. No por un camino sino a través del tiempo mismo. De vuelta hacia el pasado, devorando los siglos como si fuesen kilómetros. Y mientras seguían viajando, el mundo, alrededor, se tornaba más joven. Un follaje azul brotaba donde antes había sólo desnudas rocas estériles y arena. Un extraño mar amarillo lamía las costas hasta el límite del horizonte, donde antes sólo se extendían las interminables planicies polvorientas.

Había fantasmas en el camino.

Gesticulaban o hacían muecas o aullaban sin emitir sonido alguno. Algunos reían; otros los observaban pasar con ojos indiferentes.

Pero todos advertían... vuelvan.

Frente a ellos... ¿Era acaso un muro de niebla? Algo tenue y sombrío surgía al final del Sendero Milenario: una nube en ese mundo frío y vacío donde jamás antes hombre alguno había visto una nube.

Luego la nube se transforma en un rostro...

Enorme, aterrador y solemne era ese rostro. Se alzaba hasta perderse en el cielo, y les cerraba el paso.

Era hermoso aquel Rostro, con una belleza que iba más allá de lo corpóreo. Frío y absolutamente perfecto, como una escultura tallada con asombrosa maestría en una roca de una sola pieza.

Sólo los ojos vivían en aquella superficie de belleza perfecta.

¡Y los ojos... advertían!

Despertó empapado de sudor, temblando con un terror desconocido e indescriptible. Lo hizo, al parecer, justo un instante antes que los demás, ya que éstos comenzaban a removerse inquietos, emitiendo sonidos ininteligibles. Se incorporó apoyándose en los codos y escrutó frente a él la extensión de roca carcomida por la que tendrían que pasar...

El camino a Ophar la Sagrada, si es que se podía dar crédito a las leyendas. Nada se veía a la pálida luz de aquel frío amanecer: la planicie se extendía hasta distancias sin límites como si fuese la superficie de una gran mesa construida para Titanes. Estaba desierta.

¿Por qué, entonces, aún se sentía acobardado por el hálito gélido de un temor desconocido? No lo sabía. Su vida de aventurero lo había endurecido ante los peligros; pocas veces había sentido las garras del miedo como ahora. ¿Sería sólo una pesadilla? Quizás... o tal vez era ese agudo sentido que alerta frente a las invisibles amenazas, ese sentido que todo aventurero o explorador debe desarrollar como parte de sí mismo si es que quiere sobrevivir.

Pero ahora los otros se removían. Dio un gran bostezo, salió de su saco, y apartó de su mente sus temores nocturnos. Poco más tarde, mientras se inclinaba sobre el desayuno, creyó captar una sombra de temor en los ojos gatunos de Zerild y también

en la áspera mirada de Chastar. ¿Habían tenido acaso el mismo sueño, por alguna rara coincidencia, o por una extraña magia? M’Cord se encogió de hombros y apartó de sí tan inquietantes pensamientos.

Todo aquel largo día cabalgaron hacia el Oeste atravesando la vasta superficie de la planicie rocosa. Moviéndose cansadamente sobre la montura cuidando de su pierna, y con la mente premeditadamente en blanco, M’Cord se encontró cabalgando junto a Inga.

Se veía fresca, mirando a su alrededor, empapándose en la experiencia y saboreando todo lo nuevo de ésta. Había intercambiado sólo unas pocas palabras con él durante el trayecto, pero M’Cord podía sentir su curiosidad y excitación, que de alguna manera le divertían.

Largos años de vagar por los desiertos y las mesetas del antiguo Marte le hacían imposible encontrar alguna novedad en la experiencia. Pero podía comprender lo maravilloso y extraño que debía ser el viaje para alguien que recién llegaba a Marte. De hecho, en la Tierra no existía una formación geológica ni remotamente parecida a este Sabaeus Sinus Plateau, a través del cual viajaban. Una vez, hace mucho, este lugar había sido una península que se extendía entre el océano ecuatorial y una gran bahía cercada de tierra. Tal vez incluso entonces, había sido un terreno muy liso con algunas colinas, si es que las tenía, que rompían su regularidad. Cuando los océanos comenzaron a secarse, reduciéndose a solo uno que otro charco de agua salada, lo que había sido una península trocóse en una gran barrera de roca que se proyectaba cientos de metros por sobre el fondo del mar, ahora muerto. Cualquiera que hubiese sido la capa superior del suelo que cubría las desnudas rocas de la península, hacía ya mucho que se había convertido en polvo y había volado empujada por los vientos para mezclarse con la fina arena del fondo del océano.

En la Tierra también había mesetas, pero independientemente de cuán suaves hayan sido alguna vez sus superficies, siglos de lluvia y viento habían formado enormes grietas y marasmos y las habían transformado en ásperas masas de piedras cuarteadas. Nada como esta fina y lisa superficie de roca plana podía encontrarse en la Tierra, si es que, alguna vez, algo como esto había existido jamás en aquel mundo más verde, más cálido y cercano al sol.

Pero Marte casi no tiene atmósfera: no hay mares que el sol pueda evaporar, por lo que no hay nubes que descarguen su lluvia; no hay variaciones climáticas importantes como para formar vientos o tormentas. El poco aire que hay es enrarecido, frío y seco, y el sol es demasiado tenue, debido a su distancia de Marte, como para calentarlo. Una vez que la roca queda expuesta, permanece virtualmente indemne por millones de años, ya que en este mundo desértico, prácticamente, no hay nada que la erosione.

Era un pensamiento extrañamente inquietante. La roca que pisaban sus trifos había permanecido allí, sin sufrir cambio alguno, tal vez un billón de años. Sólo los cráteres, grandes o pequeños, profundos o no, que horadaban la rocosa meseta, eran

nuevos. Esto se debía a que los millones de micrometeoritos que acribillaban a Marte, al igual que en la Tierra, no se desintegraban en la enrarecida atmósfera como sucedía en la Tierra, más densa y rica en oxígeno.

Su trifo se estremeció al remover una piedra bajo sus pies. Era posible que esa piedra hubiese permanecido allí durante un millón de años o más, esperando a que él viniese cabalgando y la desplazase. Y era posible que permaneciese así ahora por otro millón de años antes de ser tocada nuevamente por un pie humano o el de un ser aún no nacido.

Aquel segundo día recorrieron varias millas. Las largas zancadas de sus desgarbadas cabalgaduras devoraban los kilómetros incansablemente. En un paisaje tan poco variado, se tenían pocos puntos de referencia para calcular las distancias recorridas en una jornada.

Si el grupo hubiese estado constituido por exploradores terrestres, habría sido necesario emplear instrumentos topográficos para determinar su posición exacta, instrumentos muy similares a los sextantes usados por los capitanes de navíos terrestres en los tiempos en que los barcos aún se usaban para viajes transoceánicos.

Pero M'Cord sabía que los habitantes de Marte tienen un misterioso sentido de orientación y no necesitan ayuda de instrumentos mecánicos para guiarse ni para medir las distancias recorridas. A los navegantes de la Tierra les tomó miles de años perfeccionar un método para poder saber la situación exacta de una embarcación en el mar. Los cálculos aproximados databan de antaño, pero sólo en el siglo XVIII se llegó a lograr una medición precisa de los grados de longitud, cuando un sagaz carpintero de Yorkshire perfeccionó el cronómetro marino y resolvió un problema que había contrariado a algunos de los mejores intelectos de todos los tiempos, desde Ptolomeo y Mercator a Huyghens y Cassini.

Pero los marcianos no necesitaban de tales instrumentos para orientarse en su mundo. Como por un sexto sentido, siempre saben exactamente el lugar en que se encuentran y las distancias que han recorrido. Los científicos terrestres que han estudiado su habilidad en esta materia, la atribuyen a algo que indudablemente tiene que ver con un sexto sentido; para ser precisos, creen que los habitantes de Marte tienen una determinada sensibilidad a las declinaciones en el campo magnético de su planeta, que la naturaleza les ha negado a sus hijos de la Tierra.

Acamparon la segunda noche, nuevamente con las piernas doloridas, rígidos por las monturas y vorazmente hambrientos. Encender un fuego en Marte es algo casi imposible tanto por la ausencia de madera y hierbas como por lo enrarecida que es la atmósfera.

Los turistas o colonos terrestres solucionan este problema usando alimentos enlatados cuyos recipientes llevan consigo un termogenerador; se rompe el sello y se espera unos pocos minutos, mientras el alimento se calienta solo hasta llegar a la temperatura adecuada. Los nativos desprecian tales cosas por ser ejemplo de la magia maligna de los odiados f'yagha. Pero aun ellos disfrutaban de una comida caliente, cuando pueden conseguirla, y muchos empresarios coloniales han hecho fortuna vendiendo baratas y durables unidades termoeléctricas al Pueblo. Se trata simplemente de unos cilindros anchos, de superficie lisa, contruidos con una aleación durable que contiene una pila o batería de estado sólido y un dial para regular la intensidad del calor. Sobre una de estas unidades se puede cocinar una

cena, o hacer café, o sentarse alrededor de ella como si fuera en torno a una fogata en las llanuras de Wyoming. Las pilas se cargan en su estado "estático" y se puede "almacenar" tanta energía en ellas como se desee, tanta como para cocinar cien o cien millones de cenas. Sin partes renovables, excepto el dial, no tiene nada que pueda desgastarse, y duran, prácticamente, siempre. Durante una vida humana o dos, al menos.

El cansancio de tanto cabalgar impedía a M'Cord conciliar el sueño de inmediato, como era su costumbre. Mientras más se acercaban a su misteriosa meta, más inquieto se ponía.

Los demás también parecían intranquilizarse cada vez más. Chastar estaba tan nervioso y tenso como un gato; y, como un gato, escupía, gruñía y mostraba sus garras frente a la más mínima provocación. Zerild se encerró en sí misma y parecía estar obsesionada por temores que se incubaban en su interior. En cuanto al giboso fraile renegado, guardaba sus pensamientos tras sus ojos opacos, soportando estoicamente las frecuentes maldiciones y golpes de Chastar. Los dos suecos también sufrían la tremenda tensión del ambiente; tenían negras ojeras y Nordgren tartamudeaba, vacilaba, se aclaraba la garganta entre palabra y palabra y sus noches las pasaba dando vueltas y más vueltas.

Sólo Thaklar parecía no estar afectado por el misterioso pavor que los atenazaba. Lo que sentía lo ocultaba tras una máscara de calma incommovible. Permanecía ensimismado, cambiaba muy pocas palabras con los demás y parecía no tener inconvenientes para dormir.

M'Cord se preguntaba si acaso eso se debía a que el príncipe sabía mejor que ellos lo que les aguardaba...

Irritable e impaciente, con la pierna muy dolorida tras un día en la montura, el terrestre salió finalmente de su saco, ajustó los cierres de su traje térmico, y pensó en estirar un poco las piernas.

Se humedeció la garganta con el agua de la cantimplora que llevaba en su equipaje y se acercó a calentarse las manos en el termogenerador. Fue entonces cuando observó que otro del grupo tampoco podía conciliar el sueño.

Era Inga. La muchacha rubia estaba sentada al borde del cráter en que habían acampado, abrazándose las rodillas y observando pensativamente las estrellas. El cielo estaba muy negro y las estrellas incontables y enormes brillaban como joyas. Son mucho más numerosas en el firmamento de Marte que las que pueden verse en la Tierra, aun desde la cima de las montañas desde el más seco de los desiertos. Sabía que eso también se debía a la diferencia en la densidad atmosférica entre los dos mundos. El aire marciano no está empañado por nubes, ni por humedad alguna, como sucede con los cielos terrestres.

Ella lo oyó o lo observó por el rabillo del ojo y se volvió mirándolo sin hablar; él trepó a la loma donde estaba acurrucada y le dijo que no tenía ganas de dormir.

—Yo tampoco, a pesar de lo cansada que estoy —le respondió la muchacha.

Levantó la vista hacia el cielo nocturno—. Es tan raro ver un cielo sin luna —murmuró débilmente.

Él refunfuñó algo y se sentó a su lado.

—En verdad, Marte tiene dos lunas, pero no las percibimos a simple vista. Sin embargo, están allí, en alguna parte. Los marcianos pueden verlas.

—Lo sé —respondió pensativamente—. Qué cosa extraña... ¡lunas invisibles!

—No son realmente invisibles —le dijo socarronamente—. Es sólo que no reflejan lo suficiente la luz solar para que podamos verlas. Los astrónomos tienen una determinada palabra para explicar el fenómeno, pero no recuerdo...

—¿Albedo?

—Sí, eso es... creo. Escaso albedo. El sol se encuentra tan lejos que no consigue iluminarlas lo suficiente y las lunas tienen un albedo tan bajo que no son capaces de reflejar la poca luz que reciben. Es cierto que pueden verse, supongo, pero hay que saber exactamente en qué lugar se encuentran para observarlas vagamente. Y eso complica aun más las cosas, porque una de ellas, Phobos, se mueve tan rápidamente que rota tres veces al día alrededor del planeta. La otra, Deimos, parece moverse apenas, y ninguna es muy grande que digamos, ¿sabes?: unos 25 kilómetros de lado a lado, a lo sumo.

Ella asintió cortésmente, como si no hubiese leído las explicaciones de las guías de turismo.

—Está todo tan quieto aquí —le dijo ella mirando a su alrededor—. No hay viento... casi ningún sonido. Me pregunto por qué ellos no designan un centinela durante la noche para evitar que nos escapemos... o para evitar... que tratemos de dominarlos mientras duermen.

M'Cord sonrió, haciendo resaltar el blanco de sus dientes en contraste con su tostada piel.

—No tendríamos dónde ir aunque lográramos escapar —dijo—, bueno, si se trata de dominar a Chastar y sus secuaces... ¡me imagino que nunca has tratado de sorprender a un marciano dormido! Comprendo que los científicos de la Tierra no hayan sido capaces de decidir aún si los nativos de Marte son o no descendientes de una especie de gato, así como se supone que nosotros somos descendientes de algún tipo de mono. La verdad es que tienen un gran parecido con los gatos, con esos ojos amarillo-verdosos, esa sedosa piel sobre sus cabezas donde nosotros tenemos el cabello, y la forma en que se desplazan, elásticamente, como bailarinas. Pero yo podría decirles un par de cosas a los científicos: hay en verdad un gato en algún lejano proceso de su evolución, porque duermen con un ojo abierto, o al menos lo parece. ¿Has tratado de sorprender alguna vez a un gato durmiendo? ¡Es tan difícil como sorprender a uno de los del Pueblo! Por ejemplo, Chastar, allí; ahora está profundamente dormido, pero si me acercara a cinco metros ¡me encontraría con el cañón de su arma! No, no tienen necesidad de apostar guardias; un marciano tiene una mitad de sí mismo todo el tiempo en guardia, ¡despierto o dormido! Y si piensas

que deberíamos tener centinelas para protegernos de los animales de presa, bueno, no hay nada acá en la cima del Sinus lo suficientemente grande como para molestarnos. Los grandes gatos del desierto y los de su especie, viven principalmente en las planicies polvorientas o en las quebradas que cortan los bordes de un Sinus; me imagino que sabes que fueron causadas por las resquebrajaduras de Marte cuando éste comenzó a secarse. Es ahí, en las quebradas, donde viven los animales de presa porque allí viven los pequeños seres de los cuales se alimentan. Aparte de ello, Chastar tiene instalada una alarma alrededor del campamento. Un campo subsónico, para ahuyentar cualquier cosa que pueda encontrarse en los alrededores cazando. No podemos sentirlo porque estamos dentro de él. Pero cualquier cosa que se encuentre allí afuera, merodeando, lo sentirá en sus huesos... y en sus dientes también, como un tremendo dolor de muelas...

Su voz se apagó; repentinamente se sintió incómodo y consciente de sí mismo. Era demasiada charla para un hombre tan introvertido como él, y al notarlo se calló.

Pero la muchacha también lo observó, y lo miró con una extraña expresión en el rostro.

La suave luz de las estrellas velaba en parte las señas de tensión y cansancio que afeaban su rostro de día, y de pronto él fue plenamente consciente de su calor y proximidad. Su rostro a la luz de las estrellas era un pálido óvalo, sus tranquilos ojos azules extrañamente tiernos, y su cabello relucía bajo los astros, como plagado de fuegos fatuos.

Sonriendo le dijo:

—En verdad, eres una persona rara, Coronel M’Cord... Pasan días y días sin que pronuncies más de tres palabras...

M’Cord murmuró algo sonrojándose bajo el fuerte tostado de su piel y agradeció a la oscura noche sin brillo de luna, que evitó que la muchacha sueca notara su rubor. Su volubilidad le sorprendió. Pero hay algo en cada hombre, incluso en los de pocas palabras como M’Cord, que disfruta al entablar una conversación sobre un tema que conoce bien cuando su auditorio es una muchacha joven, delgada, de tiernos ojos azules y rubios rizos que se derraman sobre sus hombros.

Súbitamente, se sintió embarazado y avergonzado como un adolescente... ¡y se odió a sí mismo por esto! Se puso de pie de un salto.

—Humm. Creo que es hora de cerrar los ojos, de todas maneras... ¡buenas noches! —murmuró, y cojeó de vuelta al lugar donde dormiría, sintiéndose confundido e incómodo. La muchacha lo miró marcharse con una leve sonrisa.

Hacía mucho tiempo que algo no la divertía. De pronto se sintió joven, libre, limpia y pura nuevamente. Disfrutó la sensación, mientras duró.

Hasta ese punto del viaje, el camino se había presentado uniforme y sin grandes subidas. Debido a ese sentido racial innato de la dirección y de la posición, Chastar los había guiado con absoluta seguridad a través de la suave meseta de roca. La gastada lámina de plata que indicaba el camino como un mapa era consultada solamente cuando tenían que bordear un cráter o cuando, una que otra vez, se encontraban con alguna profunda quebrada.

Pero al amanecer del tercer día entraron en terreno irregular. El avance se hizo penoso, dificultoso y bastante complicado, tornándose cada vez peor. Es que aquí, en un período desconocido del remoto pasado, habían llovido meteoritos sobre el Sinus con una fuerza inusitada y en cantidades sin precedentes. El camino que seguían estaba sembrado de cráteres, grandes y pequeños, y el suelo cubierto por una traicionera capa de roca pulverizada.

Para complicar aun más la situación, habían llegado al punto del camino que se encontraba en blanco en el mapa de plata de Zerild. De aquí en adelante, durante el resto del viaje, sólo Thaklar podía guiarlos. Y ninguno de ellos dejaba de preguntarse, en lo más profundo de su corazón, si se podía confiar en el príncipe para que los condujera sin tropiezos a su meta y los ayudase a sortear los lugares peligrosos que pudieran encontrar o las trampas escondidas que pudiesen haber colocado los antiguos marcianos.

M'Cord marchaba al frente de la expedición, seguido de cerca por Inga. Ahora el camino serpenteaba a través de un estrecho paso entre las paredes de dos grandes cráteres. Así es que se aventuró solo.

M'Cord traspiraba dentro de su traje térmico y era muy consciente del peso de las miradas en su espalda. Los otros aguardaron esperando que el suelo cediese bajo las patas del trifo llevándolo a una muerte segura al fondo de un abrupto y oculto precipicio, o que cayera víctima de un encantamiento o hechizo lanzado siglos atrás sobre aquel paso.

Él mismo estaba pensando en ello.

¿Hasta dónde se podía confiar en Thaklar respecto a sus vidas?... ¿Y respecto a la suya? ¿Cuál sería el grado de fanatismo del príncipe, y hasta qué extremo llegaría para proteger el secreto hereditario de su Casa y para salvar a La Sagrada de ser profanada por renegados y extranjeros?

Chastar había sido extremadamente astuto al enviarlo adelante, pensó sombríamente M'Cord. Las vidas de los dos escandinavos no tenían valor especial para Thaklar... Ni le gustaban, ni los odiaba, y permanecía inmutable frente a su destino. Pero la vida de su hermano ya era otro asunto...

¿O acaso se equivocaba?

M'Cord maldijo mientras traspiraba y urgió al indeciso trifo. Ahora, las paredes de roca casi se juntaban y el paso era tan angosto que sólo quedaban unos pocos

centímetros libres a cada lado. Si alguna vez existió un buen lugar para una emboscada o una trampa era éste, pensó M'Cord.

Una vez fuera de la garganta del paso el Camino se ensanchaba un poco; M'Cord se relajó y respiró nuevamente. Pensó cuál sería la escala de valores de Thaklar. Si apreciaría más su vida o el secreto del Valle de Ophar.

El ritual de compartir el agua, en verdad demasiado simple como para denominarlo ritual, se había llevado a cabo entre un hombre inconsciente que moría de fiebre, y otro que sentía la suficiente compasión como para quedarse sin hacer nada y dejarlo morir sin esforzarse por ayudado. ¿Era, entonces, un verdadero rito de hermandad el que existía entre él y el príncipe?, se preguntaba M'Cord. No estaba seguro. Sabía que la gente del Pueblo era experta en derecho canónico. Sólo por placer discutían las cosas más sutiles y los asuntos más complicados de leyes y rituales: para ellos era un juego intelectual, un ejercicio mental, como para los terrestres el ajedrez, las matemáticas o las fugas de Bach.

Y no le cabía la menor duda de que Thaklar podía citar muchos precedentes para invalidar el rito entre ambos.

Pero entonces, ¿cuál era la verdadera importancia que le daba Thaklar al secreto del Valle de los Eternos? Seguramente conservaría el secreto a costa de su propia vida.

¿Pero haría lo mismo a costa de la vida de M'Cord, a pesar de considerar al terráqueo como su hermano?

M'Cord se encogió de hombros, apartó de sí todos esos interrogantes y optó por no pensar en ello.

El terreno ascendía ahora serpenteando por una huella que no estaba señalada en ninguna parte pero que conducía a la cima de una colina. Este abrupto ascenso parecía ser un anillo formado alrededor del impacto de un gigantesco meteoro caído siglos atrás. Lanzado desde las profundidades del espacio hacía un billón de años o más, el meteoro se había hundido justo en el centro exacto del Sinus. La atmósfera, en aquel entonces, era mucho más rica en oxígeno, y el calor del meteoro, lanzado a una velocidad de 57.000 kilómetros por hora, había inflamado el aire. La superficie de la península se había cubierto de escoria derretida; el cráter podía tener muchos kilómetros de diámetro. M'Cord sabía suficiente física elemental como para recordar que un meteorito de sólo tres metros de diámetro podía golpear la superficie del planeta con la misma fuerza de las endemoniadas bombas que pulverizaron a Nagasaki e Hiroshima, mucho antes que naciera su abuelo. El meteoro que había hecho el cráter de Ophar podía no haber sido más grande que eso.

Habían atravesado el Sabaeus Sinus a lo largo y ahora habían llegado exactamente al centro del Meridiano, una gran prominencia al final de la península. Se encontraban sólo a unos pocos grados al sur del ecuador marciano y exactamente sobre el meridiano principal.

Nadie podía imaginar lo que encontrarían aquí, ni siquiera predecirlo. Sólo los

Eternos, como llamaban los marcianos a sus dioses ancestrales, podían saberlo.

El ascenso por la ladera de la pared externa del cráter se hizo cada vez más difícil a medida que ésta se tornaba más abrupta. Se habían visto obligados a dejar sus bestias de carga abajo, pero subieron con los trifos de montura ya que éstos podían trepar lo mismo que un hombre y tenían la seguridad de una cabra de monte. Y hubiese sido agotador y tal vez imposible tratar de llegar a la cumbre a pie. Especialmente para M'Cord; y no porque Chastar se preocupara por M'Cord, precisamente.

Las bestias de carga habían sido liberadas de su peso y dejadas en libertad. Chastar refunfuñó por tener que hacerlo, pero en verdad no quedaba otra alternativa.

El paso se hizo tremendamente inseguro ya que en los bordes del vasto cono del cráter algunos meteoritos más pequeños habían horadado las paredes dejándolas como un gigantesco colador. Había varias capas de cráteres que se superponían y, bajo el bombardeo cósmico, la roca desnuda había quedado reducida a cascajo que los siglos habían pulverizado aun más. La polvorienta arenisca silícea, mezclada con guijarros, hacía que el terreno fuera muy poco apropiado para el paso de los trifos.

Finalmente, al reparar que por cada metro que avanzaban, retrocedían tres, Chastar dio orden de desmontar y marcharon a pie en fila india, llevando a los trifos de las riendas. Ganaron terreno, trabajosamente, caminando de costado, ya que siendo el pie humano más largo que ancho conseguían mejor apoyo.

Thaklar los guio con una concentración infinita. A menudo los hacía detenerse mientras rebuscaba en su memoria algunos indicios. A pesar del agotamiento y la tensión provocados por supuestos peligros invisibles, M'Cord se distrajo preguntándose cómo podía ser posible que alguna marca en el camino permaneciera indeleble después de millones de años. Pero, evidentemente, era así, ya que aunque Thaklar tenía que detenerse, devanarse los sesos y escudriñar el terreno, los guiaba firmemente a su destino sin equivocarse ni volver sobre sus pasos para recomenzar. O las señales no se habían borrado a causa de la falta de atmósfera en el planeta o quizás los dioses las habían preservado intactas.

La pared del cráter continuaba ascendiendo. Ahora se encontraba muy por encima de la superficie del Sinus y se podía ver a gran distancia a través del límpido aire seco. El cráter debía ser tan alto como el Fujiyama, pensó M'Cord cansadamente, tratando de calcular, al mismo tiempo, su ancho. Se preguntó si no sería aun mayor que el monstruoso cráter ante el cual tanto se habían maravillado los científicos terrestres días antes que Christiansen se posara por primera vez en el planeta... Se refería al supercráter que los antiguos científicos de la NASA llamaron Nix Olímpica.

Descansaron sobre un amplio saliente rocoso y tomaron sus alimentos del mediodía. Estaban doloridos hasta los huesos y les costaba respirar, incluso a Chastar y a Zerild. La atmósfera de Marte es ya lo suficientemente enrarecida en el fondo de los océanos desaparecidos; en las cumbres montañosas, es virtualmente inexistente.

Zerild observaba la gastada placa de plata.

—Ya casi hemos cruzado el lugar marcado en el mapa como la Tierra de los Abismos —observó.

Chastar murmuró con la boca llena de carne de lagarto:

—Y en verdad que los hay. Cincuenta veces pensé que resbalaban mis botas y que caía al fondo. Aquí, cualquiera se mata de un resbalón.

Miró furtivamente a Thaklar, que estaba sentado un poco aparte del resto, masticando su carne mientras observaba la ladera. Los ojos del Halcón estaban muy abiertos y pensativos, pero sus facciones eran inescrutables.

—¡Eh, Halcón! ¡Te juzgué mal... yo, Chastar, lo admito! Pero soñé que nos traicionarías y nos matarías a todos en los Abismos una vez que fueras nuestro único guía. ¿Por qué no lo hiciste, eh? ¡Habla! ¿Quieres compartir con nosotros el tesoro? ¿Es eso? —Thaklar lo miró con una expresión sombría, con ojos distantes y desdeñosos.

—No tenía necesidad de traicionarte —le dijo finalmente—, porque todos ustedes se traicionarán por sí solos al final.

Chastar se quedó perplejo ante esta enigmática profecía y por último decidió que no le gustaba. Lanzando una maldición, se abrochó el cinto de modo de poder jugar con el mango de su látigo de cuero.

—¿Quién traicionará a Chastar? —gritó desafiante—. ¡No será la mujer, porque es mía, o lo será, y ninguna mujer traiciona a Chastar y sigue con vida! En cuanto al viejo, conoce muy bien el nombre de su amo, y conoce el peso de su mano, ¿eh, reptil? —dijo con una desagradable risotada. Le gustaba atormentar al frailecillo renegado, quien le tenía un miedo pánico.

Phuun cerró los ojos y bajó la cabeza obsecuentemente. Chastar rio nuevamente.

—¿Qué quieres decir, entonces, con esas tontas palabras? —preguntó. Thaklar sostuvo su mirada, el rostro impassible, sin denotar ninguna emoción.

—Eso lo dirá el futuro —respondió con calma—. Pero recuerda esto, lobo rojo. Está escrito que, en Ophar la Sagrada, cada uno recibirá lo que merece.

Esas sencillas palabras las dijo con una voz tranquila, sin la menor inflexión. Por eso, más que nada, M'Cord se preguntó, qué le parecían preñadas de una intención de amenaza y de un fatalismo sobrenatural.

# LA BÚSQUEDA DEL SECRETO

## 15

El breve descanso terminó muy pronto. Chastar estaba ansioso por alcanzar la cima de la pared del cráter antes del anochecer. Estaban todos muy cansados, pues había sido un largo día y ya habían recorrido cerca de veintiocho kilómetros. Pero Chastar no quería saber de descansos ni demoras.

Siguieron ascendiendo. El trayecto no era tan difícil como antes, ya que en esta parte la ladera estaba constituida sólo por roca desnuda, sin polvo ni guijarros sueltos que hiciesen el paso inseguro o peligroso. Pero era una cuesta sin interrupción, y cada vez se tornaba más abrupta.

En la transparente claridad del aire, desde esa altura, se podía ver la Meseta Meridiana y se divisaban confusamente las planicies polvorientas que los circundaban por tres costados. Ésa debía de ser una de las mayores alturas del planeta, pensó M'Cord. Estaba traspirando nuevamente; cualquiera que fuese el secreto de Ophar, estaban a punto de darle el primer vistazo.

Thaklar los guio por un sendero casi invisible, de un punto a otro, advirtiéndoles que apoyaran los pies y las manos con mucho cuidado y exactamente en los lugares que les señalaba, ya que las capas de roca estaban sueltas en algunas partes y un error podía ser fatal. El camino de descenso, en caso de caer, era bastante largo.

No tenía sentido hacer subir a los trifos una ladera tan empinada y además ya no los necesitaban. Chastar blasfemó y se encolerizó, pero no quedaba otra alternativa que descargar las bestias y soltarlas para que bajasen solas a la base del cráter a reunirse con las bestias de carga. El ascenso había comenzado en una forma tan gradual e imperceptible que no había imaginado que el terreno cambiaría de modo tan abrupto y peligroso. De haberlo sabido, hubiese dejado abajo a todas las bestias junto a sus alimentos para que esperasen su regreso. Pero Thaklar no se había sentido inclinado a advertírsele; así es que los trifos fueron dejados en libertad para que bajaran ruidosamente la ladera hacia donde se encontraban sus semejantes.

Esto implicaba que, a no ser que las bestias permanecieran por las cercanías, tendrían que caminar de vuelta a Ygnarh cuando llegase el momento de regresar. No había nada que se pudiese hacer al respecto, pero esto enfureció a Chastar. El príncipe Halcón no hizo ni siquiera un ademán en respuesta a la tormenta de injurias e imprecaciones; simplemente esperó.

El ascenso continuó. Ahora el camino subía por una pared de piedra casi vertical.

Lo hicieron con calma, con frecuentes paradas para recobrar el aliento. Era aun más difícil de lo que había parecido desde abajo. Les llevó más de tres horas llegar hasta la cima.

Allí encontraron un espacio abierto, ancho como una carretera, pero sembrado de

enormes rocas tan grandes como naves espaciales. Los estratos rocosos se veían aquí claramente, como líneas como de miel solidificada. Esta roca había sido lava derretida un billón de años atrás; y el empuje de la tremenda fuerza que la había moldeado era aún visible en este mundo desierto donde no había nada que erosionase la piedra o que borrara o suavizara las formas que había adoptado la roca derretida al enfriarse.

Se abrieron camino a través de las rocas diseminadas. La superficie de la pared era plana y suave como la de algunas murallas de ciclópeas fortalezas construidas por gigantes prehistóricos.

Chastar y Zerild iban a la cabeza. Iban avanzando de costado entre dos enormes rocas que se encontraban muy juntas dejando un angosto pasaje entre ambas. Al llegar al extremo del paso se detuvieron súbitamente, como paralizados de terror.

Zerild retrocedió, asustada.

Chastar tragó aire agitadamente, silbando entre los dientes apretados. Se encontraban en el borde mismo de un precipicio. Sólo unos centímetros más allá de sus pies la pared se cortaba en una caída de cientos de metros hasta el fondo del angosto valle que se encontraba debajo de ellos.

Los otros se les unieron; codo con codo se inclinaron por sobre el borde del abismo para mirar hacia Ophar.

—¿Qué truco endemoniado es éste? —preguntó Chastar roncamente. Pero nadie le respondió.

M'Cord fue el último en unírseles a causa del intenso dolor de su pierna. Miró hacia abajo... y le costó creer lo que veían sus ojos.

El fondo del valle se hallaba a unos trescientos metros debajo de ellos. Era mucho menos profundo de lo que había imaginado.

La base del valle se encontraba semiocultada por oscuras sombras púrpuras a esa hora de la tarde. Y el suelo mismo no se veía claramente, pero se extendía hasta el lado opuesto de la pared del cráter, unos treinta kilómetros, calculó. Así es que después de todo tenía tan sólo la mitad de la superficie del Nix Olímpica.

En el centro del cráter, a unos quince kilómetros del lugar en que se encontraban, un pico cónico se elevaba desde el fondo. Como lo había imaginado, este cráter era producto del impacto de un meteorito gigantesco. Sólo ellos exhibían ese piramidal pico central.

Todo esto lo percibió sólo de pasada. Fue el suelo del valle lo que le llamó la atención, al igual que a Zerild, Phuun, Chastar y a su hermano. Porque allí no había nada más que un amplio y uniforme terreno de piedra sembrado de grandes rocas partidas y horadadas por innumerables y pequeños cráteres.

Era sólo roca muerta, seca, estéril, sin vida... ¡Exactamente igual a la de la superficie de la meseta que habían recorrido todos estos días!

No era nada parecido a lo que había imaginado.

Eso lo hizo detenerse a reflexionar. ¿Cómo se había imaginado Ophar,

exactamente? Quizás como un valle paradisiaco o tal vez como un hermoso jardín. Pero eso no tenía sentido; no había jardines en Marte, ya que el planeta estaba viejo, muerto y estéril.

¿Por qué, entonces se la había imaginado así? Quizás por el paralelo entre Ophar y el Edén; un jardín es un jardín, después de todo. Debería haberlo pensado mejor.

Todos deberían haberlo hecho. Porque era obvio que los demás habían soñado lo mismo que M'Cord. Zerild miraba fijamente el seco valle sembrado de rocas con una expresión de gran sorpresa y desilusión. Chastar estaba como enloquecido, movía la boca sin emitir sonido alguno y su cuerpo se estremecía de furia. Aun Phuun salió de su acostumbrada apatía: el fraile renegado se había quedado con la boca abierta, producto de una sorpresa tan profunda que más bien podía definirse como horror.

—¡Engañado! ¡He sido engañado! —chilló el forajido. Se volvió a Zerild y le dio un golpe brutal con la mano abierta, tomándola por sorpresa. La bofetada le dejó visibles marcas rojas en el rostro.

—¡Perra del demonio! ¡Tú y tu charlatanería acerca de mapas y de tesoros escondidos!

¡Tú me hiciste esto, tú!

Thaklar carraspeó. Chastar se volvió; el príncipe Halcón estaba indicando la superficie interna del precipicio. Todos miraron... todos, incluso Zerild, mientras se acariciaba la cara con una extraña expresión reflejada en la profundidad de sus ojos verdes.

Había una escalera tallada en el despeñadero de piedra.

—Ése es el camino para bajar, Chastar —le dijo tranquilamente Thaklar. De todos ellos, sólo el príncipe no estaba alterado ni desilusionado al descubrir que el Valle de los Eternos no era más que un lugar vacío y sin vida, sólo cubierto por rocas estériles.

—¡Bajar! ¿Por qué querría bajar? —gruñó el forajido—. Hay suficientes piedras y polvo en el lugar de donde venimos; ¿debo acaso bajar un cráter por más?

—Si el Valle es en verdad un lugar muerto, ¿para qué entonces esta escalera? —preguntó pensativamente Zerild.

Les impactó la imprevista escalera.

Con enorme técnica y trabajo, alguien había tallado una escalera zigzagueante en la roca del abrupto precipicio. Gradas de piedra que llevaban a... ¿la nada?

Era imposible creer semejante cosa.

Como si no confiaran en sus propios ojos, se volvieron simultáneamente para escrutar el valle una vez más. Pero aún seguía siendo lo mismo: una extensión arenosa, sembrada de enormes rocas desgastadas, plagadas de cratercillos como picaduras de viruela de diferentes tamaños. No se veía el más mínimo vestigio de vegetación entre las rocas o en las laderas del lado opuesto. Ni un viso de humedad, señales de ruinas o evidencia de que el hombre hubiese pisado jamás ese terreno sembrado de cascotes. Sólo había un desolado y lóbrego valle lleno de nada.

Luego ¿por qué habían tallado la escalera?

Chastar escupió una maldición, pero lo abandonó la furia. En su reemplazo había una mirada fría, cargada de decisión.

—Vamos, carguen sus bultos, todos —ordenó—. ¡Vamos a bajar!

—¿A... allí? —preguntó débilmente Nordgren, la luz de la tarde reflejándose en sus lentes—. ¡Pero no hay nada allí!

—Debe de haber algo allí, o no habrían tallado los escalones para que los hombres pudiesen bajar —respondió Chastar, torvamente—. He viajado demasiado y me he sacrificado mucho como para volver sin ver por mí mismo lo que realmente es Ophar. Sólo cuando haya recorrido el valle de lado a lado sin encontrar nada, sólo entonces me daré por vencido y volveré. ¡Carguen sus bultos, f'yagha, y comiencen a bajar! ¡Tú nos guiarás, pelo amarillo; tú y tu parienta!

Nerviosamente, Nordgren miró el primer escalón de la escalera. Estaba sólo a pocos centímetros bajo el borde en que él se encontraba. La roca de la superficie del precipicio había sido tallada, y cada escalón se proyectaba cerca de sesenta centímetros de la pared. La escala era en verdad angosta, pero bajando lentamente y pisando con cuidado era suficientemente segura. Encogiéndose de hombros, el sueco ayudó a bajar a su hermana, le previno acerca del cuidado que debía tener y que no mirase al abismo si no quería sentir vértigo.

Luego pisó el primer escalón, probó si era seguro, lo encontró lo suficientemente fuerte para soportar su peso y comenzó a bajar detrás de su hermana.

Lo siguieron uno a uno.

No era tan difícil como se hubiese podido creer. No había vientos que los empujasen, ni musgo o líquen que los hiciera resbalar, y ninguno sintió vértigo por la altura. Y la escalera era agradablemente suave, muy bien desarrollada, con escalones bajos.

Así, comenzaron a bajar al Valle.

Al Valle Donde el Tiempo se Detuvo. Al Valle Donde Nació la Vida.

Y se preguntaron por qué ese lugar vacío y desolado podía haberse considerado alguna vez sagrado y por qué había estado vedado a los hombres durante todos esos siglos...

Los escalones estaban tallados en el costado de la roca de tal forma que bajaron en dirección al Sur más o menos unos veinticinco metros y luego llegaron a una plataforma cuadrada de piedra donde pudieron descansar un poco y recobrar el aliento antes de continuar el descenso. A partir de la primera plataforma la escalera de piedra partía en dirección opuesta, otros veinticinco metros, y nuevamente había una plataforma donde volvieron a descansar antes de reanudar el descenso.

A M'Cord le dolía la pierna enormemente, pero apretó dientes y mandíbulas y se propuso no quejarse. Tratando de ayudar lo mejor que podía a su pierna lastimada, cojeó en la retaguardia, descendiendo más lentamente que los demás. No había otra alternativa; Chastar estaba frenéticamente impaciente por ver la base del cráter por sí mismo, y no toleraba demoras.

En la primera plataforma, M'Cord descansó y tomó un sorbo de agua, aprovechando la oportunidad para ingerir unos calmantes. De ahí en adelante se las arregló para arrastrarse de escalón en escalón, lentamente. Pero todos estaban cansados y ninguno se sentía con ánimos de correr escaleras abajo.

Nordgren estaba maravillado ante la habilidad para trabajar la piedra.

—¡Una magnífica ejecución! —jadeó, observando con sus acuosos ojos azules tras los lentes. Se aclaró la garganta nerviosamente—. ¡Qué extraordinarios ingenieros deben de haber sido los antiguos marcianos! Piensen en las horas de trabajo humano empleadas en labrar semejante escalera en la roca viva. Es una hazaña extraordinaria. Sin embargo no puedo dejar de preguntarme con qué objeto fue realizada. Obviamente, no hay nada en el cráter que pueda interesar al hombre...

Thaklar gruñó impasible, pero con un destello de humor en sus ojos de halcón.

—Te fías demasiado de la vista, do-k-tor —sentenció—. Hay cosas que nadie puede ver fácilmente, ni aun aquellos cuya vista está reforzada con trozos de cristal.

Nordgren parpadeó como un búho.

—¿Eh? Bueno, tal vez sea así; lo veremos. Pero no puedo dejar de preguntarme cómo fueron labrados estos escalones. Como puedes ver no hay indicios de cincelado en la piedra: la superficie y los costados son suaves y parejos como madera de sándalo. Por supuesto que esto pueden haberlo hecho talladores primitivos, pero sólo con un enorme trabajo. Me confunde el hecho de que se hayan tomado la molestia de emparejar y pulir la piedra de tal forma.

—Quizás la escalera no fue labrada con cinceles, sino por otros medios —sugirió Thaklar.

Nordgren le miró con asombro. Luego sus delgados labios se curvaron en una expresión divertida.

—¡Bueno, en verdad uno llega a pensar que la piedra fue de alguna forma derretida para modelarla después de la manera deseada! Pero tales técnicas, por supuesto, estaban fuera del alcance de los pueblos primitivos.

Thaklar no replicó. Fue Phuun quien lo hizo: el pequeño fraile renegado no hablaba casi nunca y raramente intercambiaba alguna palabra con los tres odiados. Sin embargo, esta vez le habló a Nordgren.

—El Pueblo jamás fue primitivo —susurró ásperamente, con un brillo de fanatismo en sus ojos de reptil—. Los Eternos, que los levantaron de entre las bestias, les enseñaron las artes de una avanzada civilización. ¿Quién es capaz de decir qué poderes poseían nuestros antepasados que caminaron junto a los dioses eternos por este mismísimo lugar?

Nordgren pestañeó tratando de hacer una débil defensa que Phuun ignoró. No había ninguna respuesta lógica que el científico pudiera oponer a los argumentos de fe religiosa, así es que, sabiamente, se quedó callado.

M’Cord tenía la sospecha de que, en alguna parte, encontrarían otras maravillas... Maravillas que dejarían reducidas la habilidad e ingeniería de la escalera de piedra a la altura de un juego de niños. Pero se quedó callado y se concentró en tratar de mantenerse en pie y bajar los escalones de uno en uno.

Inga se detuvo para recuperar el aliento, apartando un rubio rizo con el dorso de la mano.

—Pienso que ya deberíamos haber llegado al fin de la escalera —dijo, débilmente—. Sólo parecía tener doscientos metros de profundidad.

—Tiene más de trescientos —le respondió su hermano—. El precipicio sigue bajando...

¿Ves?... ¡La base de la escalera se ve aún tan lejos como desde la cima del cráter!

—¿Pero cómo puede ser eso? —preguntó la muchacha, perpleja.

Su hermano parecía presa de una gran excitación. Sus ojos le decían que ésta iba en aumento mientras miraba hacia abajo atentamente.

—¡No sé! No entiendo nada de esto. Hay aquí una extraña distorsión de las ondas de luz..., algún efecto óptico que no comprendo. Mira al fondo del valle... ¡se ve distinto de como se veía desde arriba!

Todos miraron adonde indicaba su mano. En verdad, se había producido un extraño cambio en el fondo del cráter. Hasta ahora habían bajado por la zigzagueante escalera unos doscientos metros. Y desde esa perspectiva, el fondo del cráter se veía extrañamente... falso.

M’Cord miró de soslayo hacia abajo, tratando de descifrar qué era lo que había cambiado en el terreno durante el descenso. Entonces, con un misterioso estremecimiento de premonición, comprendió qué era lo que se veía diferente ahora en el fondo del cráter.

Se veía curiosamente borroso y artificial. Era como una excelente pintura de la escuela impresionista: al mirarlos a una determinada distancia, los objetos representados por el pintor se ven claramente y con detalles muy realistas. Pero al acercarse a la tela, los objetos se disuelven en manchones sin sentido y en borrones de color. Es la perspectiva de la distancia la que los transforma en detalles realistas.

Era algo como eso lo que sucedía con el Valle. La vista desde aquí era más bien... poco convincente. Como la escenografía de un paisaje. El cambio de perspectiva, a medida que se acercaban a la base del Valle, dejaba al descubierto las imperfecciones de lo que ahora se veía que era una especie de ilusión óptica.

Se miraron unos a otros en un tenso silencio, con los ojos maravillados. Luego reiniciaron el descenso, con Thaklar y el forajido a la cabeza.

Al acercarse al final de la escalera, o a lo que parecía serlo, la ilusión óptica se hizo evidente. Ya no había duda de que el pedregoso fondo del cráter no era más que una falsa visión de algún tipo, una distorsión de la luz concebida para engañar la vista a la distancia. Aquí, desde el rellano del fondo, a unos doce metros sobre el suelo del cráter, la ilusión quedaba en evidencia como una confusa mancha que serpenteaba y distorsionaba la luz. Era como la superficie uniforme de un lago; pero un lago de niebla.

—¡Demonios! —exclamó entrecortadamente M’Cord—. ¡Es un espejismo!

Thaklar no respondió. Estaba examinando el fondo ilusorio con su bota mientras Chastar, un poco más atrás, miraba por sobre él con los ojos muy abiertos.

Al momento que la pierna extendida de Thaklar tocó la borrosa superficie de la ilusión óptica, ésta se volvió completamente opaca.

Luego se tornó reflexiva, como un enorme espejo. Los viajeros vieron sus propias imágenes invertidas, y el insensato reflejo de las escaleras y el precipicio. Parecía como si estuviesen suspendidos al borde de un monstruoso abismo en cuyo fondo había sólo un tenue cielo púrpura, con las primeras estrellas brillantes, debajo de ellos.

El efecto era de una horrible inestabilidad. Inga ahogó una exclamación de terror y se aferró al brazo de su hermano para sostenerse. Zerild lanzó un gemido desde lo más profundo de su garganta y se cubrió los ojos. El vértigo se apoderó de todos, parecía como si el más leve movimiento más allá de la escalera fuera a significar caer al sobrenatural cielo invertido.

Thaklar retiró su pie con aire de haber recibido respuesta a una pregunta que se había estado haciendo a sí mismo. Y al hacerlo, la ilusión cambió nuevamente, asumiendo su aspecto previo, el de una borrosa imagen del fondo de un cráter desierto, sin vida y sembrado de piedras deshechas. Sólo que, esta vez, sabían que la imagen no era real.

—La magia de los Eternos —murmuró Phuun en tono reverente.

—¡Tonterías! —interrumpió, nerviosamente, Nordgren—. Aquí sucede algún extraño fenómeno de la naturaleza. Quizá el meteorito está aún enclavado en el fondo del cráter...

»Un aerolito de algún mineral desconocido cuya masa es inmensa y que causa una distorsión de la luz. O, tal vez, el meteoro es radiactivo y afecta nuestra vista, interfiriendo la transmisión normal de las imágenes visuales... ¡pero con seguridad que nada sobrenatural!

Thaklar volvió la vista hacia el jefe de los forajidos, que parecía estar en el colmo de la impresión, y quizá del miedo.

—Éste es el momento de las decisiones, lobo rojo —le dijo el príncipe en tono suave y mesurado—. Pueden volver ahora y vivir. Volver a la ruinosa Ygnarh sin peligro y reasumir todos los antiguos modos de vivir, y nada pasará. Pero descender más allá es entrar en lo desconocido. Los Eternos han vedado todo el Valle: esta barrera de ilusión que dejaron tras ellos para ocultar por siempre la realidad de Ophar al conocimiento del hombre nos demuestra que el poder de los Eternos, para bendecir o para maldecir, para sanar o matar, aún vive en este sagrado lugar y aún es poderoso. Vuelve, Chastar, y olvida tus sueños locos... ¡son un sacrilegio! Nadie te dirá que eres un cobarde si regresas ahora.

Era justo la palabra que no había que mencionarle a Chastar.

Se puso rígido. Una mano voló hacia la culata de su pistola; con la otra indicó a Thaklar que se hiciera a un lado.

—¡Chastar no teme a hombre o bestia, dios o demonio! ¡Atrás... no he venido de tan lejos sólo para dar mi espalda al tesoro más grande del mundo!

Y con aquellas palabras, se adelantó, pasó junto a Thaklar, descendió hasta el fondo mismo de la escalera... y se hundió en el tembloroso velo de ilusión...

Y desapareció.

No quedaba otra cosa por hacer sino seguirlo. Uno a uno desfilaron por la angosta escalera, pasaron junto a Thaklar, que permanecía silencioso y grave, con los ojos más bien tristes, y se sumergieron en el velo de niebla que parecía un espejo. Y uno a uno se desvanecieron.

M'Cord se detuvo junto a Thaklar, quien le sonrió brevemente.

—¡Sí, sigue, hermano! Creo que tú y yo tenemos poco que temer de lo que se esconda debajo. Los poderes que aún cuidan este Valle sabrán que nos forzaron a venir en contra de nuestra voluntad, y que no ambicionamos nada del tesoro que los forajidos esperan encontrar. Tú y yo, hermano mío, podremos vivir... incólumes.

M'Cord quedó confundido por el uso de esa palabra críptica, pero ahora no había tiempo para demorarse en preguntas. Estaba poseído por la misma curiosidad que los envolvía a todos acerca de lo que se encontraba bajo la barrera de ilusión.

Descendió, paso a paso. Cuando tocó el tembloroso espejo brumoso, un peculiar estremecimiento recorrió su cuerpo. Fue como una débil descarga eléctrica adormecedora, un golpe frío y leve. No fue doloroso, pero sí un poco alarmante.

Lo envolvió la niebla, ahogándolo. Por un momento se sintió completamente ciego; pero los suaves escalones aún se encontraban allí, bajo sus pies. Descendió, tanteando el camino paso a paso a través de la oscuridad más absoluta. De la oscuridad nació la luz.

Una luz tenue, suave y con visos dorados, propia de un sueño.

Al cruzar la barrera, apareció ante sus ojos una visión prodigiosa. Fue como un acto de prestidigitación, o como una de aquellas maravillas que sabían hacer los antiguos cineastas. Toda la escena se transformó, instantáneamente, como por arte de magia.

Se encontraba de pie sobre una empinada ladera de roca cubierta de una alfombra de suave musgo azul zafiro cuyas tonalidades se oscurecían hasta alcanzar el índigo metálico y se aclaraban hasta un azul luminoso a medida que la luz cambiante jugueteaba sobre él.

Una ráfaga de aire cálido y húmedo lo golpeó, empapando su rostro y llenando sus pulmones con el aroma extraño de flores extraterrestres.

Los talones de sus pies resbalaron sobre el musgo que alfombraba los últimos peldaños de la escalera. Resbaló... se deslizó... perdió el equilibrio y cayó. El grueso cojín de musgo amortiguó la caída, pero resbaló por la inclinada ladera hasta detenerse al fin entre unos extraños arbustos en flor con un follaje azul de largas hojas parecidas a los helechos terrestres.

Se quedó allí tendido, jadeando un tiempo mientras sus pulmones se adaptaban al aire tibio y húmedo.

Levantó la vista. Sobre él, a unos quince metros por sobre su cabeza, se encontraba el cielo. Pero no el oscuro cielo púrpura del desierto de Marte, repleto de

estrellas tan duras como el diamante. Éste era tenue, de un límpido verde jade, sembrado de destellos de oro luminoso. No había estrellas en este extraño y nuevo cielo, ni tampoco sol. Y las paredes del cráter se habían desvanecido.

Miró hacia abajo y por primera vez vio cómo era realmente el Valle. Se encontraba al borde de una enorme cuenca de azul brillante. Espesos bosques de árboles nudosos se elevaban cerca de la orilla, raleando hacia el centro, a algunos kilómetros de donde se encontraba. Estos árboles no se parecían a ninguno que hubiese visto u oído describir jamás. Sus troncos eran como tiras de serpentina negra entrelazada, como un tejido de raíces que se hubiesen unido para elevarse en una columna. La madera resplandecía como cubierta por un velo aceitoso y la vegetación se elevaba de sus retorcidas ramas en resplandecientes cintas de superficie azul metálico y reverso plateado. Las hojas oscilaban con las ráfagas de la brisa como el colgante follaje de un sauce terrestre.

Entre los nudosos troncos crecía una hierba azul muy tupida, salpicada de pequeñas florecitas blancas de siete pétalos, coronadas de rocío. La hierba crujió y una criatura pequeña y extraña apareció ante él. Era delgada y flexible como un gato, pero tenía casi el tamaño de un leopardo. Su corto pelaje era de color cobrizo, las orejas inmensas y delgadas y mostraba unos enormes ojos ovalados, semejantes a pequeñas gemas, enmarcados en un aguzado rostro de duendecillo. Los ojos eran de un brillante color ambarino, unas brumosas profundidades marrones con algunos visos dorados en su superficie.

La criatura gatuna lo observó detenidamente sin mostrar el más leve signo de timidez. Luego se volvió, se desperezó lánguidamente exhibiendo sus hermosos músculos, y comenzó a devorar una dorada fruta caída de uno de los árboles. M'Cord se restregó los ojos, parpadeó y miró a su alrededor como para convencerse de que no estaba soñando.

En Marte no existen árboles, aun cuando han sido desenterrados depósitos de madera petrificada que evidenciaban la existencia de bosques prehistóricos. Y aun cuando los alrededores de los canales están alfombrados de musgo azul, éste es de hojas gruesas y gomosas y no guarda ninguna relación con esta frágil y tierna especie.

Y la criatura felina era otro misterio. ¿Por qué no le temería a él, un extraño, un peligro en potencia? Habiendo devorado la succulenta fruta el animal se limpió los bigotes y las garras, lamiéndose delicadamente con una angosta lengua sonrosada; luego se levantó y se internó perezosamente en las profundidades del bosque sin siquiera volver la cabeza.

—Sorprendente... simplemente sorprendente.

Se volvió. Era Nordgren quien había hablado. El científico se mantenía a alguna distancia, oculto a medias tras los espesos arbustos, mirando marcharse a la criatura felina con una expresión confundida.

Al reparar en M'Cord, lo incluyó de una manera vaga en sus pensamientos.

—Algunos investigadores, autoridades en su campo, sostienen la hipótesis de la

existencia de un mamífero en los albores de la historia de la evolución de los marcianos —dijo a medias para sí mismo—. Esa criatura se extinguió hace un billón de años, si es que en verdad existió alguna vez; se han encontrado algunos fósiles de huesos y un par de cráneos, pero su evidencia es fragmentaria y no permite extraer conclusiones definitivas... Aunque, si hemos de creer en nuestros propios sentidos, aquí hay un sobreviviente del más remoto antepasado de los marcianos, retozando en este extraño y maravilloso lugar.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó ásperamente M’Cord. El rubio hizo un vago gesto con la mano.

—Aquí y allá... el jefe de los forajidos se fue hacia el centro del Valle a investigar el claro del bosque que parece mostrar signos de cultivo.

Se marchó inclinándose para examinar las hojas de los arbustos. M’Cord sintió un ruido tras él y se volvió para encontrarse con que Thaklar se hallaba en la ladera, con los brazos cruzados sobre su pecho, escrutando el Valle con sus melancólicos ojos rasgados.

—Es en verdad Ophar La Sagrada, y como la describen las leyendas —dijo con voz suave y pensativa—. Es realmente el huatan perdido del que se habla en Las Escrituras... y ¿será posible que encontremos la mismísima Jhayyam-i-Jaah, la Fuerte de la Eternidad, donde fluye el Agua de la Vida? —Al observar la mirada de M’Cord, rompió su monólogo—. Observa el lugar sagrado del Pueblo, extranjero a quien llamo mi hermano. Aquí fue donde, hace un billón de años, los dioses vivían entre la gente, entre los Primeros, a quienes promovieron a la condición humana desde las oscuridades de la bestialidad.

Su voz se quebró y de pronto le hizo un ademán para que no hablase. Un extraño llamado ululante se oyó vibrar en medio de la oscuridad verde-dorada, muriendo luego en temblorosos ecos. No parecía el grito de una bestia, ni siquiera el de un ave, si es que las aves existían en ese extraño edén. Tenía algo de siseante, algo singularmente disorde y amenazante.

Los ojos de Thaklar adquirieron una expresión peculiar.

—¿Es posible? Pero, después de todo, ¿por qué no?... si el Valle se encuentra aquí, tras la Barrera, y las bestias y flores... ¿por qué no va a ser lógico que los Guardianes existan realmente, también? ¡Ven, Gort, hermano mío, debemos bajar a los jardines!

¡Rápido, antes que estos imprudentes e insolentes idiotas se inmiscuyan en algún poderoso misterio y nos pierdan a todos!

Sin hacer preguntas, M’Cord lo siguió. Penetraron en el extraño bosque. Densas tinieblas verdeazuladas los envolvieron; el pasto húmedo crujía bajo sus pies. Vaharadas de exquisitos perfumes provenientes de increíbles flores, pálidas y luminosas como lirios de inmensos pétalos y delicados como encaje, impregnaron sus sentidos. Ojos relucientes les observaban desde las sombras; pero no había temor en aquellos ojos, ni siquiera sobresalto. Simplemente observaban, tranquilos y como al

descuido.

Thaklar y M' Cord llegaron a un claro. Allí corría un arroyo que serpenteaba a través del bosque. Inga estaba de rodillas junto a la hierba de la orilla, mirándose el rostro en las aguas. Los ojos que levantó hacia ellos eran vagos y soñadores; poco a poco se aclararon y les sonrió vacilante.

—¿Quién hubiese podido imaginar jamás la existencia de un lugar como éste en un mundo sombrío e inhóspito? —murmuró.

Casi como en respuesta a su pregunta, les llegó el fluido gorjeo de un ave desde las profundidades del bosque. Thaklar gesticuló frenéticamente para que se mantuvieran en silencio. La muchacha sueca se puso de pie y se acercó a ellos; clavaron sus ojos en las profundidades de las tinieblas como si la vista por sí sola pudiese penetrar hasta sus más recónditos rincones y descubrir sus secretos.

Una muchacha y un muchacho salieron del bosque a mirarlos.

Eran niños, casi adolescentes, de trece o catorce años a lo sumo. Sus delgados cuerpos, bronceados, estaban desnudos, sin ropas ni adornos, a excepción de unas enormes flores rojas, semejantes a hibiscos, que la muchacha llevaba entretejidas en su larga cabellera. El muchacho estaba desnudo pero en una delgada mano sostenía un ramo de capullos.

Los niños les miraron extrañados, hablando entre ellos. Entonces la niña señaló sus vestimentas, que se encontraban polvorientas y con huellas del viaje, y rompió a reír con una risa que era un trino, a la cual el joven unió la suya, del más puro tenor.

Observaron a los niños, tan inocentes y desprovistos de vergüenza como si desconocieran que hubiese una razón para cubrirse. Eran ágiles, hermosos y de baja estatura; el niño tenía el pelaje corto de los marcianos, y la niña, una larga catarata de sedoso cabello negro que caía hasta sus nalgas, pequeñas y redondas. Sus rostros eran risueños y traviosos, los ojos ligeramente rasgados, de color ámbar dorado.

Thaklar se dirigió a ellos en la Lengua, que se hablaba universalmente en todo Marte. Los niños escucharon inclinando sus cabezas, pero no respondieron.

—Pero... si trinan y gorjean como... como pajarillos —dijo Inga lentamente—, es como si no conocieran la existencia de un lenguaje y sólo usaran la voz para cantar y parlotear con...

Los ojos de la niña se abrieron desmesuradamente cuando, en un momento dado, la luz verde dorada se reflejó en el cabello rubio de Inga. Sus labios rosados se curvaron en un gesto de sorpresa y emitió un sonido de una nota, como una campanita. Luego se adelantó y extendió un brazo para tocar el brillante cabello de Inga en una caricia. Inga trató, ávidamente, de hablarle a la niña, pero ésta no prestó atención a sus palabras, absorta en los brillantes bucles rubios.

Entonces su mirada se detuvo en el niño. A la orilla de la corriente, éste arqueó su cuerpo, se zambulló y con el agua a la altura de su pecho, comenzó a recoger grandes flores acuáticas, parecidas a los lotos, y enlazó los tallos alrededor de su cintura, de manera que las flores colgaron de sus angostas caderas. Lanzó una risita y se

estremeció ante el húmedo contacto de las flores: luego se levantó ágilmente y comenzó a danzar en medio del claro mientras la guirnalda de flores se balanceaba al ritmo de la danza.

—Están en la edad de la adolescencia —murmuró en voz baja M’Cord—, pero se comportan como niños...

La atención de la chica se desvió del cabello de Inga. Como un hada dorada de algún antiguo fresco, se deslizó al borde de la espesura y desapareció sin siquiera volver la mirada, tan indiferente y falta de curiosidad como la criatura felina que M’Cord había visto unos momentos antes.

El niño desnudo se aburrió repentinamente de su taparrabo de flores acuáticas, se las arrancó y las dejó caer sobre el césped. Un momento más tarde, su delgada silueta desapareció en las profundidades del bosque en dirección opuesta a la que había tomado la muchacha-niña.

M’Cord se estremeció. Tal infantilismo e inocencia eran anormales y vagamente siniestros. Esos luminosos ojos amarillos tenían brillo pero parecían sin alma; era como si hubiese escasa inteligencia tras ellos. Estaban... vacíos.

Súbitamente sintió frío. Si ése era el Edén, ¿por qué sentía miedo?

Aproximadamente una hora más tarde salieron del bosque a la llanura central de Ophar.

El bosque raleaba casi imperceptiblemente al acercarse a los prados. A medida que se aproximaban, los claros se hacían cada vez más frecuentes, con manchones de curiosos árboles de hojas azul y plata. Luego las arboledas se interrumpían para dejar lugar a extensiones de musgosos prados. Por último, sólo quedaban grupos aislados de seis o siete árboles que rompían el suave paisaje de la llanura.

M'Cord calculó que debían de haber recorrido unos nueve kilómetros hasta llegar al centro de Ophar, No tenía la menor idea de dónde podía estar el resto del grupo.

Frente a ellos, a la distancia, hacia el centro del Valle, se levantaba un círculo de árboles. A falta de otra meta, se dirigieron hacia ellos.

M'Cord aún sentía la pierna como muerta, pero ya no le dolía. En verdad, sentía una frescura y vigor que hacía mucho tiempo no experimentaba. El aire del Valle era más rico en oxígeno y más húmedo que en las demás partes del planeta; ése, por sí sólo, podía ser el motivo de que se sintiera tan bien.

Era imposible adivinar la profundidad del Valle: quizá trescientos, seiscientos u ochocientos metros bajo el borde del cráter, quizás más. No había manera de saberlo, pero habían descendido por una ladera muy suave durante un largo tiempo. Era obvio que el aire más denso, más rico a esa profundidad, era la causa de la vegetación. En Marte, al parecer, al igual que en la Tierra, la vegetación exhala oxígeno puro: el efecto era como encontrarse en un bosque de pinos donde el aire parece más diáfano y fresco que en ninguna otra parte. Lo parece porque es así. Y si la barrera de ilusión era algo natural, causada por un fenómeno de inversión, sin duda retenía la humedad, más pesada que el aire, en las profundidades del Valle.

Levantó la vista hacia el extraño "cielo" que no era otra cosa que la barrera de ilusión vista desde abajo. Ese cielo era una piscina de pálida luminosidad verde, surcada por vibrantes ondas.

Se aproximaron al anillo de árboles. Eran seis o siete y se encontraban distribuidos con extraña simetría, regularmente espaciados, casi como si hubiesen sido plantados deliberadamente de esa forma. Eran distintos a los que habían visto en el bosque. Una de las diferencias era que los elementos que se entremezclaban para formar su tronco eran de un rojo satinado, en vez de negro. La otra diferencia era que... se movían.

Las ramas, como las de los sauces, se agitaban continuamente con la elegancia de los reptiles. Esto llamó la atención de M'Cord desde el principio, hasta que hubo cojeado lo suficientemente cerca para verlas bien a través de la tenue bruma del atardecer. Pero lo que lo heló de espanto fue que, aunque las flexibles ramas ondulaban lenta y regularmente... ¡no había viento allí que las moviese!

Y tan pronto como entraron al círculo de árboles M'Cord tuvo conciencia de que

ojos invisibles estaban posados sobre ellos. Sus compañeros también sintieron la presencia de observadores ocultos; Thaklar gruñó y se estremeció, el pelaje de su cabeza se erizó como cerdas y sus ojos amarillos escrutaron rápidamente un lado y otro. La muchacha, Inga, tembló, y se acercó más a los dos hombres, con los ojos desorbitados en medio de la palidez de su rostro, ensombrecidos por un vago terror indescriptible.

No era que los invisibles fuesen amenazadores. Tenían la impresión de que no eran malignos, pero sí astutos. Los que los observaban lo hacían muy atentamente, sin saber si ellos eran amigos o enemigos. ¿Eran los árboles acaso?

Si era así M'Cord se sintió mejor una vez que hubieron traspuesto el círculo para entrar en el recinto que enmarcaban.

Y aquí se encontraba... ¡un jardín!

No cabía otra palabra para describirlo. Crecían grandes flores delicadas y en cuidados macizos; arroyuelos, evidentemente artificiales, serpenteaban entre los arbustos y caían cantando en cascadas en miniatura. M'Cord observó que no había flores marchitas, ni tallos muertos o pétalos caídos que rompieran la suavidad del musgo zafiro que allí crecía. Era como si las manos de invisibles jardineros arrancaran cualquier imperfección o signo de vejez.

—Los Jardines de los Ushongti —murmuró Thaklar, casi para sí mismo, pensativo—. Pero... ¿dónde están los Guardianes?

Ushongti.

M'Cord sabía de qué se trataba: eran los genios guardianes de los antiguos mitos. Había visto muchas veces su apariencia mítica tallada en puertas de mármol y en monolitos de piedra de las ciudades muertas. Recordaba sus facciones. Eran gigantes con feroces colmillos curvados sobre bocas que parecían incisiones desprovistas de labios, y de inmensos ojos penetrantes; le vinieron a la memoria las frentes con tres cuernos, que siempre le recordaban el tridente de Neptuno, y sus alargados lóbulos. En verdad, ¿esperaría Thaklar encontrarse con sombríos gigantes salidos de cuentos de hadas?

Pero ¿por qué no? Después de todo, el jardín mismo en que se encontraban era algo que pertenecía a los mitos ancestrales. Y si éste existía, ¿por qué no, también, las sobrenaturales criaturas?

Llegaron a un plácido lago, lleno de agua fresca, la fuente que alimentaba los arroyos.

Y allí, junto al borde, se encontraron con una estatua tallada en resplandeciente piedra escarlata que representaba a un enorme saurio de abultado vientre, dormitando al sol.

Luego, éste volvió la cabeza y los miró.

Más tarde —horas, tal vez, aunque era difícil establecerlo con exactitud en ese valle de un eterno crepúsculo, donde no había amaneceres ni atardeceres, mediodías ni ocasos— llegó Nordgren. Estaba encendido y afiebrado; venía tan distraído que

apenas notó que su hermana se encontraba con Thaklar y M'Cord.

Se hundió, temblando de excitación o de cansancio, en la alfombra de musgo azul junto a ellos y recibió, con manos ausentes, las frutas maduras que le ofreció Inga en la fuente de la cual habían estado comiendo perezosamente. Hablaba consigo mismo en un lenguaje que M'Cord no conocía... quizás su idioma nativo, el sueco. Estaba tan distraído que apenas se sobresaltó cuando llegó el Anciano, tambaleándose, para volver a ofrecerles un vino suave y dulzón.

Los enormes ojos púrpura le observaron serenamente, y luego se volvieron a M'Cord.

... Los otros llegarán pronto: tres de ellos, dos machos y una hembra... los estamos llamando, como lo hicimos con este del pelo...

—Lo sé; gracias —respondió M'Cord asintiendo.

La voz fina y fría que había susurrado estas palabras en su mente sin necesidad del lenguaje oral, calló. Los sabios ojos púrpura, en los que jugueteaba un dejo de regocijo, observaron a Nordgren minuciosamente.

... Parece estar trastornado, tal vez su mente ha sufrido un daño, ¿o sufre de alguna enfermedad?...

Inga le respondió en tono amable que su hermano actuaba a menudo así. El Anciano se encogió de hombros filosóficamente —un gesto demasiado humano, pensó M'Cord— y comenzó a escanciar el vino en cuclillas, como un extraño ídolo de piedra roja, como la estatua que parecía a primera vista.

Era extraño, pensó M'Cord al observar afectuosamente al solemne saurio, el gran parecido que habían logrado los marcianos al representar a los Ushongti en sus tallas. Los grandes ojos, sagaces aunque jocosos, aparecían convertidos en penetrantes miradas amenazadoras y se había exagerado la cresta trilobulada, transformándola en cuernos. Pero los brazos, con sus curiosas zarpas de cuatro dedos, estaban reproducidos fielmente, al igual que la abultada barriga que daba a los saurios escarlatas un aspecto tan cómico que hacía imposible temerles. Una vez que se fijaron los convencionalismos referentes a los cánones del arte, imaginó M'Cord, los saurios fueron reproducidos sin alteraciones por los siglos de los siglos. Y había pasado un billón de años desde la primera vez que un marciano había visto a un Ushongti, según les informó el Anciano.

Nordgren bebió con aire ausente el vino que Inga le sirvió en un vaso de piedra; gradualmente se fue aclarando su mirada enloquecida y desorbitada y comenzó a salir de su estupor. Pestañeó, mirándoles sorprendido.

—¿Tú aquí... Inga? Me preguntaba qué habría sucedido con todos ustedes... Es extraño que todos hayamos comenzado a vagar desde el momento en que llegamos al verdadero Valle bajo la ilusión... como si estuviésemos todos borrachos, o drogados, o algo...

—Sí. Yo también lo advertí —dijo M'Cord en un bostezo.

—Un trauma... eso es... un *shock* traumático, producto de la súbita transición a

este asombroso lugar; y la extraordinaria cantidad de oxígeno del aire debe de habernos estimulado impetuosamente... confundido...

Se calló para observar admirado al Anciano, que estaba sentado sobre sus ancas, con los brazos cruzados cómodamente sobre el abultado vientre y su corta y tiesa cola estirada tras él de modo que parecía un canguro. Tras un rato, Nordgren se acordó de cerrar la boca. No se sobresaltó ni sintió miedo por la apariencia del enorme saurio provisto de inteligencia. Telepáticos por naturaleza, los saurios escarlatas irradian parte de su propia placidez y serenidad, y de su apacible sosiego, a todas las mentes receptivas. Luego del momento inicial de temor y asombro, se les acepta como lo que son, los eternos Guardianes de Ophar, de edad indefinible, destacados allí por los dioses para cuidar el jardín y para vigilar todo lo que habita en los ámbitos del Valle.

Inga dormía recostada sobre el musgo salpicado de flores, su rostro extrañamente relajado y tranquilo como el de la muchacha-niña que habían encontrado vagando desnuda por los bosques. Con el sueño, los duros surcos producidos por el cansancio y la preocupación se habían borrado.

M'Cord bostezó, sintiendo sueño también. Se había bajado el cierre del traje a medias, ya que el ambiente era cálido y agradable. No había necesidad de desempacar el saco térmico; era mejor echarse donde el sueño lo sorprendía y dormir allí.

Nada podía hacerles daño en ese lugar idílico, les había dicho el Anciano. Al menos mientras no rompieran la paz.

... Tu pierna ha sido dañada cruelmente y ha sanado mal, dijo el susurro del Anciano muy dentro de su mente; yo la cuidaré mientras duermes...

—Sí, hazlo. Ahora dormiré... —musitó el terrestre. Luego se echó y durmió; y en sueños hubo niños levemente bronceados que vagaban desnudos y libres de vergüenza por un jardín donde no existía el tiempo, donde el dolor, la muerte y el terror nunca llegarían.

M'Cord no supo cuánto había dormido... Tal vez diez horas o más. Pero cuando al fin despertó, vio que durante la "noche" habían llegado Chastar y Phuun, "convocados", como decía el Anciano en su extraña fraseología casi proverbial.

El jefe de los forajidos estaba sobrio y purificado, y Phuun mismo parecía curiosamente distinto, más voluble y menos encerrado en sí mismo. M'Cord ya había descubierto (sin comprender cómo ni por qué) que había algo en la atmósfera del Valle que cambiaba a las personas de modo muy especial. Ni siquiera trató de descifrar si eso se debía al aire húmedo, más cálido y rico en oxígeno, o a alguna influencia telepática transmitida por el Ushongti... o a ambas cosas a la vez.

Pero mucho más sorprendente que todo esto era el cambio sufrido en su pierna. Durante la noche había... ¡sanado! Completamente. La insensibilidad y el palpitante dolor habían desaparecido. Ya no tenía que cojear, arrastrándola tras sí como un peso muerto. Los músculos desgarrados eran ahora flexibles y dóciles; la pierna, milagrosamente, había vuelto a ser normal.

Aun la cicatriz se había borrado. El largo surco que había quedado donde las venenosas zarpas del gran gato del desierto desgarraron su carne desde la cadera al tobillo había desaparecido como si nunca hubiese existido; la carne estaba firme y la piel no presentaba ni siquiera un leve rasguño.

El Anciano había prometido "curarla" mientras M'Cord dormía; y ¡era obvio que había cumplido su promesa!

Con su pierna en perfectas condiciones, M'Cord se sentía eufórico, rejuvenecido. Siempre había tratado a su cuerpo duramente, usándolo, exigiéndole mucho. Lo había obligado a llegar a ser la poderosa y ágil herramienta que su vida errante requería que fuese. Cuando el gran gato del desierto lo había dejado lisiado, sintió, oscuramente, como si se hubiese traicionado a sí mismo de algún modo. Lo había amargado y envejecido; lo había hecho sentirse viejo e inútil. Ahora todo eso había cambiado; el Valle había obrado su primer milagro.

Pero probablemente no el último, pensó.

Varias cosas habían sucedido durante la noche, mientras dormía... aunque "noche" era un nombre inadecuado en este lugar sin tiempo donde ellos se habían aventurado, en este dominio donde no existían las familiares gradaciones de luz y oscuridad entre las que habían transcurrido sus vidas. Aquí no había amaneceres, mediodías ni atardeceres, sólo una perpetua e invariable bruma como de sueños. Un crepúsculo jade-topacio que no se oscurecía jamás; un jardín eterno. Otra novedad era la carpa.

Nordgren conservaba gran parte del convencionalismo puritano de sus burgueses antepasados suecos. Le parecía que echarse a dormir sobre el musgo era como ponerse a comer lotos, le chocaba como algo inadmisibile; la gente civilizada dormía en camas, o por lo menos en bolsas de dormir, pero sobre todo, ocultas en la

intimidad de las carpas. Así, despabilándose del sopor de Ophar, insistió en desempacar una carpa. La levantó con la ayuda de Inga, mientras los Ushongti sentados sobre sus ancas como canguros, con las garras escarlatas entrelazadas sobre sus vientres, observaban con ojos asombrados el incomprensible comportamiento de aquellos extranjeros.

La carpa habría parecido fuera de lugar aun en las desiertas planicies o en las rocosas gargantas del Sinus. Aquí parecía como la tosca inscripción de un sepulcro subterráneo garrapateada sobre el frente del Partenón.

Se trataba de un carísimo equipo terrestre fabricado por Abercrombie-Fitch Bonwits, de nueve capas de nioflex al vacío, con cierres de presión y provisto de elementos termoeléctricos cosidos entre los revestimientos interiores. Se veía tan fea como una casa rodante en medio de los Campos Elíseos, y tan inútil como un conducto de desagüe en el Valle de la Muerte. Pero los cánones de la civilización regían para el aséptico puritanismo de Nordgren... ¡aun en el Paraíso! De modo que allí pasaron la noche, él y su hermana, mientras los demás dormían sobre el césped azul dondequiera que los sorprendiese el sueño.

M'Cord se encogió de hombros. Poco le importaba. Comenzó a quitarse las ropas. La laguna era de agua de verdad, fresca y pura, el lujo más exquisito que se podía concebir en este mundo desierto: y hacía ya más de un año que no disfrutaba de algo ni remotamente parecido a un verdadero baño.

Para evitar ofender la sensibilidad del científico sueco, o la de su hermana, M'Cord se bañó tan pronto como se levantó. Nadie aún se movía, salvo unos pocos Ushongti que se tambaleaban entre las flores ocupados en pequeñas tareas hortícolas. Bajo su estropeado y manchado traje térmico M'Cord llevaba una blusa de tela plástica de mangas largas y cuello alto, del tipo que se limpian solas repeliendo la suciedad y la humedad electrostáticamente al enchufarlas a una batería durante la noche. La camisa, alguna ropa interior del mismo material y medias gruesas, era todo lo que usaba un trabajador en Marte bajo sus trajes térmicos.

Una vez que se hubo relajado y refrescado salió goteando de su largo baño en la laguna. Mientras esperaba que su cuerpo se secase con la brisa sintió un peculiar rechazo a vestirse nuevamente. En ese lugar de clima veraniego, donde los mosquitos eran desconocidos y donde ni las rosas tenían espinas, no había necesidad alguna de usar ropa, excepto por pudor. Tendido sobre el musgo miró la arrugada vestimenta que había dejado amontonada. Los niños del bosque habían solucionado correctamente el problema, pensó, y parecían tan inocentes sexualmente como un recién nacido a pesar de su aparente adolescencia.

Cuando Nordgren emergió finalmente de la sofocante monstruosidad de nioflex que había escogido para pasar la noche, encontró a M'Cord casi desnudo, solo con su ropa interior, que había transformado en "shorts". Había desechado incluso sus botas. El científico se escandalizó, pero la idea prendió en los demás tan pronto como se levantaron y vieron a M'Cord con su nuevo atavío.

Chastar cortó sus yiog'a de lana y se hizo un corto taparrabos: pero conservó su cinto y cananas y el infaltable látigo que, al parecer, veía como un símbolo de su masculinidad. Zerild se rio ante el recato de M'Cord al quedarse semidesnudo y lentamente se desnudó para la zambullida matinal ignorando a los hombres que la miraban con abierto placer. M'Cord la observó sonriente comenzando a comprender por qué era capaz de estimular a un hombre como Thaklar hasta llevarlo a una pasión ciega. Era delgada y fuerte como un muchacho, de un dorado tostado, la seducción misma, esbelta como una pantera, elástica y hermosa, pensó... y casi tan peligrosa como ésta.

Después de nadar —y se preguntó dónde podría haber aprendido la bailarina marciana un deporte terráqueo en ese mundo desértico— reemplazó su traje de viaje por un corto taparrabos y todas las joyas que poseía. El efecto era de una tentadora desnudez primitiva; M'Cord disfrutaba mirándola y ella parecía gozar con la provocación. Luego de haber gastado algunas bromas obscenas, Chastar se sentó a observarla, con la frente sudorosa y una mirada devoradora en sus ojos entrecerrados. "Habrá problemas con Chastar muy pronto", pensó M'Cord con desaliento.

El desayuno consistió simplemente en unas frutas maduras, un vino liviano y efervescente, y bizcochos de una exquisita pastelería, desconocida para todos, que el amistoso saurio les sirvió en platillos de madera hermosamente tallada y pulida.

Cuidando de mantener sus ojos alejados de Zerild, que yacía con sus largas y flexibles piernas estiradas, moviendo lánguidamente los pequeños dedos de sus pies mientras mordisqueaba una lustrosa fruta, Nordgren inició una disquisición científica acerca de Ophar.

—Es verdaderamente increíble, pero ayer pude reconocer trece especies ya extinguidas, todas florecientes a pesar de haber desaparecido de Marte antes de finales del Pleistoceno —dijo con el brillo de un fervor escolar escondido tras sus gruesos lentes—. Aquellos árboles, por ejemplo; las flores... ¡ni siquiera tenemos fósiles de ellas! Pero lo más asombroso de todo son los Ushongti... Dense cuenta: dos razas inteligentes que viven aquí en un parentesco simbiótico; una claramente humanoide, y la otra una especie hasta ahora desconocida de reptiles de sangre caliente. Nadie imaginó jamás nada parecido. Sabemos que en la ecología de Marte predominaban los reptiles sobre una especie mamífera mucho más escasa que aún sobrevivía; hasta ahora se presume que lo que simplemente sucedió fue que la biosfera marciana comenzó a perder rápidamente sus capacidades vitales, durante el equivalente marciano de nuestra Edad de los Reptiles; esto quiere decir que pocos mamíferos habían siquiera comenzado a evolucionar cuando el planeta comenzó a morir, a secarse sus mares, a marchitarse su vegetación y a perderse su atmósfera en el espacio una vez que el debilitado campo gravitatorio fue incapaz de retenerla. Pero... una raza de reptiles con inteligencia: ¡reptiles telepáticos! Es asombroso.

Siguió parlotando excitado con su habitual tartamudeo, hablando más consigo mismo que con M'Cord, quien le prestaba poca atención, profiriendo sólo algún

gruñido por cortesía de vez en cuando. Pero la última parte del discurso llamó la atención de M'Cord.

—Si es como dice, doctor, ¿cómo explica la existencia de los marcianos mismos? A mí me parece que constituyen una raza humana. Descendientes del gato o no, el proceso de su evolución ha sido muy largo.

Nordgren asintió entusiasmado, agitando sus largos y lacios mechones de cabello rubio sobre la frente pálida.

—Sí, ha puesto usted el dedo justo en el punto débil de la ciencia ortodoxa — tartamudeó ansiosamente—. Para evolucionar hasta llegar al actual ser humano se requiere una larga historia de linaje mamífero, o así debería ser, al menos. Pero el origen de los marcianos es un misterio que aún queda por resolver y hay pocas pistas para seguir. Algunas eminencias sugieren una impresionante mutación, un enorme salto de un millón de años de evolución normal entre dos generaciones. Hay algo a favor de esta hipótesis, ya que la enrarecida atmósfera de Marte permite penetrar mayor número de radiaciones que la de la Tierra aumentando enormemente, de este modo, las probabilidades de mutación...

Se interrumpió con la mirada perdida en la distancia del Valle.

—No sería raro —susurró— ¡que la respuesta a esto resultara ser el tesoro o secreto que hemos venido a buscar! Los nativos mismos dicen que sus dioses hicieron a los Primeros de la carne de las bestias, ésa es la traducción literal del jarad-izha. Podemos descartar el asunto acerca de sus dioses sólo como un mito antropomórfico, el mismo y familiar punto de vista homocéntrico acerca del mundo que dio auge a Prometo, Odín, Jehová y otras concepciones simplistas de los primitivos. Pero en algún lugar de este Valle, que parece escapar de las alteraciones del tiempo, podemos encontrar la cuna de la evolución misma, el secreto de la vida.

M'Cord se estremeció repentinamente, sin ninguna razón aparente.

El clima era aquí cálido y estival. ¿Por qué, entonces, sintió el frío hálito de lo Desconocido sobre su desnudez?

Un poco después, aquella tarde, M'Cord se sintió inquieto y decidió dar un paseo.

Thaklar había desaparecido; al parecer, para dar un paseo por su cuenta. Zerild dormitaba, dorada y desnuda sobre las flores, indiferente como una ninfa. Nordgren se encontraba explorando en algún lado y, en cuanto a Phuun, que había encontrado los tiestos de barro en los que los Ushongti almacenaban sus vinos en fermentación, el exceso de bebida lo tenía sumido en la inconsciencia. Nadie sabía hacia dónde se había dirigido Chastar. Sólo quedaban entonces M'Cord e Inga.

—¿Qué te parece si damos un paseo? —la invitó—. Ahora que tengo mi nueva pierna, o la vieja nuevamente, o lo que sea, tengo deseos de moverla un poco. ¿Quieres venir?

Ella se encontraba inclinada transcribiendo las notas de su hermano. Lo miró sin verlo realmente.

—¿Un paseo?... Karl dice que debemos mantenernos siempre cerca del campamento —murmuró.

—Deja que Karl se mantenga todo lo cerca que quiera del campamento —gruñó—. No hay nada aquí que pueda hacernos daño. Vamos, es un día demasiado hermoso para perderlo garabateando todo este asunto.

Lo miró ansiosamente.

—Sería agradable, pero Karl dice...

Hizo un ruido grosero diciéndole: ¡Eso es para Karl! Lo único que sabes decir es "Karl dice... ". Vamos. Eres una mujer. Deja que la ciencia siga su curso sin ti por una hora.

—¡Estiremos un poco las piernas!

—Bueno, un ratito —replicó—. ¿Hacia dónde vamos? —Indicó a su derecha, más allá del lago en miniatura.

—Ninguno de nosotros ha ido hacia allá; llegamos de este otro lado. Así es que veamos lo que haya que ver.

Asintió sumisamente y echaron a andar. M'Cord se sentía tan contento y vivaz como un muchacho; no sólo era el Paraíso mismo el haberse librado del dolor y de la pierna que tenía que arrastrar, sino que además se sentía alegre de espíritu como no se había sentido en muchos años. Comúnmente taciturno, se encontró a sí mismo bromeando y haciendo payasadas, tratando de sacarle una sonrisa a ella, de insuflar un poco de alegría en su ánimo apagado. Quería verla reír. La visión de aquella dorada niña desnuda en el bosque lo tenía obsesionado; era fresca y libre, reía y estaba viva de verdad. Inga debía de ser así, pensó, y se preguntó qué sería lo que habría en su mente, personalidad o pasado, que la mantenía casi todo el tiempo solemnemente silenciosa y retraída.

Ella comenzó a transpirar por el traje térmico que llevaba puesto, cerrado recatadamente hasta el cuello.

—¿Por qué no te sacas esas ropas? —le preguntó.

Ella le echó una rápida mirada sorprendida; su expresión estaba tan llena de horror instintivo que él rompió a reír.

—Espera, no quiero decir que andes por ahí tan desnuda como Zerild, ¿pero estás segura de que no tienes algo más fresco que ponerte?

—Karl dice... —comenzó a decir tímidamente.

—Karl dice, Karl dice —la imitó haciendo una mueca—. ¿Es que jamás dices "Inga quiere", sea lo que sea lo que Inga quiera? Hablas acerca de él como si fuese hermano, padre y marido al mismo tiempo.

Sin transición, la encontró llorando.

Ni un solo sonido escapaba de sus labios apretados. Pero grandes lágrimas brotaron una a una de sus ojos, para correr después por sus mejillas. Su expresión de angustia era tan aguda y tremenda que M' Cord se asustó.

—¡Ea! —le dijo avergonzado—. Lo siento. ¡En verdad! El problema es que hablo demasiado, de cualquier modo, no me hagas caso. No era mi intención hacerte llorar...

Se calló, pues ella se había detenido súbitamente. Miraba algo que se encontraba fuera de su campo visual y su expresión era de tal asombro que no había lugar para angustia o lágrimas.

Se volvió para descubrir qué la había sorprendido... y lo vio.

A unos siete metros de donde se encontraban se levantaba un pabellón en medio del musgo azul. Tenía un estrado circular de tres escalones por sobre el nivel del prado que luego bajaban a un vacío sin fondo como un enorme cáliz.

Estaba techado por un domo circular suspendido por siete delicados pilares tallados en espiral, semejantes a cuerno de unicornio.

Todo aquel pabellón, con su estrado de tres peldaños, su concavidad en forma de cáliz, sus pilares en espiral y su domo curvo, estaban tallados en un cristal puro como el rocío.

El domo había sido cortado y pulido como un lente gigantesco; el cristal del lente magnificaba el tenue resplandor que caía sobre él, transformándolo en un torrente de luz.

Y estaba lleno hasta el borde de luz... viva.

Una luz blanca, intolerablemente brillante, una inmaculada radiación, transformada de alguna manera en líquido. Un incandescente líquido blanco bullente como la espuma.

Observaron extasiados, embelesados.

La sensación de encontrarse en un lugar sagrado los conmovió; casi se arrodillaron ante el cáliz de cristal, pero algo los retuvo.

El lugar respiraba vida. La frescura del ambiente era como el aire de los jardines de abril recién bañados por una lluvia primaveral. La alegría los invadió sin razón alguna; la sangre cantaba en sus venas. Sus mentes rebosaban de gozo y la fragancia

de la rosa del Edén inundaba sus sentidos.

Se sintieron jóvenes, exuberantes, livianos, libres. Se olvidaron de sus cuerpos, dejaron de sentir el peso de la carne sobre sí, el sórdido gorgoteo de los humores, el apagado bombeo y las contracciones del corazón, y los pulmones inflándose y desinflándose como adiposos fuelles. Se sentían sólo espíritu, exaltados, inundados de alegría, llenos hasta los bordes de luz tal como lo estaba la fuente de cristal.

Por supuesto, sabían qué era aquello.

Jhayam-i-Jaali, la Fuente de la Eternidad donde bulle por siempre la gloriosa Agua de la Vida...

Miles de leyendas proclamaban a este lugar como sagrado. Mil siglos lo santificaban al igual que, en otro mundo, se santificaron otro jardín y un Árbol.

Los dioses eternos de Marte habían morado allí, hacía un billón de años.

Allí, los Eternos habían hecho al hombre. Le habían dado vida y forma con la carne de las bestias. Habían introducido en su cerebro la chispa divina de la razón e inteligencia que resplandecía por sobre la sombría bestialidad, como una estrella que brilla a través de la turbia humareda de la guerra.

Se habían tomado de las manos, como niños, sin darse cuenta.

Se volvieron para mirarse a los ojos y cada uno vio reflejados en el otro el mismo misterio y temor.

En medio del deslumbramiento que los envolvía, se abrazaron. Instintivamente sus cuerpos buscaron el calor animal como protección ante la sobrecogedora presencia de un misterio sobrenatural.

Y fue entonces cuando Inga vio a su hermano. Con el rostro pálido, húmedo y convulso, y los ojos llenos de ira y horror los maldecía en un débil tartamudeo que vomitaba inmundicias malolientes en medio de la blanca luminosidad de aquel lugar sagrado donde fluía el Agua de la Vida. Y en el que se habían encontrado el uno al otro...

El Anciano les contó algo acerca de ello, pero no demasiado. No era que la reptilácea criatura no quisiese responder a sus preguntas: era que ellos desconocían las preguntas correctas.

Burbujas, o algo muy semejante a burbujas, se desprendían constantemente de la espuma para ser transportadas por la brisa como esferas de luz incorpórea.

... Evítenlas, no deben tocar su piel, susurró un eco en lo profundo de sus mentes. Las burbujas provocan extrañas transformaciones en los hombres, haciéndoles jóvenes nuevamente.

—¿Y eso es malo? —murmuro Chastar a medias para sí mismo con una mueca ansiosa y lasciva.

—¡Los niños dorados que encontramos al entrar al Valle! —tartamudeó Nordgren—. ¿Han sido tocados por esas... esas burbujas?

... Muchas veces, susurró gravemente el Anciano. Algunos de los niños han estado aquí desde el Principio y volvieron a la juventud una y otra vez bebiendo el

Agua... Otros llegaron de ustedes, en busca de la Fuente de la Vida y de su Secreto. Pero fueron poco precavidos y bebieron demasiado. Entonces volvieron a ser como niños, física y mentalmente... El Agua borra de la mente los recuerdos del mismo modo que quita los años del cuerpo... Por lo tanto, ¡escúchenme y cúdense!

Eso fue todo lo que la criatura quiso decirles. De hecho parecía reticente a hablar de la Fuente. Y ahora que el tema había salido a la luz comenzaron a cobrar conciencia de las burbujas sobre las que habían sido advertidos. En todo momento podían verlas flotando llevadas por la brisa. Erraban por el jardín de ensueño, temblorosas como esferas opalescentes, delicadas como el vapor, bellas como mariposas.

Nordgren ardía de excitación. El descubrimiento de la Fuente tenía una importancia tan trascendental que hasta había olvidado su furia al encontrar a M'Cord y su hermana en un trance amoroso. Sólo los fósiles vivientes habían encendido su interés científico a tan alto grado. El Valle, decía, era de alguna forma inmune a las fuerzas ocultas de la mutación y desarrollo, tiempo y evolución. Pero el misterioso fluido de la Fuente resolvía ese enigma al mismo tiempo que planteaba otro de mayor magnitud.

—No cabe duda que el líquido es altamente radiactivo; tal vez contenga algún isótopo en suspensión hasta ahora desconocido, algo que actúa directamente sobre las glándulas retrasando, o incluso aun revirtiendo, el proceso acumulativo de desgaste glandular que conocemos como envejecimiento... Pero si funciona sobre hombres y bestias, ¿no podría tener el mismo efecto sobre la vegetación? Los árboles y las plantas, que nada tienen que se parezca a los sistemas secretores glandulares que se encuentran en los mamíferos, presentan sin embargo un estructurado sistema de envejecimiento. Es probable que las burbujas de la Fuente las toquen al pasar volviéndolas igualmente eternas. ¡Imagínese! —susurró, con sus pálidas facciones ascéticas transfiguradas por el fervor—. Estos árboles, flores y arbustos que representan especies desconocidas o extinguidas hace ya mucho, ¡pueden tener un millón de años cada uno!

Muy tarde, aquel mismo día, M'Cord encontró al fraile bebido como siempre, merodeando bastante inquieto. Estaba apoyado contra una roca cubierta de una gruesa capa de musgo azul salpicado de pequeñas y brillantes florecillas que semejaban gemas diminutas. El marciano pestañeó somnoliento ante M'Cord, que se detuvo junto a él.

—Hola, Phuun. Te lo perdiste. Encontramos la Fuente —gruñó M'Cord y le pareció que algo brilló furtivamente en los ojillos del otro por un instante.

Sus arrugadas facciones se contrajeron en lo que quizás podría ser una sonrisa. Le ofreció a M'Cord una botella de cerámica de vino achampañado. Sin hacerse rogar, el terrestre la aceptó y se tendió sobre el musgo.

—Pronto, será muy pronto... sabíamos que la encontraríamos —murmuró el viejo fraile. Estaba muy bebido, tanto que probablemente ni siquiera sabía que estaba hablando con M'Cord.

—¿Qué sucederá muy pronto? —inquirió M'Cord bebiendo un largo trago de la botella. Algo brilló y desapareció nuevamente en los ladinos ojos del hombrecillo.

—Nuestro poder —susurró—. Seremos reyes, el lobo rojo y yo. ¡Ah, más poderosos que los reyes! Jamás un sagrado Jamad tuvo tanto poder como el que tendremos nosotros. Las vidas y el destino de las naciones serán juguetes en nuestras manos. El lobo y yo seremos como dioses... ¡dioses!

M'Cord le miró extrañado. Esperando que el decrepito fraile estuviese tan bebido como parecía, aventuró una pregunta.

—Phuun, eres un sacerdote, o alguna vez lo fuiste. ¿Por qué tú, entre toda la fauna humana, has buscado a Ophar? No hay ningún tesoro aquí, no hemos visto oro, joyas ni nada que les parezca, hasta ahora; y apostarí que no las hay. De ser así ¿qué esperabas conseguir aquí?

El renegado rio nuevamente y se limpió la boca con el dorso de su mano huesuda.

—Poder... y juventud —murmuró casi para sí mismo—, el más grande tesoro de todos... poder como jamás ha imaginado ningún hombre desde que el mundo era joven. Y la inmortalidad.

—¿Inmortalidad? —repitió M'Cord escépticamente—. ¿Es realmente tan importante? —Pensó para sí mismo que era condenadamente importante, pero esperaba provocarlo para que hablara libremente.

Phuun tomó un largo trago de su botella y cuando la dejó a un lado para recobrar la respiración su vista estaba nublada y su mirada poblada por el fantasma de algún recuerdo o la presencia de una emoción que M'Cord no hubiera podido definir.

Ser joven nuevamente... no morir jamás... ¡Aaay! ¡Dioses! Para no cruzar jamás el Puente de Fuego y presentarse ante los Tres que dormitan por siempre en Yhoom! ... Para no tener que presentarse nunca desnudo y solo ante los Eternos para ser... juzgado.

Hubo algo en su voz cuando susurró ásperamente la última palabra que hizo que a M'Cord se le helara la sangre en las venas. Si era temor, era un temor tan enorme, tan desesperanzado, que se transformaba en terror.

Pestañeó vagamente frente a M'Cord, como si hubiese comprendido finalmente a quién había estado hablando.

—Sí, f'yagh... he hecho cosas en mis días que me hacen temer el Lugar del juicio... porque yo, que una vez fui Siervo de los Dioses y servidor de Sus Leyes, sé demasiado bien el... ¡el precio que debo pagar por lo que he hecho!

Sus ojos vidriosos llenos de terror se tornaron nuevamente vagos y escurridizos. Murmuró desordenadamente para sí mismo, con su arrugado rostro transformado en una máscara de temor y dolor, aferrándose con manos temblorosas a la botella como un hombre que se está ahogando se aferra a un madero.

Se estremeció como si repentinamente hubiese sentido frío.

—Tengo miedo, f'yagh. Temo la vejez porque me acerca a la muerte y después de la muerte debe someterme al juicio de Aquellos Que Dormitan en Yhoorn... ¡Demasiado bien sé el precio y el castigo que me costará lo que he hecho! Quiero volver a ser joven para siempre. ¡Evitar la muerte por siempre! ¡No ver jamás la hora en que mi pobre espíritu sea arrancado de su morada de carne y acosado a través del Puente de Fuego para presentarse desnudo y desvalido ante los Eternos!... Por eso, f'yagh, soy capaz de cualquier cosa; por eso, f'yagh, incluso me atreví a venir, aun aquí, a La Sagrada, a Ophar, afrontando la prohibición de los dioses...

Su voz murió nuevamente en un murmullo y M'Cord tuvo que inclinarse para escuchar sus palabras.

—¡Tú nunca has pecado como yo he pecado, f'yagh! Nunca has hecho aquello ante lo cual tu propia alma se sobrecoge, temblorosa de repugnancia, de tal forma, que al final llegas a odiarte a ti mismo... porque has llegado a ser el compendio de todo aquello que siempre has despreciado y condenado en los demás...

Su voz se apagó y allí quedó murmurando incoherentemente para sí mismo, olvidando la presencia de M'Cord. El terrestre lo miró desdeñosamente. Llegó a sentir lástima por el viejo.

La vida de M'Cord había sido muy dura y el código por el cual se regía era muy estricto. Tenía poco lugar para la lástima pero le pareció normal sentir compasión al observar la degradación a la que había llegado aquella criatura que alguna vez había sido un sacerdote.

Algo que había murmurado el viejo un poco antes le refrescó la memoria. Se reclinó sobre un codo y le llamó la atención.

—Phuun... ¿por qué supones que encontrar el Valle y la Fuente les dará a ti y a Chastar tanto poder? Este lugar está prohibido, los hombres lo rehuyen. Encontrarlo es un pecado para tu religión. ¿Cómo esperas obtener el poder que deseas en una situación semejante?

La mirada esclerosada del viejo vagó de un lado a otro y de pronto se fijó en él.

Su rostro macilento esbozó la mueca de una sonrisa ladina y gozosa, claramente enfermiza.

—Aquel que posee el secreto de La Sagrada —susurró ásperamente— tiene el poder en sus manos. ¡Piensa, imbécil! Este valle... este jardín y todo lo que contiene ¡es sagrado para el Pueblo! Desde el blanco polo norte al blanco polo sur, no hay hombre o mujer que no diese su vida para proteger a Ophar de la profanación.

Esa palabra quedó vibrando entre ambos. Parecía un eco en la mente de M'Cord que se repetía una y otra vez, interminablemente.

Phuun sonrió. Una repelente sonrisa de triunfo y de desprecio por sí mismo.

—La noticia se extenderá desde aquí a las Nueve Naciones. El lobo, su mujer y yo ejercemos nuestro dominio sobre La Sagrada. Si los creyentes del Pueblo no desean que manchemos los lugares sagrados con blasfemias irrevocables que profanarán a Ophar para siempre, traspasarán su poder a nuestras manos, y dominaremos... y nos obedecerán en todo... porque nuestro rehén será el Valle DONDE NACIÓ LA VIDA... —Comenzó a reír y a reír...

Capturar el huatan de Ophar... ¡y mantenerlo con la amenaza de profanación hasta que las Nueve Naciones capitularan ante sus demandas!...

M'Cord se puso de pie, tembloroso, y se alejó del lugar donde yacía Phuun, saturado de vino, deleitándose con un pecado que lo enfermaba incluso a él mismo.

M'Cord no profesaba ninguna religión, ni siquiera la neocristiana en medio de la cual había nacido. No reverenciaba a ningún dios o iglesia. Pero ése era un asunto personal, algo que sólo discutía con su propia alma. Y no sentía desprecio o irritación ante la fe de otros hombres. En verdad, tenía un cierto grado de respeto por el antiguo culto de los marcianos cuya religión era millones de años más antigua que cualquiera de los credos de su propio mundo.

Aun para él, el pecado de Chastar y Phuun era algo impío. Aun él retrocedía con horror y estupor ante lo que planeaban. Era como si una secta de musulmanes hubiese planeado el robo de la Piedra Negra de La Meca... ¡la reliquia más venerada del gran santuario del Islam!

Era como si algún cristiano renegado se las arreglara para exigir rescate del mismísimo jardín del Edén...

De pronto comprendió que debía encontrar a Thaklar para contarle la atrocidad que planeaba Chastar. Porque si ese sacerdote enfermo de alma y aquel forajido loco tenían éxito en su grotesco golpe tomarían el control del planeta mismo. Podrían lanzar al mundo desierto a la guerra sagrada más devastadora que cabría imaginar. Podrían dar un golpe de gracia al corazón de una antigua civilización. Podrían destruir un mundo. ¡O volverlo loco!

# SENDA DE LA PAZ

## 22

Se dirigió a los jardines centrales, al sector cercano a la laguna que era generalmente el campamento de los seis. Lo hizo temerariamente saltando por sobre los pequeños arroyos, pisando con desenfado los macizos de flores, sin importarle que lo vieran.

Thaklar no podía sospechar siquiera lo que planeaban el forajido y el fraile. Las sombrías predicciones del príncipe podían resultar ciertas... los dioses, cuya presencia invisible parecía aún subsistir en ese lugar sagrado, podían destruir a los profanadores, o quizás no...

Allí dentro cada cual recibirá lo que merece...

Esta frase de Las Escrituras que Thaklar había citado cuando se encontraban en las laderas ahora resultaba reconfortante. Parecía implicar que el Valle se podía cuidar a sí mismo, que Ophar tenía sus propias defensas.

Bueno, quizá sea así, pensó. Pero sentía frío en las entrañas y una gran inquietud en el fondo de su espíritu. El Edén si no había necesitado un ángel con una espada de fuego para cuidar sus puertas de quien quisiese entrar. Y aquí no habían visto ningún ángel...

¿Qué había dicho Thaklar al borde del cráter? M'Cord intentó reproducir la escena en su memoria, pero tuvo dificultades. Habían pasado tantas cosas y todo había cambiado tanto desde que habían alzado la Barrera de la Ilusión hacia ese encantado jardín donde no existía el tiempo, que los recuerdos de lo que había sucedido anteriormente eran vagos y difusos.

Chastar había dicho que había juzgado mal a Thaklar, que había pensado que el Príncipe los traicionaría en el Sendero. Y Thaklar... ¿qué había replicado?

Había dicho que no tenía necesidad de traicionarlos porque se traicionarían finalmente a sí mismos todos ellos.

Quizá las fuerzas ocultas que vigilaban el Valle decidirían el castigo o la recompensa, pensó M'Cord. O, tal vez, no. El cielo ayuda a quienes se ayudan a sí mismos, según reza el antiguo proverbio terrestre. Y sospechaba que aun allí era válido en alguna medida. El fatalismo está muy bien... para los fanáticos. Pero M'Cord siempre había hecho las cosas por sí mismo, sin esperar jamás a que otro las hiciese por él. ¡Y aquello indudablemente también tenía vigencia en el Valle!

La desgarbada carpa que había levantado Nordgren surgió ante él. Jamás podía haber parecido tan fuera de lugar como ahora. Una fría e inexplicable sensación de inquietud invadió a M'Cord.

Quizás el Valle pudiese defenderse por sí mismo de los intrusos.

Pero, si fuese así... ¿sería capaz de discriminar entre malvados e inocentes?

Para eliminar la espantosa amenaza que significaban Phuun y Chastar para su

tranquilidad, ¿no existía el riesgo de que los destruyese a todos?

Si los invisibles guardianes atacaban a los profanadores, ¿se cuidarían de no hacerlo con los que no planeaban violación alguna?

M'Cord tenía la horrible sospecha de que no lo harían. El ángel de la espada de fuego no pesaría los motivos en la balanza de un juicio. Levantaría su llameante arma tanto contra las que quisieron entrar al Edén por mera curiosidad como contra los que llegaron con las más oscuras y despreciables intenciones.

Contra Thaklar, M'Cord y Nordgren. Contra... ¡Inga!

Titubeó, incapaz de decidir qué hacer, a quién advertir primero. Se sentía confuso al no saber qué era lo que iba a suceder, pero estaba absolutamente seguro de que sucedería. Quizás Ophar fuese capaz de defenderse por sí misma o, quizá, no... Pero ¿podían correr el riesgo? Se habían comprobado ya tantos mitos acerca de este lugar. Tal vez aquella frase presagiosa de Las Escrituras era también profética.

Lo único que quedaba por hacer era escapar ahora, antes que los adormecidos guardianes del Valle... ¡despertasen!

Pero... ¿Qué era ese alarido?

Sorprendido, levantó la cabeza moviéndola de un lado a otro como lo hace un animal, tratando de percibir el peligro en el aire.

Era la voz de una mujer, ahogada, pero audible. Una mujer que sufría...

Se volvió hacia la carpa de Nordgren. El jardín pareció oscurecerse, como si una sombra se cerniese sobre el Edén; ¡como si algo adormecido por un largo tiempo hubiese ahora despertado!

Abrió el cierre de la entrada de la carpa y miró adentro.

Y se encontró en el pequeño infierno privado de aquellos dos.

Ella se había quitado el traje térmico y se encontraba ahora desnuda hasta la cintura.

Se hallaba de espaldas a él, inclinada y aferrada al palo principal de la carpa con ambas manos. Contempló la escena con una sensación de asco en el estómago y vio que sus manos no estaban atadas.

Su espalda y sus hombros estaban desnudos, delicadamente blancos. Sus firmes senos pendían libremente al inclinarse junto a la varilla.

La varilla en las manos de su hermano.

También Nordgren se hallaba de espaldas, pero cada vez que retrocedía para dar un nuevo golpe, M'Cord alcanzaba a vislumbrar su rostro. Era el mismo que había visto antes, cuando los sorprendió en aquel estrecho abrazo, en la Fuente.

Su cara brillaba de sudor y la boca abierta con los labios contraídos mostraba los dientes en una mueca horrible que se parecía más a la de un animal feroz que a la expresión de una sonrisa humana.

Sus ojos llameaban de furia. Los de una bestia hubieran parecido más inocentes. Ardían con un placer enfermizo en un retorcido arrobamiento.

La varilla con que la flagelaba había sido arrancada de uno de los arbustos.

Dejaba rojas huellas a través de la tierna blancura de su espalda y hombros. Acompañando a cada lento y doloroso golpe, el hombre repetía roncamente una y otra vez una frase: que salía desde el fondo de su ser:

—¡Lo besaste!... ¡lo tocaste!... ¡lo abrazaste!... ¡lo acariciaste!... como una perra en celo... ¡animal! ¡Bestia! ¡Lo besaste!...

La muchacha no estaba atada al palo pero no intentaba esquivar los golpes lacerantes ni tampoco escapar. Su cuerpo se estremecía, retrocediendo involuntariamente ante cada golpe. De tanto en tanto se escapaba de sus labios apretados un sofocado sollozo, un débil, apagado quejido. Pero no trataba de evitar el castigo.

M'Cord no podía ver su rostro oculto bajo los húmedos y desgñados cabellos rubios.

Se alegraba, al menos, de no verlo. Quizás sus ojos también reflejaran aquel enfermizo arrobamiento que brillaba en los de su hermano.

M'Cord se quedó observando durante un momento, paralizado por la impresión.

Luego se adelantó, arrebató la vara húmeda de la mano de Nordgren, la partió en dos y la lanzó lejos. El golpe llegó certero y el rostro distorsionado de Nordgren recibió el feroz impacto. M'Cord sintió con satisfacción el crujido de los dientes rotos bajo su puño cerrado. El hombre trastabilló hacia atrás y cayó con un alarido.

Ceñudo, M'Cord se precipitó hacia donde había caído Nordgren, lo tomó por la ropa y poniéndolo de pie lo volvió a golpear.

—¡No! ¡No le hagas daño!

Inga se interpuso entre ambos con los ojos llenos de terror y se inclinó sobre su hermano caído que se quejaba, con los labios ensangrentados.

M'Cord observó carente de toda expresión cómo ella apoyaba la rubia cabeza de su hermano sobre sus blancos pechos y acariciaba sus labios con tiernos y temblorosos dedos al tiempo que le canturreaba sin palabras.

Emitió un sonido de disgusto, como un gruñido, desde lo más profundo de su garganta, y se volvió para irse.

Inga se puso de pie de un salto como para decir algo, tal vez para pedirle que conservara el culpable secreto. Tras ella, Nordgren se levantó tambaleante para sentarse en uno de los catres, con su rostro desolado y desfigurado en una emoción que M'Cord no trató de definir.

Quizá Thaklar tenía razón; se destruirían a sí mismos.

No habían encontrado una Serpiente en este Edén. Habían traído consigo su propia maldad.

Se volvió para decir algo a la muchacha..., nunca pudo recordar qué.

Y entonces sucedió.

A través de la puerta abierta de la carpa entró flotando una brillante esfera opalescente. Pasó junto a M'Cord y flotó hacia Inga, que permaneció inmóvil con los brazos abiertos.

¡Penetró entre sus senos y se desvaneció!

El cambio que sobrevino, la sutil, mágica transición, fue increíble.

A medida que su carne absorbía la esfera de vacilante luz las arrugas de dolor y tensión se desvanecieron de su rostro. El temor y el dolor huyeron de sus ojos. Por vez primera desde que M'Cord la conocía, fueron serenos y dulces.

Las oscuras emociones y terrores que se borraron de su agotado rostro la hicieron parecer diez años más joven. El blanco óvalo de su rostro, enmarcado por el zarcillo dorado, relucía con una serenidad interior, con una libre y gozosa pureza que muy raramente M'Cord había visto en un rostro humano. A veces se puede descubrir esa gloriosa, alegre serenidad en las facciones talladas de un Buda, pero casi nunca en el rostro de un hombre o de una mujer.

Se miró a sí misma pensativamente. Aún llevaba puestos los pantalones del traje térmico. Con un mohín infantil de desagrado observó los inservibles ropajes. Y antes que Nordgren o M'Cord pudiesen reaccionar para detenerla, abrió los cierres y se los quitó, dejándolos caer descuidadamente a sus pies.

Desnuda, pura y adorable como una imagen de brillante alabastro, permaneció ante ellos por un momento, esbelta, ¡como una figurilla de Diana o Psique!

Luego dejó caer hacia atrás la cabeza y rio con una risa dulce e inocente, alegre como un hada.

Y se fue.

Se abalanzaron tras ella a través de la puerta de la carpa, hacia el jardín en sombras donde luminosas esferas de misteriosa opalescencia flotaban con la brisa como linternas de duendes.

Como una dríada en fuga alcanzaron a entrever su blanca figura en la bruma del jardín mientras penetraba en el bosque.

Y desapareció para unirse a los eternos niños dorados que moraban allí.

—¡Inga! ¡Inga! —aulló Nordgren en un ronco alarido. Adivinando intuitivamente lo que estaba por hacer, M'Cord se volvió para retenerlo... Aunque no sabía por qué... Pero el otro se libró y corrió tras la muchacha. Tropezó y cayó, volvió a tropezar entre las flores y desapareció en la dirección que había tomado su hermana.

Y M'Cord permaneció allí, desconcertado e impotente, preguntándose si los invisibles guardianes de Ophar ya habían comenzado a destruirlos invisiblemente, uno por uno.

Alguien se encontraba junto a él, aferrando su hombro con fuertes dedos, como para evitar que siguiese tras los dos.

Se volvió con un gruñido para golpear; pero era Thaklar.

—¿Qué ha sucedido aquí, hermano mío? —preguntó ásperamente el príncipe.

—La muchacha terrestre, tocada por una burbuja de la Fuente, se adentró corriendo desnuda en el bosque.

—¿Y su hermano?

—Nordgren fue tras ella para traerla.

Thaklar asintió, sombríamente, con ojos pensativos.

—Ha comenzado el fin —dijo con desaliento. M’Cord se movió como para apartarse pero los dedos de acero se endurecieron, reteniéndolo.

—No vayas tras ellos, hermano mío. Mantente fuera del asunto.

—Pero... ¡Inga! —protestó M’Cord.

—La has elegido para que sea tu mujer, ¿no es así? Bueno, no temas. Si ha sido tocada sólo levemente... sólo una burbuja dijiste, ¿no?... entonces podrá recobrar la memoria pronto y estará más segura en el bosque que aquí donde las emanaciones de la Fuente son más numerosas y frecuentes.

—Pero no podemos dejarla ir sola, así como así, ¡maldita sea! —Thaklar negó suavemente con la cabeza.

—Entre los niños del bosque estará segura. No hay nada allí que pueda hacerle daño. Recuerda que ni siquiera las bestias matan para alimentarse.

Al hacer memoria, repentinamente, que la criatura que se asemejaba a un gato se alimentaba de fruta, M’Cord comprendió que, después de todo, había algo de verdad en las palabras de Thaklar. El príncipe Halcón pertenecía a una dinastía que desde los inicios del tiempo había conservado algunos de los secretos de Ophar; tal vez sabía más acerca del Valle encantado y de sus misterios que lo que había contado.

—¿Qué pasará con Nordgren? Corrió tras ella para buscarla y traerla.

—No volverá jamás. La mutación lo afectó también, según presumo. Es así como el Valle se defiende. ¿Te has herido, hermano mío? Tu mano...

M’Cord bajó la vista para darse cuenta por vez primera de que sus nudillos estaban magullados y sangrando.

Se encogió de hombros.

—Lo golpeé... los separé —gruñó.

En pocas palabras le describió la escena que había interrumpido, y lo que había sucedido entre Inga y Nordgren antes que él se interpusiera entre ellos.

Una expresión de desagrado brilló en los amarillos ojos de Thaklar. Pero también había una sombra de lástima.

—Es una enfermedad, una extraña enfermedad entre hermano y hermana. He oído hablar de ella antes, pero no es común encontrarla entre mi gente.

—¡Gracias a Dios que es bastante escasa entre la mía también! —dijo M’Cord sonriendo levemente—. ¿Pero les estará sucediendo algo a los demás? —preguntó a Thaklar, y el guerrero replicó que no lo sabía. M’Cord se rascó la barba—. Deje a Phuun de ese lado, absolutamente bebido —dijo.

Los ojos de Thaklar se iluminaron.

—¿Le contaste acerca de la Fuente? —le preguntó el príncipe con una extraña urgencia en su voz, que M’Cord no comprendió.

Azoradamente, M’Cord asintió y comenzó a relatar la confesión que le había hecho el ebrio fraile, pero Thaklar lo interrumpió con un gesto brusco.

—¡Ven, rápido! No importa lo que hayan planeado: el Valle está despierto ahora. Nuestros propios hechos han puesto en movimiento fuerzas que podrían destruirnos a todos. Ven... ¿de qué lado está la Fuente?

M’Cord le explicó lo mejor que pudo. Thaklar se lanzó en esa dirección a la carrera. Sin entender nada, M’Cord comenzó a correr también para no quedarse atrás.

El jardín se encontraba oscuro y curiosamente desierto. Súbitamente, M’Cord se dio cuenta qué era lo que tenía de diferente. Los Ushongti habían desaparecido. Normalmente, había tres o cuatro, aquí o allá, cerca de la laguna o de los macizos de flores a cualquier hora del día o de la noche.

¡Ahora no se veía ni uno solo!

Era extraño; ¿dónde podrán haber ido? ¿Dónde podrán haberse escondido todos, y por qué?

Encontraron a Phuun donde esperaban encontrarlo. Estaba de rodillas junto al borde mismo de la Fuente. Y en sus manos se encontraba la botella de cerámica de la que había estado bebiendo vino cuando M’Cord le había visto por última vez.

Ahora la botella estaba vacía; pronto estaría llena nuevamente... ¡pero no con vino!

—¡Debemos detenerlo! —dijo M’Cord, tratando de adelantarse a Thaklar, pero éste lo retuvo.

—¿Por qué? —preguntó—. Ha encontrado al fin aquello por lo que viajó de tan lejos. Sería insensato interponerse entre él y lo que vino a buscar. Deja que encuentre su propia perdición, como todos aquellos que han venido aquí con la maldad en su corazón. Y, además, hermano mío: ¿estamos totalmente libres de culpa tú y yo en esto? Si no hubiese sido por mi ayuda, ellos jamás hubiesen podido atravesar la Tierra de los Abismos. Y tú... ¿qué has hecho tú?

M’Cord comprendió en ese momento que de alguna forma debió haber revelado al fraile borracho el lugar donde podía encontrar la Fuente. No recordaba habérselo dicho claramente pero tal vez con una mirada o un ademán inconsciente debió de haberle indicado la dirección.

Se mordió los labios y permaneció en silencio. Codo con codo, se quedaron observando al sacrílego.

Phuun estaba muy bebido ahora. Tan bebido que ya no podía mantenerse en pie.

Debía de haberse arrastrado gateando para subir los tres escalones de cristal y los pilares tallados en espiral para llegar al borde de la Fuente. Se hallaba bajo el domo que como un inmenso lente de cristal irradiaba rayos desconocidos desde las profundidades del vacío para caer eternamente sobre la espuma del Agua de la Vida.

Estaba en cuclillas riéndose entre dientes como para consigo mismo, acariciando con manos agarrotadas la botella vacía.

Sus ojos no veían más que la Fuente y su contenido. Su luminosidad lo deslumbraba; miraba fijamente las radiaciones casi enceguecido y con una sonrisa beatífica entre sus arrugas.

Luego, murmurando y cantando para sí mismo palabras en voz demasiado baja como para que pudieran escucharlas, ¡se inclinó y sumergió ambas manos en la luminosa espuma!

Se incorporó con la botella de luz líquida que brillaba como una lámpara hecha de un ágata hueca. Con las manos mojadas y temblorosas, que refulgían débilmente por los rastros de luminosidad, llevó la botella a sus labios...

Pero no bebió de ella.

Porque las burbujas se le adelantaron.

Cuando sumergió sus manos allí había removido y enturbiado el agua de la Fuente. Ahora, la espuma burbujeaba, molesta por el contacto. Y de la frágil espuma se levantó un tembloroso racimo de esferas opalescentes que flotaron alrededor de él, como una lluvia de burbujas de jabón.

Lo tocaron por todas partes, sobre las cejas, los ojos, el rostro, las manos. Su túnica las absorbió por centenares. Y cada vez que lo tocaban, se desvanecían... era como si su cuerpo seco y sediento se las bebiese. Lo que siguió fue pavoroso.

Súbitamente, el viejo fraile desapareció.

Sus vestimentas cayeron sobre sí mismas.

La botella de cerámica cayó sobre el piso de cristal y se rompió en mil fragmentos.

Un desordenado montón de vestiduras yacía allí. Pero el delgado cuerpo simiesco de Phuun ¡había desaparecido!

Tambaleante, a través del crepúsculo, apareció un cómico lagarto escarlata de abultado vientre. Bajo su trilobulada cresta dorada, sus ojos relucían plenos de humor y filosofía.

Era el Ushongti a quien ellos llamaban el Anciano.

Subió los peldaños balanceándose bajo el domo de cristal inclinándose de la manera habitual, el Anciano cruzó los brazos sobre su abdomen y observó solemnemente el montón de trapos abandonados. Luego se inclinó para hurgar entre ellos.

Extrajo de allí un recién nacido.

Era pequeño y de un color rosa-dorado, y pataleaba con sus gordas piernas somnolientamente entre arrullos y gorjeos. Como la ridícula caricatura de una

enfermera, el gordo y sabio lagarto acunó a la pequeña cosa desnuda contra su abdomen y la meció suavemente con sus brazos escamosos. ¡Con la punta de una dorada zarpa cosquilleó a la criatura y la hizo reír!

Luego, ante la vista asombrada e incrédula de M'Cord, el Anciano se volvió y se marchó con la criatura acunada tiernamente contra su pecho. Se desvaneció entre las tinieblas que habían caído sobre el jardín.

—¿Qué?... —murmuró M'Cord entre sus labios contraídos.

—Los misterios de Ophar van más allá de nuestro conocimiento y de nuestra capacidad de comprensión —le dijo Thaklar.

—Pero ¿qué sucederá con... con...? —El príncipe se encogió de hombros.

—Los Ushongti cuidarán de la criatura, como lo han hecho antes, hasta que llegue el momento en que pueda reunirse con los niños del bosque —dijo—. Vamos... Salgamos de aquí. No hay nada que podamos hacer ahora; el lugar no será profanado. Se volvió y se encaminó hacia el campamento.

M'Cord le dio una última mirada a la Fuente, y luego lo siguió.

En cuanto a Phuun, el Valle había sido generoso. Le había dado lo que había venido a buscar: más juventud que la que había deseado, pero habitualmente eso sucede a quienes buscan milagros. Suele suceder que éstos son mayores que lo deseado y más irrevocables.

Phuun había encontrado la paz. Incluso había sido juzgado, de alguna forma.

M'Cord volvió al campamento presa de un torpe aturdimiento, tambaleándose tras los talones de Thaklar.

El nacarado crepúsculo se había oscurecido hasta transformarse en una tiniebla aterciopelada. Sobre ellos, la cara inferior de la barrera de la ilusión, el "cielo" del Valle encantado, era ahora un lomo del más profundo color jade.

A pesar de ello las ondas de luz dorada persistían. El cielo era como un plácido lago invertido que aparecía por encima de ellos como por encantamiento de algún brujo, con sus aguas trémulas surcadas por la luz de estrellas invisibles.

Habían llegado allí violando el Edén para despojarlo de sus tesoros. Pero aquellos tesoros eran la placidez, la paz, la inocencia la juventud eterna.

Éste era un Edén sin Serpiente. Cada uno de ellos había introducido en el Edén su propia Serpiente, enroscada en sus pechos, alimentándola de sus propios corazones.

A Inga el Valle la había despojado de la vergüenza y de la culpa; había escapado de sus recuerdos intolerables y recuperado la libertad.

A Karl el Valle le había significado la locura, o por lo menos esto es lo que parecía, pues había desaparecido chillando en medio de la noche como un demente.

A Phuun el Valle le había otorgado el perdón de sus pecados, volviéndole a la inocencia de la infancia. Con el tiempo crecería hasta ser un joven nuevamente, pero sería una persona absolutamente distinta. Phuun, o ese cúmulo de experiencias y recuerdos que ostentaba ese nombre, no existiría más.

Para él el Valle había sido generoso. Le había dado aquello que raramente se le otorga a un mortal, ¡una segunda oportunidad!

¿Y los demás? ¿Qué había sido de ellos bajo el paño mortuorio de oscuridad que había ensombrecido el Valle tan misteriosamente?

Encontraron a Zerild cerca del campamento. La joven bailarina tenía los ojos desorbitados y demenciales. Se apresuró a enconarse con ellos, ansiosa de asegurarse de su normalidad.

—¿Se ha vuelto loco el mundo? —preguntó abruptamente. Su rostro estaba enrojecido, su sedoso cabello en desorden y el temor se reflejaba en sus inmensos ojos—. Chastar se emborrachó con, el vino dorado y trató de forzarme —les contestó entrecortadamente.

»Me defendí y escapé hacia el bosque. Allí vi a la muchacha f'yagha desnuda, riendo entre los niños y recogiendo flores. ¡Pareció no conocerme o no comprender mis palabras!

Thaklar asintió sombríamente.

—La muchacha fue tocada por una de las esferas brillantes y han desaparecido todos los recuerdos de su mente. La buscaremos ahora.

—¡Hay más aún! —jadeó Zerild—. ¡Su hermano! Me encontré con él errando y golpeándose contra los arbustos, rugiendo como un trifo enloquecido. Chorreaba

sangre de su rostro y sus ropas estaban desgarradas. Tampoco él pareció reconocerme, ¡gateaba sobre sus pies y manos, como un animal! ¿Soy yo o todo el mundo el que se ha vuelto loco?

Thaklar refunfuñó. Su rostro se mostraba irritado, pero, sin embargo, había una especie de satisfacción en sus ojos.

—El Valle se defiende a sí mismo a través de una extraña magia —dijo—. Aquellos que están libres de corrupción, que han sido forzados en contra de su voluntad a entrar aquí, podrán escapar del encantamiento. Todos los demás fueron o serán cambiados. Pero ¿qué hay del lobo? ¿No lo viste después de escapar de él? ¿No te siguió al interior del bosque?

La asustada muchacha sacudió la cabeza con los ojos muy abiertos y abrió la boca para hablar. Pero en aquel momento se oyó un agudo grito, la voz de una niña atemorizada y dolorida.

—¡Chastar! —maldijo el príncipe Halcón.

—Parece haber sido una de las niñas —dijo M’Cord. Thaklar le aferró el brazo con dedos de acero. De pronto había temor en sus ojos también.

—Si se ha atrevido a posar sus manos con lujuria en una de ellas... —murmuró. No alcanzó a terminar la observación. Dejó las palabras colgando en el aire.

—¿Qué pasará, entonces? —preguntó el terráqueo. Thaklar sacudió su cabeza sentenciosamente.

—¡Entonces todos debemos temer por nuestras vidas, hermano mío! Porque si Los Durmientes despiertan...

—¿Quieres decir los dioses?

—No; aquellos que fueron dejados aquí por los dioses para proteger la santidad del Valle. Los lagartos no hacen más que mantener los jardines y la Fuente; pero hay otros... —Zerild se aferró de su hombro indicando con un gesto de la cabeza los árboles que circundaban el jardín.

—El grito parece haber venido desde allí —dijo.

Con una concisa orden a M’Cord, Thaklar comenzó a correr en la dirección indicada. Le había pedido a M’Cord que se quedase, pero el terrestre no le hizo caso. Si existía algún peligro, se negaba a la idea de quedarse y dejar a Thaklar enfrentarlo solo.

Aquel peculiar círculo de árboles le había llamado la atención cuando llegaron por primera vez a ese lugar encantado. La regularidad con que estaban espaciados sugería que habían sido plantados bajo la dirección de un ser inteligente. Circundaban completamente el jardín como un muro de protección. Al principio M’Cord se había sorprendido pero luego había descubierto tantas maravillas y cosas extrañas desde entonces que había olvidado completamente ese detalle. Sin embargo aún recordaba que eran muy distintos de los otros árboles que crecían en el bosque.

Encontraron a Chastar cerca de los árboles.

Se había apoderado de una de las niñas. A veces se aventuraban en los jardines

sin motivo alguno. M'Cord las había visto bailando sobre el pasto o bañándose en el lago. Prestaban poca atención a los seis extranjeros, no contestaban a sus preguntas, y luego desaparecían nuevamente hacia los apartados rincones brumosos.

Pero esta joven erraba sola y tuvo la mala suerte de encontrarse con el forajido, enardecido y delirante por el vino que elaboraban los lagartos.

La había apresado arrastrándola por el suelo y se encontraba luchando con ella sobre el pasto cuando Thaklar irrumpió en la escena con M'Cord que le pisaba los talones.

La muchacha era adolescente; quizá no entendía lo que Chastar intentaba hacer pero su violencia y voracidad la asustaron, y gritó. Ahora se encontraba tratando de dominarla mientras sus manos recorrían su cuerpo joven y su boca buscaba la de ella ferozmente. Luchaba como una joven tigre, pero era sólo una niña y Chastar era un hombre maduro y muy fuerte.

Thaklar no llevaba armas, por supuesto; tampoco M'Cord. El forajido llevaba sus pistolas de energía sujetas a las caderas. Pero no hubo necesidad de que ellos intentaran someterlo a mano limpia.

Porque uno de los guardianes estaba ¡despierto!

La muchacha se debatió entre los brazos de Chastar y gritó nuevamente, un grito agudo de una sola nota.

Tras ellos, uno de los árboles se agitó.

Sus raíces se levantaron de la tierra con un sonido succionante. Sus ramas inclinadas como las de los sauces se estremecían con un viento que ninguno de ellos percibía, se enroscaban y temblaban ante la tensión, como vibra el cuerpo de una cobra antes de golpear.

M'Cord no necesitó del brazo de Thaklar para contenerse. Se quedó como clavado en el lugar en que se hallaba. Sintió como si corriese hielo por sus venas al observar lo increíble.

El árbol se había desprendido de la tierra y se arrastraba deslizándose sobre sus negras y peludas raíces que ondulaban con movimiento de serpiente. Su lánguido follaje se inclinó hacia adelante extendiéndose hacia el forajido que nada parecía ver, excepto el cuerpo adolescente que yacía jadeante en su abrazo.

En ese momento, el árbol estuvo sobre él. Las ramas se proyectaron como escurridizos tentáculos alrededor de su garganta. Sus ojos se redondearon en una expresión de perplejidad que en otra ocasión hubiese parecido cómica. Su boca se abrió para gritar... para maldecir... pero no emitió sonido alguno.

Las ramas se enroscaron como los anillos de una anaconda. Lo arrancaron de la niña y lo suspendieron en el aire algunos centímetros del suelo mientras Chastar pateaba y luchaba.

La niña se puso de pie de un salto y escapó echando tan sólo una asustada mirada hacia atrás.

—Debemos ayudarle —gruñó M'Cord entre dientes. Thaklar negó con la cabeza.

—No podemos hacer nada para ayudarle ahora, y si tratásemos de hacerlo, los otros Durmientes se despertarían para arreglárselas con nosotros de la misma forma. Duermen, pero levemente, ¿entiendes...?

Se volvió: Zerild estaba allí observando, mordiéndose los nudillos para no gritar. La abrazó por los hombros y la volvió para que no viera el final.

—Ven —le dijo, y volvieron al jardín mientras el árbol daba cuenta de la vida de Chastar, el lobo rojo.

El Valle ya no parecía bello y sereno. Ahora sabían que en él había fuerzas ocultas y poderosas. Fuerzas que podían transformar a un viejo en un recién nacido llorón, o llevar a una muchacha al borde de la locura, o matar a un hombre repentinamente.

De vuelta, Zerild cayó de rodillas y se descompuso. Un acceso que la dejó temblorosa y vacía. Fue como si hubiese vomitado todo el veneno y rencor que se había acumulado en ella durante años de traición y engaño. Pero Thaklar la cuidó con dulzura, como si fuese a un recién nacido. Le limpió el vómito del rostro con un trozo de género, secó sus lágrimas, y como se sentía demasiado débil para levantarse, la alzó en sus brazos y la cargó de vuelta al campamento, la cabeza apoyada pesadamente sobre su pecho. En las márgenes de la laguna la tendió y le dio agua fría de beber.

Luego se agachó junto a ella, observando las tinieblas que inundaban el jardín.

No se veía a los Ushongti por ningún lado. Los lagartos habían abandonado el jardín, seguramente hacia el lugar en que se cobijaban. Tampoco era posible encontrar a ninguno de los niños desnudos del bosque.

Sólo quedaban ellos tres.

—Debí haberlo previsto —murmuró Thaklar, lentamente—. La oscuridad. Es la Noche-de-los-Dioses, la khiah-i-hualha susurrada en los más antiguos mitos. La Hora-de-las-Tinieblas. Sobreviene cuando las dormidas fuerzas del Valle se agitan y despiertan para proteger a La Sagrada de aquellos que la hollan y violan su paz.

—¿Crees que podremos salir vivos? —preguntó M’Cord roncamente.

—Si nos vamos ahora, quizá. Pero debemos irnos de inmediato y sin demora, M’Cord comenzó a prepararse, pero se detuvo.

—¿E Inga? Y Nordgren. ¡No podemos simplemente abandonarlos aquí!

Thaklar estaba traspirando; el sudor brillaba en su frente y en el puente de su nariz. Sacudió la cabeza.

—Escúchame, Gort, hermano mío. Este Valle es como una inmensa maquinaria construida con un propósito. Con muchos propósitos. Los dioses no se encuentran aquí: duermen en Yhoom, dondequiera que esté y sea lo que fuere, cosa que yo ignoro. Pero no es una maquinaria de partes metálicas como las que trajo tu gente. La maquinaria del Valle está compuesta de fuerzas, fuerzas enormes y poderosas que se encuentran más allá de nuestra comprensión. Se equilibran unas a otras y están unidas rítmicamente. Hemos alterado aquel delicado equilibrio solamente por el mero hecho de venir aquí; lo alteramos, aun ahora, sólo al permanecer aquí. Al igual que una gran maquinaria el Valle tiene sus medios, inherentes a su propia naturaleza, para librarse de impurezas. Una vez que esas fuerzas se han despertado totalmente, son rapidísimas para matar, como fue muerto el lobo rojo cuando trató de violar a la niña. La acción recíproca de aquellas fuerzas no permite que nada que produzca una alteración sobreviva aquí por mucho tiempo. Si nos vamos ahora, sin llevarnos nada

que pertenezca al Valle, aún podremos escapar con vida y sin sufrir cambio alguno, salvo lo que el Valle ya nos ha cambiado. Pero permanecer una vez que el Tiempo-de-las-Tinieblas ha llegado, es una locura, una insensatez. Debemos irnos ahora o quedarnos para siempre y sufrir la mutación... Transformados en inocentes criaturas infantiles sin recuerdo alguno, como la muchacha f'yagha, o padecer una locura brutal, como sospecho que debe de sufrir el do-k-tor.

Fue un discurso apasionado, un despliegue de elocuencia inusual en Thaklar, que era un hombre de pocas palabras. Pero M'Cord rehusó dejarse llevar por ellas.

—No me voy sin la muchacha —dijo testarudamente—, y basta. Quizá tengas razón y deberíamos salir de aquí antes que nos maten esos árboles errantes... pero no sé, Thaklar, no aprecio tanto mi vida como para irme dejando a Inga librada a su suerte...

—Se ha olvidado de ti, se ha olvidado incluso de sí misma —replicó Thaklar seriamente—. El Valle, creo, ya la ha tomado a su cuidado. ¿Cuál es la palabra que usan ustedes los terrestres? Asimilado; el Valle la ha asimilado. Ella es parte de él.

—Quizá. Quizá, no. Recuerda que solamente fue tocada por una burbuja. En todo caso, si ha perdido la memoria permanentemente, o no, merece una oportunidad. Mi gente tiene medios para curar una mente que ha sido dañada o que ha enfermado; le debo dar eso al menos. Que traten de curarla. Sea que me recuerde o no.

Thaklar lo miró con una expresión asombrada y divertida en su rostro. Y cuando rio, fue con una risa desprovista de amargura o burla.

—El Valle te ha cambiado a ti también, hermano mío: lo sepas ya o no.

—¿Eh?

—Creo que has aprendido a amar a una mujer nuevamente —le dijo Thaklar pausadamente—. Cuando llegaste aquí, tenías una herida muy dentro de ti... Utilizado por una mujer... como lo había sido yo. Había algo duro, una costra de amargura en tu corazón. Y ahora el Valle ha usado su magia contigo, sanando aquella herida del mismo modo que el Anciano curó tu pierna. ¿Acaso no amas a la mujer, hermano mío?

—Yo... —comenzó a decir M'Cord: luego se contuvo y dudó. ¿Qué había pasado entre ellos después de todo, excepto unas pocas palabras sin importancia y un beso?

—Creo que tienes razón, la amo; ¡Dios me ayude! —dijo al fin con voz ahogada. Thaklar sonrió.

—Dios te ayudará, creo. El Valle comprende el amor, hermano mío. Es gemelo de la felicidad y hermano de la paz. El amor es una de las fuerzas que componen el todo de la maquinaria. Muy bien, entonces; la buscaremos juntos, tú y yo. Tal vez los guardianes del Valle sepan y comprendan... ¡porque ya no duermen desde que los despertarnos con nuestra insensatez y locura!

M'Cord se sintió aliviado. Se lo dijo, rudamente, como era su modo de ser. Thaklar asintió.

—Pero hay algo que debemos hacer, Gort, hermano. Abandonaremos este lugar y

levantaremos un nuevo campamento al borde del Valle, donde se encuentran los escalones tallados en el precipicio. Desde aquel lugar podremos recorrer el bosque en busca de tu mujer... será la señal para las fuerzas que aún en este momento nos observan, de que nuestra intención es abandonar el lugar lo antes posible.

Se puso de pie con ese propósito. Pero no alcanzó a llegar muy lejos.

Zerild lo detuvo. Levantó su rostro hacia él. Estaba húmedo de lágrimas y enloquecido por emociones en conflicto. Y sus ojos se abrían asustados, desmesuradamente, como los de un niño.

—No me dejes. Llévame contigo —jadeó.

—¿Cómo? ¿Por qué tú, que una vez me despreciaste, querrías partir a mi lado ahora? —preguntó pausadamente.

—No puedo pedir tu perdón, príncipe. Y no lo pido. Llévame contigo en los términos que quieras. ¡Como tu mujer! O tu sierva. Incluso como tu esclava. Pero no me dejes sola en este horrible lugar en que los hombres se vuelven criaturas o bestias y son destrozados por árboles que han aprendido a caminar. ¡Cocinaré para ti, cuidaré de tus bestias, remendaré tu ropa! ¡Cualquier cosa! Haré cualquier cosa que me pidas... ¡pero no me dejes sola! ¡Llévame contigo, te lo ruego... sí, yo... aun yo! ¡Zerild... que jamás suplicó antes a un hombre... te suplico a ti, a ti, a quien he hecho tanto mal... y a quien he escarnecido... y despreciado! ¡Mírame, príncipe! Domada y humillada al fin... y no me desprecies, príncipe, como yo una vez lo hice contigo...

Él se inclinó, la tomó por los hombros y la puso de pie.

—Bien —dijo ásperamente—. Bien. quizá te lleve para hacer la comida. ¡Pero no te arrastres a mis pies como un khirth maltratado! Cuando eras orgullosa, libre e indomable, te amaba. No amo el servilismo, pero puedes venir para remendar mi ropa y hacer mis comidas, ¡recuerda! Sólo eso, ¡nada más!

A pesar de la aspereza de sus palabras su voz era tierna y había algo en su rostro que M'Cord nunca había visto antes ni pensado ver.

Ella también lo notó. Y sonrió entre sus lágrimas y la maraña de su cabellera, una sonrisa que no era orgullosa ni burlona sino tímida, extrañamente tímida, como sonríe una joven la primera vez que ve el ardor y el deseo en el rostro de un joven.

Él sonrió también y pareció que algo había quedado decidido entre ellos. M'Cord adivinó que lo que sucedería entre ambos en los días por venir no se reduciría sólo a remendar la ropa y hacer la comida.

Sin darse ni tiempo para cenar hicieron sus bultos y se prepararon para partir. Thaklar les advirtió que no llevaran nada que perteneciese al Valle. No podían siquiera llenar sus vasijas de cuero con el agua de la laguna.

Optaron por abandonar el equipo perteneciente a los otros en el mismo lugar donde se encontraba. Pero Thaklar tomó las armas que Chastar les había arrebatado en Ygnarh así como las del forajido.

Dejaron el resto de la carga: mantas, bolsas de dormir y ropa. No tenía sentido cargarse de cosas que no iban a necesitar y que no podrían llevar con comodidad. Además, dijo Thaklar, el jardín podía limpiarse a sí mismo. Todo aquello que descartasen pronto se convertiría en polvo, dijo. Esa capacidad de destrucción es una de las fuerzas de aquella maquinaria vieja como el mundo. De ese modo el Valle se

libraba por sí mismo de todo lo que no le pertenecía.

Y tras sus palabras M'Cord descubrió con un estremecimiento que había una prueba.

La carpa que había levantado Nordgren aún estaba allí, como un manchón en medio del jardín eterno. Pero la carpa no era eterna y ya las fuerzas de la destrucción estaban trabajando sobre ella. El pesado nioflex del que estaba fabricada era firme, hecho para mantener su brillo años y años. Pero ya estaba opaca y agujereada. Una película de moho se había adherido a la fibra sintética y ésta había comenzado a deteriorarse. Los cierres que eran capaces de soportar la fuerza de un huracán, se habían abierto. Las puertas colgaban, balanceándose suavemente con la brisa.

La carpa ya había adquirido la apariencia de algo abandonado, arruinado, que se iba hundiendo en el olvido.

M'Cord se alegraba de abandonar ese extraño lugar donde los materiales sintéticos más firmes se transformaban en harapos en una noche. Y se sentía temeroso e impaciente, nervioso ante cada momento de retraso.

La impresión de ser observado por ojos invisibles lo dominó nuevamente. Sentía los ojos sobre su espalda y la sensación era tan pavorosa que le ponía la piel de gallina y hacía que los pelos de la nuca se le erizaran.

Todos lo sintieron. Los ojos de Zerild estaban constantemente sobre Thaklar, como para darse ánimo, como si extrajese fuerza y alivio sólo de su proximidad.

Hubiese sido agradable despedirse del Anciano y de los amistosos y hospitalarios seres de su especie, pero los Ushongti no aparecían por ningún lado. Debían de estar aún ocultos en sus "nidos", que ninguno de ellos conocía. Con un pequeño remordimiento de conciencia M'Cord se percató de que jamás había agradecido a la cómica y benévola criatura el restablecimiento de su pierna. Los acontecimientos se habían precipitado de tal manera, y los descubrimientos y transformaciones habían sido tan asombrosos, que se había olvidado de hacerlo.

Pero quizá no importara. Quizás el sabio y filosófico lagarto pudiese leer el agradecimiento en su corazón con sus extraños dones telepáticos. Así lo esperaba.

Se detuvo un momento para dar una silenciosa despedida al jardín y a aquellos que lo atendían, recordando todo lo que le había sucedido allí.

Luego se volvió, se echó al hombro sus alforjas y marchó tras Thaklar y Zerild en dirección al borde del Valle.

M'Cord había supuesto en su subconsciente que, al llegar al muro de los árboles, podían encontrarse con los guardianes, despiertos y alertas para enfrentarlos.

Pero quizá no importara. Quizás el sabio y filosófico lagarto, sus ramas o tentáculos se mecían con una extraña agitación, pero permanecían firmemente enraizados en la tierra. Los tres atravesaron rápidamente el círculo, conscientes de ser observados por ojos cargados de sospecha y aun hostiles, pero salieron de allí, hacia las llanuras sin ser atacados y sin que les impidieran el paso. La misteriosa oscuridad aún ensombrecía el Valle. No alcanzaban a ver a través de él las lejanas paredes del

cráter. Pero Thaklar les condujo al pie de la escalera de piedra con aquella precisión de compás que poseen los marcianos, y nada se interpuso en su camino.

Penetraron en el bosque cautelosamente ya que estaba muy oscuro y no había forma de saber qué podía esconderse entre las tinieblas, esperándoles.

Los niños desnudos habían escapado, al parecer, a los lugares más recónditos del bosque. Al menos no encontraron ni uno solo de los dorados habitantes.

En la semioscuridad sin luna encontraron, sin embargo, a una bestia.

Era una de aquellas criaturas gato de la edad primitiva que M'Cord había visto al entrar al Valle por primera vez. Aquella vez el animal lo había mirado indiferentemente, sin prestar atención a su presencia. Ahora, la criatura que Nordgren calificaba como un fósil viviente del pasado, un antepasado de la raza marciana, una de las bestias de cuya carne los Eternos habían modelado al Primero del Pueblo en los Inicios, se volvió hacia ellos, descubriendo largos colmillos en una sonrisa amenazadora mientras sus ojos verdes-dorados refulgían en las tinieblas.

Sin embargo no hizo ningún movimiento para atacarlos; se agachó al borde del claro, gruñendo amenazadoramente desde lo profundo de su pecho.

—Es como dije —musitó Thaklar—. El Valle se ha vuelto contra nosotros y nos expulsa de él.

M'Cord asintió. Adán y Eva habían sido expulsados de su propio jardín de igual forma, por un ángel con una espada de fuego. Y los ojos de aquel ángel, no le cabía la menor duda, habían brillado con la misma luz amenazadora de la bestia agazapada, escupiendo y gruñendo, observando su partida. Y así salieron del Edén.

No mucho después de emerger del borde del bosque comprobaron que el sentido de orientación de Thaklar era infalible. Estaban cerca de la pared Este del inmenso cráter y el pie de la escalera de piedra se encontraba ante ellos.

Acamparon allí, en el espacio abierto entre la base del muro y las márgenes del bosque. Tendieron las bolsas de dormir y devoraron una comida rápida y mal preparada. Estaban demasiado hambrientos, tensos y fatigados para hacer otra cosa que tragar la comida fría, humedecer sus gargantas con la escasa provisión de agua y volver a sus frazadas. Había sido un día interminable, plagado de extraños descubrimientos y de horribles acontecimientos, y sus mentes estaban agotadas. Se hundieron en un pesado sueño, sin sueños, en el momento mismo en que se estiraron y se acomodaron para descansar.

Y llegó el amanecer, y palideció el cielo o la superficie inferior del lago. Despertaron relajados y frescos. Y comprendieron que la Noche-de-los-Dioses había terminado. Ya no tenían que soportar la mirada de ojos invisibles, no había ya malignidad ni propósitos nefastos en el movimiento de los árboles.

Pero habían sido expulsados del Edén y lo sabían. No podrían quedarse mucho más, ni siquiera allí, en el borde del Valle, impunemente.

M'Cord se levantó antes que los demás. Preparó su café y lo bebió, tragándolo con enormes sorbos, un café caliente, negro y amargo. Apartó las tinieblas del sueño de su mente y se afirmó en su propósito de recorrer el bosque en busca de algún indicio de Inga antes de comenzar el largo camino de regreso a Ygnarh.

Thaklar se ofreció para ayudarlo, y Zerild hubiese ido también si el príncipe Halcón no le hubiese ordenado perentoriamente que se quedase para cuidar el campamento.

¡Parecería que cuando Zerild se entregaba a un hombre lo hacía en forma absoluta! ¡Al fin la bailarina había encontrado al hombre que podía dominarla! Sonrió a Thaklar sin palabras y el príncipe le devolvió la sonrisa siguiendo los pensamientos de M'Cord.

Entraron al bosque y comenzaron a buscar a la muchacha. Aun ahora, en el nacarado crepúsculo del amanecer, el bosque se encontraba desierto. No sólo desierto, era como si cualquier vestigio de vida lo hubiese abandonado. Las pequeñas criaturas reptantes que vivían en el bosque habían escapado, o así lo parecía, a las profundidades del bosque, como para evitar corromperse con su presencia. Nada se deslizaba bajo las hojas caídas, nada se movía entre los arbustos ni se escabullía entre los gigantescos árboles de nudosa madera negra. Tampoco sentían la presencia de ojos que los observasen mientras buscaban.

Hacia el mediodía encontraron un claro en medio del bosque, donde burbujeaba una fuente bajo el cielo jade.

¡Y la muchacha se encontraba allí!

Yacía desnuda, en posición fetal sobre la alfombra de musgo zafiro, con su dorado cabello esparcido alrededor de ella. Dormía como una criatura, profundamente. Y si soñaba, sus sueños eran serenos y agradables ya que sonreía levemente.

M’Cord se inclinó sobre ella y la llamó por su nombre. Se agitó en medio del sueño y le miró parpadeando. Luego abrió sus ojos azules y dulces. La culpa y la sombra de vergüenza habían desaparecido de ellos.

Levantó la vista sonriéndole soñolientamente, luego bostezó, se estiró lánguidamente y se sentó.

—¡Oh, M’Cord! Tuve un sueño extrañísimo —le dijo.

—Tú... ¿me recuerdas? —le preguntó bruscamente.

Sus pestañas cayeron modestamente, ocultando el candor de sus ojos.

—Por supuesto que te recuerdo —le respondió—. ¡Cómo podría olvidarte... a ti!

—¡Gracias a Dios! —dijo con una voz que la estremeció y la hizo ponerse de pie. Se lanzó a sus brazos buscando abrigo, como si perteneciera a ellos. La apretó contra sí, tiernamente, y sus labios se encontraron. Ella le devolvió la caricia con un beso que era a la vez virginal y apasionado.

Luego, por sobre su hombro, vio a Thaklar que se encontraba observándolos con una leve sonrisa que suavizaba las duras facciones de su rostro.

—¡Oh! —murmuró, librándose del abrazo. Y entonces por primera vez, al tomar conciencia de su desnudez, enrojeció confundida. Trató de cubrirse con sus manos y cabellos.

Pero él había previsto la posibilidad de encontrarla y había traído las ropas de su equipaje. Mientras M’Cord y el príncipe Halcón se retiraban del claro se vistió y se reunió con ellos un momento después, ruborizada y sin aliento.

Se encaminaron de vuelta al campamento. Parecía no sufrir las huellas de sus experiencias anteriores, y cuando M’Cord le preguntó cautamente sobre los acontecimientos del día anterior le fue casi imposible recordar algo.

—No sé —murmuró dubitativamente—. Parece que todo hubiese ocurrido hace tanto tiempo... recuerdo a los amistosos Ushongti cuidando los macizos de flores cerca de la laguna... ¡y cuando tú y yo descubrimos la Fuente de la Vida y... y... ambos! —Bajó la vista avergonzada, pero no pudo evitar que sus labios sonrieran ante la imagen—. Pero... después de aquello... me parece que no puedo recordar nada más. Hubo una pelea o una discusión, no recuerdo...

—¿Y luego? ¿Qué sucedió entonces? —la urgió, ansioso de saber hasta dónde llegaba su amnesia, si es que podía llamársele así.

Sacudió la cabeza, aturdida. Luego sonrió con una dulce y serena sonrisa de creciente felicidad que parecía un amanecer.

—Y luego me fui a jugar con los niños en los bosques —dijo—. ¡Jugamos tan felices! Y luego sentí sueño y... me quedé dormida. Y después me encontraste —concluyó.

M'Cord no trató de despertar en ella recuerdos anteriores, temiendo remover experiencias que ella preferiría olvidar. Recordaba a su hermano, pero parecía extrañamente despreocupada por lo que hubiese sido de él. Y aceptó sin sorpresa alguna el hecho de que Phuun y Chastar ya no los molestarían más. Incluso no parecía extrañada ante el cambio de Zerild y cuando regresaron a su campamento temporal al pie del acantilado intercambió saludos con la bailarina, evidentemente indiferente ante lo que había producido una transformación tan milagrosa en la marciana.

Era como si el olvido de sus recuerdos le hubiese causado un impacto mental tan violento y dramático como para levantar un muro entre el ayer y el hoy. Un muro a través del cual sólo podían pasar los recuerdos alegres, un muro que hacía que todo cuanto le había acontecido en su vida anterior fuera algo vago, remoto y sin importancia.

Parecía que lo que más le costaba recordar era lo referente a su hermano Karl. Pero tampoco le preocupaba que ya no se encontrase más con ellos. Era como si él perteneciera al pasado y se encontrara entre las cosas que habían quedado atrás.

M'Cord imaginó que cada uno de los recuerdos que ella tenía de Karl Nordgren estaba tan intrínsecamente unido al dolor, a la culpa y al temor, que cuando la burbuja de la Fuente la había limpiado de esas manchas, había borrado casi la totalidad de los recuerdos que tenía de él.

Fue un largo ascenso hasta la cima del cráter, pero lo hicieron sin tropiezos. Algo en el aire del Valle les había llenado de energía. Todos se sentían años más jóvenes, más vitales y vigorosos. Su resistencia y capacidad de asimilar la fatiga les parecía extraordinaria.

Tal vez se debía a la Fuente de la Eternidad. Quizás algunas de sus energías vitales enriquecían el aire del Valle, cargando a todos los que respiraban de él con renovado vigor y energía.

El *shock* al emerger del calor y humedad de la atmósfera de Ophar, rica en oxígeno, al frío y seco aire de Marte, los golpeó a todos, sin embargo. Inga y Zerild tuvieron que descansar, jadeantes y temblorosas, mientras sus organismos se adaptaban al abrupto camino. Incluso Thaklar tuvo dificultades, y se echaron allí, tratando de absorber más aire, con el pulso golpeando en sus sienes, mirando hacia el fondo del cráter. Desde esa altura la ilusión era perfecta y la falsedad del espejismo era absolutamente indetectable. Podrían haber jurado que el fondo del cráter era sólo una desierta llanura sembrada de rocas.

El Valle, al parecer, guardaría su secreto muchos siglos más...

Al pie de la pared del cráter encontraron huellas de los trifos. Tras una hora de búsqueda encontraron a dos de las bestias. Las otras las habían perdido para siempre.

Al igual que el camello terrestre, el trifo marciano puede aguantar un largo tiempo sin agua. Pero a diferencia del camello, el trifo puede también pasarse sin alimento y sin perder sus energías.

Con las dos mujeres en la montura y los hombres guiando las bestias, comenzaron el largo camino de vuelta a Ygnarh. Las provisiones de alimentos habían disminuido considerablemente pero el alambique de presión podría mantener sus reservas de agua intactas durante un largo período siempre y cuando encontrasen vegetación. Tuvieron que desviarse largos trechos para encontrar lugares en las profundas quebradas donde el musgo de las gomosas hojas creciera en cantidades suficientes para satisfacer sus requerimientos de agua.

Demoraron tres días con sus noches en recorrer el Sendero de retorno. Hicieron el viaje en etapas cortas, cuidando de no agotar a las bestias. Pero los trifos eran más resistentes de lo que esperaban y se encontraban aún en excelentes condiciones cuando las ruinas de Ygnarh estuvieron a la vista.

Durante casi una semana descansaron en Ygnarh, cazando para recuperar las reservas de alimento y almacenando agua en sus recipientes. La razón principal de aquel largo período de descanso era la necesidad de que los trifos recuperasen sus energías después de la agotadora prueba.

Thaklar y M'Cord decidieron que lo más sabio era destruir las notas y archivos que había preparado Nordgren. Optaron por dejar que Ygnarh continuase siendo una leyenda por otro millón de años, que el Valle viviese como un mito por siempre.

No consultaron a Inga para esto. Ella parecía haberse olvidado por completo de su hermano, y lo mejor era dejar tranquilos los pocos recuerdos que conservaba.

Y así, los amantes descansaron y proyectaron la larga jornada que aún les esperaba.

La semana pareció pasar demasiado rápido. Pronto sería tiempo de partir. Viajaron un trecho juntos pero luego llegó el momento de la despedida final.

—¿Dónde irán tú y tu mujer, Thaklar?

El príncipe sonrió.

—Volveremos a las tierras de mi gente —dijo—. Hacia el Sur, a través del Regio y siguiendo las orillas del fondo del mar muerto del Noachis, vía el Aurum Iani Fretum; en esta temporada mi nación acampa en Argyre, lejos hacia el Sur. Seguiremos uno de los canales, seguramente el Argyroporos, mientras podamos. He dado los nombres vernáculos, no los inventados por los astrónomos terrestres. —Pero M’Cord entendía perfectamente bien lo que decía.

—Nunca supe que alguna de las Nueve Naciones acampase tan cerca del polo sur —dijo—. De todos modos, ¿te aceptará tu gente nuevamente en su seno? —Thaklar se encogió de hombros.

—Sólo los dioses saben la respuesta a esa pregunta, hermano mío. Pero si no lo hacen Zerild y yo viviremos en algún otro lugar. Quizás en los cuarteles nativos de alguna de tus colonias f’yagha; quizás en Yeolarn mismo, en la vieja Ciudad. Al menos habré hecho lo posible; les podré contar a los príncipes de mi clan que aquellos que robaron el secreto están muertos. Y quizá me restituyan mis derechos.

Tocó la alforja donde llevaba el antiguo disco de plata.

—No me importa mayormente ahora si mi exilio termina o no —dijo sonriendo a los ojos de Zerild, que cabalgaba junto a él—. Porque ya no estoy solo.

—Y no lo estarás jamás, mi señor —susurró ella. M’Cord sonrió.

Thaklar preguntó a su vez.

—¿Y tú, Gort? ¿Dónde irán tú y tu mujer? ¿De vuelta a la colonia f’yagha en Lacus Solis?

—Sí. Es la más cercana. Por el mismo camino que vine, creo; hacia el Norte, a través del Aram y luego de nuevo al Sur, manteniéndonos lo más cerca posible de los canales.

—¿Y cuando estés allí nuevamente... qué?

Se encogió de hombros y sonrió un poquito avergonzado.

—¡Entonces buscaremos a un vendedioses y nos casaremos! —Thaklar rio afectuosamente.

—¡Éste es, entonces, nuestro último encuentro! ¡Adiós a ti y a tu mujer, hermano mío, mi amigo! Hemos recorrido un largo camino juntos, tú y yo; y puede ser que no termine aquí, porque ¿quién sabe? Algún día nos encontraremos nuevamente, si es ése el deseo de los Eternos...

M’Cord asintió sin palabras y le extendió la mano. La costumbre f’yagha no le

era desconocida a Thaklar; aunque no era la Ley, tomó la mano de M'Cord y la retuvo en la suya por un momento mientras se miraban profundamente a los ojos, sin hablar. Algo que hombres de su tipo raramente hacen en tales ocasiones.

Luego se separaron. Volvieron grupas en sus trifos, intercambiaron el último saludo y marcharon en direcciones opuestas.

Pero sólo por un momento, Thaklar gritó tras él y M'Cord se volvió, tirando de la cabeza del trifo y deteniéndolo.

El príncipe Halcón llegó trotando y esperó a cinco metros de M'Cord. Sonreía maliciosamente.

—¡Has olvidado algo, hermano mío! —gritó.

—¿Qué?

Thaklar estiró hacia atrás su brazo y lanzó algo.

—¡Esto!

Un pequeño objeto brilló y resplandeció en el aire.

M'Cord lo atrapó y bajó la vista al abrir sus dedos. Un reflejo púrpura titilaba en la palma de su mano. Inspiró profundamente. Era cierto: ¡se había olvidado!

El rubí púrpura brillaba y parpadeaba a la luz del sol. Era del tamaño de la yema de su pulgar, y del agua más pura. Y el zyriol marciano era la más rara y preciada de las piedras.

Sostenía en su mano una resplandeciente fortuna.

—¡Adiós una vez más, hermano mío! —gritó Thaklar—. ¡Hasta que nos volvamos a encontrar!

Luego se separaron, iniciando el largo camino de regreso.

FIN